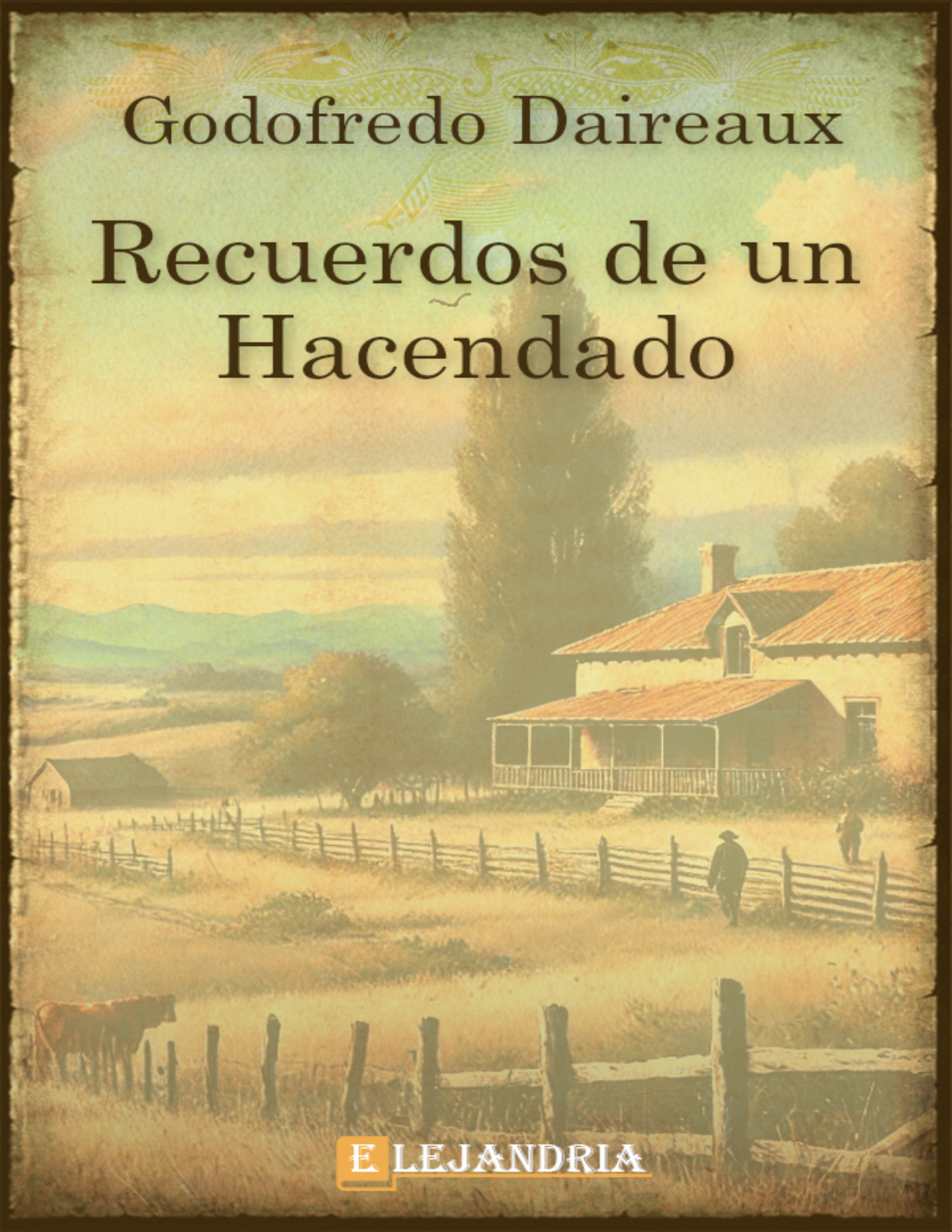
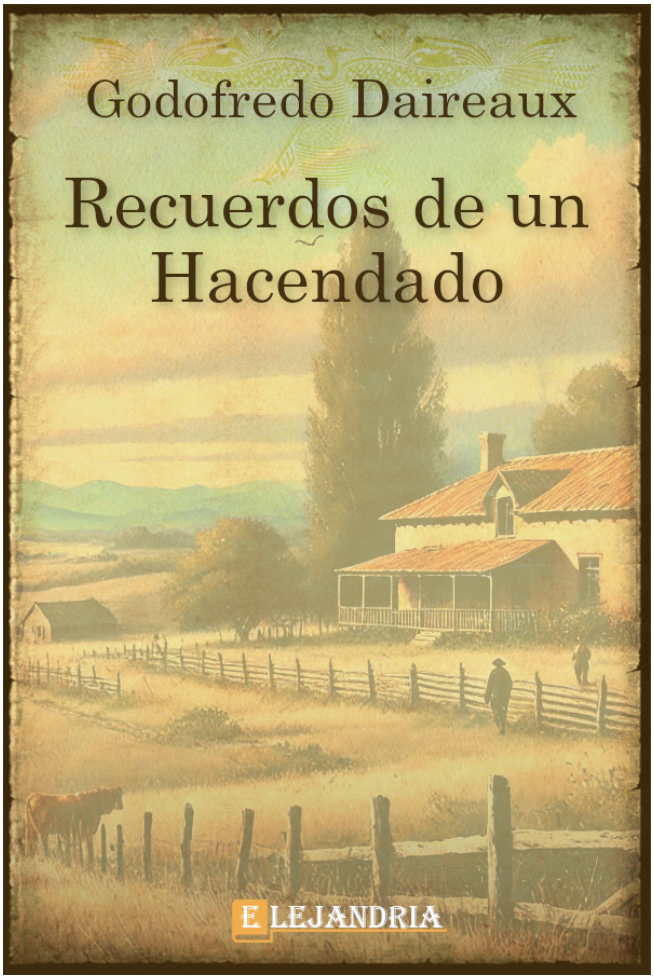
Godofredo Daireaux

Recuerdos de un Hacendado



ELEJANDRIA


Godofredo Daireaux
Recuerdos de un Hacendado
ELEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

RECUERDOS DE UN HACENDADO

GODOFREDO DAIREAUX

PUBLICADO: 1916
FUENTE: WIKISOURCE

Índice

El mayordomo

- Dicha breve
- Vacas al corte
- Gorro blanco
- El pecado favorito
- La libreta
- Funeraria
- Lo criollo
- El gaucho
- El alcalde
- Pesquisa
- El parejero
- Ropa de abrigo
- Campos anegadizos
- ¡4032!
- Campeada
- La manada
- El rodeo

La majada
Vida sencilla
Mixturas
Bodas campestres
Los clientes del comisario
Las embrollas de gusanillo
Abuelita
El pan y la sal
Día de reunión
Usted es dueño, patrón
Cosas de antaño
Juegos de azar
Acriollado
Jirones de Pampa
Patriarca
Apodos
Riqueza de pobre
Recién llegado
Elección pacífica
Sueño realizado
Mayordomos modelos
Policía patriarcal
Desastre
Diversiones amenas
¡Mañana!

Ramal en construcción
Partición de herencia
Intrusos
Mañas
Vuelta al pago
Autoridades rurales
En viaje
El rubio
Transformaciones
Protección eficaz
Buen peón
Saber trabajar
Piedras que ruedan

El mayordomo

Está vendida la estancia. Han venido a recibirse de ella dos hermanos, rubios, jóvenes, con muchas pecas en la cara, polainas en las piernas y gorrita de paño a cuadros en la cabeza.

Ellos son, al mismo tiempo, los dueños y administradores. Hablan español con mucho acento inglés, pero se hacen entender bien, y por lo demás, hablan poco.

Al mayordomo viejo, un criollo nacido en ese mismo campo, cuando los indios todavía pegaban a menudo sus matones, y que ha plantado por su mano los sauces más viejos que dan a la casa su sombra, le han declarado que no necesitan sus servicios, y que, ya que se han contado las haciendas, e inventariado el material, se puede él retirar con la familia cuando guste.

No le han negado, hasta le han ofrecido algunos días para buscar su comodidad, y el viejo les ha dado las gracias.

Bien sabía él, hacía tiempo, que la estancia estaba vendida; que el patrón viejo había muerto, que estaba medio embarullada la testamentaria y que los hijos no habían podido guardar esta propiedad. Pero, mientras iban desarrollándose con lentitud los mil trámites de ley, allá, en la ciudad, él seguía cuidando los intereses como siempre lo había hecho.

Un sueldito, una habitación pequeña, sus modestos gastos de vida pagados; si necesitaba cien pesos, jamás se los negaba el patrón,

sobre todo que las cuentas nunca se arreglaban del todo. ¡Había tanta confianza entre el patrón y él! Él le decía «patrón», porque al fin la estancia era de él, pero habían sido más bien compañeros siempre.

¡Cuántas veces habían ido juntos, cuando muchachos, a los apartes, a las hierras, a los bailes! Juntos, habían disparado de los indios, en pelo, de noche, cruzando en sus parejeros, como relámpagos, cañadones y lomas, huncales y bizcacherales. Habían vuelto juntos a campear las haciendas desparramadas y a fortificar el rancho.

En aquel tiempo, no había más mesa que el fogón, con el asador parado, y cada cual con el cuchillo sacaba tajada.

Hombre de poca instrucción, sin más ambición que la de dejar al patrón contento, había vivido allí su vida, sin pensar en el porvenir. ¿Y para que?, el patrón no lo había de dejar en la calle, ¿no es cierto? ¿Entonces?

Y había formado familia, y sus hijos, mozos ya, lo ayudaban en sus trabajos, sin pedir más, como en herencia propia.

Poco a poco, el campo había tomado valor; lo habían cercado; los animales criollos habían desaparecido, algunos años después de los indios. El ferrocarril acercó la estancia a la ciudad, y a cada rato, ahora, el patrón mandaba carneros finos o algún toro que era una flor.

Y el rancho de antaño se había cambiado por un palacete, donde venía a pasar, el patrón una temporada en la primavera; otra en la Semana Santa, a cazar; y los muchachos a domar petizos, y los mayores a cansar la caballada.

Días felices aquellos, cuyo recuerdo se iba perdiendo ya, envuelto en las neblinas del tiempo que corre.

¡Y siempre tan bueno con él, el patrón viejo! Cierto es que cada uno de ellos ahora comía en su casa; pero él tenía un comedor lindo, con su buen aparador y sillas de esterilla. Hasta lujo le habían dado.

¿Y ahora?

Ahora ¿qué le hemos de hacer? Pasaron los tiempos aquellos. Murió el patrón viejo y se vendió la estancia...

-«¿Pero, con qué queda Vd.?

-Con unos caballitos, señor, de mi marca, y unas vaquitas, hijas de las que siempre sabía regalar a mi señora el patrón viejo, cuando me nacía un hijo. Varias veces, habló de darme en propiedad unas cien cuadras de campo; pero pasó el tiempo; y después no se habrá acordado...»

A los dos días, ensilló y puso en las varas de un carrito prestado el overo negro, caballo de confianza, viejo compañero de muchos años y, muy capaz de comprender todo lo serio de su misión; el picazo en la cadena y el petizo zaino de ladero. En el carro se cargaron dos cajas grandes de madera, unas bolsas de ropa, varios cachivaches y tres sillas, y subió la señora del mayordomo con sus dos hijas solteras.

El hijo mayor manejaba los caballos, y después de dejar a la familia en una casa amiga donde la esperaban, volvería a buscar los trastes.

Él, de saco negro, de bombacha y bota, con el chambergo en la cabellera larga y canosa, rebenque en mano, con su crédito ensillado, esperaba para despedirse, que saliera el carro.

Salieron, al fin. Un apretón de mano al inglés que allí estaba (el otro había salido a revisar su campo), y despacio, al tranquito, se alejó.

Dicen que al pasar el palenque, dejó correr por su mejilla tostada una lágrima.

Nota de WS

Este cuento también forma parte del libro:

- Recuerdos de un hacendado

Dicha breve

Todo en él era largo: la nariz, el pescuezo, la cabeza, el cuerpo, las piernas y los brazos; hasta el nombre y el apellido también eran regulares, pues se llamaba Saturnino Llaureguiberry; pero como pertenecía a la variedad de los vascos flacos, lo conocían exclusivamente por el nombre de Bacalao, y esto a tal punto que si a alguno se le hubiera ocurrido llamarlo Llaureguiberry, es muy probable que no se hubiera acordado de contestar.

En todo, era anguloso y huesoso, menos en el genio; muy bonachón, capaz de soportar con alegre resignación los titeos más porfiados y las bromas menos delicadas, y de reírse el primero de ellas, con tantas más ganas cuanto menos las había entendido.

Ocupaba un puestito, donde cuidaba una majada que le había dado a interés un compatriota suyo, y ahí, solo en su rancho, sin más compañeros que sus perros y su inseparable pito de barro, de caño largo y de hornillo chico, pasaba la vida sin sobresaltos cocinando él mismo su pucherito, cebando su mate, cuidando su ropa, no sintiendo, probablemente, la necesidad, a los cuarenta y cinco años que por lo menos tenía, de formar familia, ni de complicar su vida tranquila con elementos de afuera.

Los domingos se empaquetaba; se ponía boina nueva, bombachas y camisa limpias, reemplazaba las alpargatas por botas engrasadas, y, completamente afeitado, como lo acostumbran los vascos, iba a dar una vueltita a la pulpería, a charlar con los amigos, tomar unas copas y hacer ese intercambio de pensamientos elevados que

distingue las reuniones de campesino. Por lo demás, hablaba el español como un vasco francés que, probablemente, era, pues interrogado al respecto, había contestado: «Uí, musiú», todo lo que sabía del idioma de su patria legal.

Y después de este rato de inocente solaz, transformación inconsciente de la misa dominical del villorio nativo, se volvía a sus ovejas, pastor fiel, asiduo, diligente, celoso; y si las dejaba, a veces, al cuidado de algún vecino, era para ir a ganar algunos pesos cavando un jahuel o erigiendo artísticamente una parva de pasto.

Una tarde, al volver del campo y después de haber encerrado la majada en el corral, encontró, sentada en una de las dos cabezas de buey que formaban el juego de asientos del único cuarto del rancho, cerca del fogón, en el cual había dejado cantando sobre las brasas la pava para el mate, una mujer, joven, no mal parecida, vestida pobremente, pero ni más ni menos que la generalidad de los habitantes del campo.

Bacalao no le preguntó de dónde venía, ni a dónde iba, ni ella se lo dijo tampoco. Él le dio las buenas noches, como si todas las tardes, a la misma hora, después de haber desensillado, la hubiera encontrado sentada en su cuarto; ella le pidió permiso para pasar la noche en el rancho, a que accedió buenamente, como que, entre pobres, no hay mucho cumplimiento.

No se excusó mayormente por la falta de comodidades, pensando probablemente -y con razón- que no había de haber dejado ningún palacio para venir, de modo tan singular, a pedirle hospitalidad.

Y la mujer cebó mate, aprontó en la olla la carne, el arroz, una tajada de zapallo y la sal, y echó leña al fogón.

Bien pensaba Bacalao, el día siguiente, que al volver de repuntar la majada, no la encontraría más en la casa, y no dejó de quedar algo sorprendido, pero de ningún modo disgustado, al verla parada debajo de un sauce, delante de una batea y lavándole los trapos, lo mismo que si hubiera sido la dueña de casa.

Pasaron así los meses; el rancho parecía más alegre; algunas aves vagaban por el patio, la ropa lavada lo embanderaba, los perros se habían hecho más sociables, y, al ver que en el rancho había quién los atendiera, algunos transeúntes solían pararse en el palenque a pedir un vaso de agua o alguna indicación.

Mejor que nunca, el vasco cuidaba sus ovejas; tenía que suplir el gasto ahora mayor de la casa, y no perdía ocasión de hacer algún trabajo suplementario para aliviar la situación.

Una noche, desató de prisa el mancarrón atado a soga detrás del rancho, saltó en pelo y agarró a todo correr para la casa de doña Simona. Una hora después, volvía con ella; en el cuarto se oían lamentos: la matrona se apeó y entró en él majestuosamente, cerrando sobre sí la puerta y dejando a Bacalao soñar en el patio con los nuevos deberes que le iban a corresponder. Medio azorado el pobre por tanta felicidad, no sabía muy bien si debía renegar de su suerte o bendecir al Cielo. De rato en rato, un grito de dolor llegaba a su oído, y entonces dejaba de mandar al demonio a la mujer esa, que se había metido en su vida sin ser llamada, y al hijo que también iba a venir a duplicar el trastorno, para tenerle compasión a la pobre, y enternecerse a la vez con la idea de su tardía e inesperada paternidad.

Doña Simona abrió por fin la puerta y le anunció que era padre de un varón, agregando:

-Es una monada, y se parece mucho a usted -lo que, a pesar de su modestia nativa, no dejó de gustarle algo al vasco; y, orgulloso, ensilló para ir a visitar a su vecino y amigo don Pedro Belloque, ofrecerle ese nuevo servidor y pedirle de ser su compadre.

Cerca de tres años, vivieron así; él, cuidando sus ovejas, con el chico, muchas veces, sentado por delante; ella, cuidando la casa, cocinando, lavando, sin salir más que para visitar de cuando en cuando a una vecina, cuyo rancho quedaba bastante cerca para ir de a pie.

Una tarde, salió Bacalao a repuntar la majada. Cuando volvió, a las dos, no estaba la mujer; el chiquilín dormía. Pensó que estaba en casa de la vecina y no hizo caso. Volvió al campo, quedándose con la majada hasta encerrarla, y, al desensillar, encontró al muchacho dormido en el suelo, con lágrimas a medio secar en las mejillas; lo puso en la cuna que colgaba del techo; buscó, en el rancho y afuera, las huellas de la desaparecida, y por ciertos indicios inequívocos, empezó a sospechar que lo mismo que había venido, lo mismo se había ido.

Pasó la noche, pasaron los días, las semanas y los meses; no supo, ni quiso saber nada de la desconocida que así había cruzado su vida, más bien que brillante meteoro, caprichoso candil, de luz empañada; ni se informó siquiera de lo que hubiera sido fácil indagar, conformándose con vivir como lo había hecho antes, pero no tan solo, ya que tenía un compañerito; aceptando con su jovial indiferencia de siempre las bromas sobre sus pasajeros amores, su paternidad y su viudez, cuidando como madre cariñosa a la pobre criatura que la suerte burlona le había regalado.

Y no era risible, sino conmovedor, el ver a este hombre tan alto, doblado en forma de Z mayúscula hasta la altura del chiquilín, para sonarle las narices.

Vacas al corte

Cundió la noticia de que don Filemón Urquiola, para aliviar el campo, quería vender quinientas vacas al corte, de las dos mil que tenía; y como las vacas para cría eran algo buscadas, porque iban poblándose muchos campos afuera, don Filemón no tardó en recibir la visita de varios interesados. Su rodeo, sin ser de lo mejor, era algo mestizo; tenía buena novillada, buena proporción de vaquillonas y vacas de vientre; los terneros nacidos en la primavera ya tenían sus seis meses; sólo, pues, quedaba saber el precio y las condiciones de pago.

A don Filemón, como a cualquiera, le gustaba conversar, y cuando veía acercarse al palenque algún jinete desconocido, se apresuraba en convidarlo a pasar para las casas. Y mientras iba y venía el mate, servido por un par de ojos negros que parecían tomar el más vivo interés en lo que se decía, se cambiaban preguntas y contestaciones sobre esto, aquello y lo otro, dando rodeos y vueltas el forastero, como para evitar de hablar de las vacas, lo único que le importaba, y dejándolo, por su parte, don Filemón, enredarse en charlas sin rumbo, cortadas de silencios molestos, hasta que cansado de tantas partidas, ya largaba el otro:

-¿Será cierto, don Filemón, que quiere vender vacas?

-Hombre, según. Hice la conversación; pero no tengo muchas ganas, sabe. Está subiendo mucho la hacienda.

-No crea, don Filemón. Muchos son los que quieren vender, y no es tan fácil encontrar comprador.

-Pues a mí, señor, me han venido a ver una punta, y supongo que con alguno ha de cuajar, a menos que hayan venido sólo a tomar mate.

-¿Pedirá mucho, don Filemón?

-No, señor. Diez y ocho pesos.

-... ¿A rebenque? -preguntó el forastero haciéndose el inocente.

-Pues no, y con cría -contestó, sonriéndose, don Filemón.

-¿Y cuántas son las que vende?

-Quinientas, a cortar de las dos mil del rodeo, con diez por ciento de novillos garantidos, libre de entecadas, y los terneros del mes, por muertos -y agregó como quien no quiere la cosa: -plata al contado -sabiendo que para muchos, ese era el escollo.

Tanteadas para conseguir plazos; ofrecimientos de cambiar ovejas por vacas; combinaciones ingeniosas para evitar de dar seña, de todo le habían metido por los ojos, pero el viejo no era lerdo, y mientras esperaba la contestación del forastero, el par de ojos negros reflejaba intensa ansiedad.

Con algún trabajo, todo se arregló, previa vista del rodeo, y a recibir a los diez días; y como, del precio, sólo había tenido que rebajar don Filemón, peso y medio, en vez de los dos que hubiera consentido en ceder, le pudo decir a su mujer, refregándose las manos:

-A éste le hice pagar la yerba.

El día siguiente, don Filemón hizo parar rodeo, aprovechando los vecinos para sacar las ajenas, y pudo ver el comprador, que si cortaba con tino, el negocio no le podía salir malo.

Firmó el boleto, pagó la seña, y notó que el par de ojos negros estaba muy risueño.

A los diez días, vino a recibir la hacienda, con bastantes peones, para evitar que, en la recogida, por uno de esos descuidos involuntarios que al más honrado le suceden, quedasen olvidados entre las pajas, justamente los mejores novillos y las vaquillonas más mestizas.

Y cuando, despertado por la bulla que metían en el campo, los perros con sus aullidos y los peones con sus gritos, se apresuró el sol a saltar de la cama, envuelto todavía en los violetos jirones de su colcha de nubes deshechas, y asomó la cara en el horizonte, por todos lados, vio surgir de los pajonales y de los huecos, trozos de hacienda que corrían a juntarse en el rodeo, trotando las vacas, galopando, mugiendo, balando, corneándose, dando de cabezazos a los perros, trepándose unas encima de otros, parándose a veces un toro, para hacer volar con fiereza la tierra por el aire; llegando por fin todas, en largas filas, al rodeo, donde se mezclan, remolinean un rato, y poco a poco se sosiegan, juntándose por familias, buscando cada cual su sitio acostumbrado, esperando, tranquilas, bajo la custodia de los jinetes, lo que disponga el patrón.

Al comprador le gusta mucho la novillada, medio amontonada en una orilla del rodeo; pero también le gustan las vaquillonas de aquellas otra, y vacila. ¿Dónde cortará? Por su parte, don Filemón está algo inquieto: ¿le sacará los novillos más grandes o las mejores vaquillonas? Y acaban por resolver, ambos de común acuerdo, de remover despacio el rodeo y de mezclar los animales, antes de cortar.

El comprador, de repente, levanta en silencio el rebenque, para que sus peones lo sigan, y abre con ellos en la hacienda, al tranco largo, un surco que corta del rodeo, más o menos, el trozo convenido de quinientas cabezas.

El surco se ensancha, las vacas caminan: las enderezan al viento, donde queda parado el señuelo, y al grito de: «¡Vaca! ¡Fuera buey!», cien veces repetido, las apuran de golpe para que no puedan tener ya tiempo de volverse al rodeo.

El comprador y el vendedor envuelven la hacienda cortada en la misma ojeada escudriñadora. Corte lindo para cría, piensa el primero: muchas vacas y vaquillonas lindas; y como ya son de él, cada minuto que pasa se las hace parecer mejores. Don Filemón también se serenó; cierto es que se le van algunas buenas vaquillonas y uno que otro novillo grande, pero se consuela pensando que va a recibir buenos pesos, que le quedan novillos para el matadero; y después de una vueltita al rodeo, que despacio, a paso lento, se va desgranando por el campo, queda del todo conforme.

En un momento, se desternera la punta cortada; se sacan dos animales ajenos, una lechera de la patrona, un buey, un novillito rengo, y ¡a contar! y se forma la gente, se corta y se aleja el señuelo, al viento siempre, y por un embudo de jinetes, pasan de a una, de a dos, de a cinco, deshilándose despacio a veces, y otras, a todo correr, las vacas y los toros, los novillos y los terneros, las rosillas y las coloradas, las blancas y las negras, las moras y las overas saludándose cada cincuenta con un grito y una tarja.

«¡Cincuenta en la negra!...» Se acabó. Queda la hacienda bajo el cuidado de los peones del comprador, que la van marchando despacio, atajando la punta delantera, hasta pasar la tranquera del alambrado.

El comprador se fue para las casas con don Filemón, a quien entregó los pesos; y cuando se retiró, notó en el par de ojos negros tanta alegría, al mirar a un buen mozo que parecía ser de la familia, y una sonrisita tan llena de inconsciente gratitud, al mirarlo a él, que comprendió que con la venta de las vacas, no sólo el viejo aliviaba el campo, sino que también adquiría los medios de apurar la felicidad de una simpática pareja; y sintió de veras no haber tenido que tratar el precio con la enamorada niña, pues ella, seguramente, le hubiera soltado las vacas, aun por doce pesos.

Gorro blanco

Mucho gauchaje se había juntado, en la pulpería de don Manuel Fulanez, aquel día, y todos se entretenían, jugando a la taba o al chocón, corriendo carreras y mamándose como cabras. El pulpero, que no había pedido policía ni dado a las autoridades del pueblito aviso de la reunión, había tenido la precaución de exigir que cada uno le remitiese, al llegar, el cuchillo, para evitar que algún zafarrancho repentino le valiese una buena y bien merecida multa.

Y con esto, les había dado rienda suelta, a que se divertiesen a su gusto, pensando que sería más que casualidad que les viniese a sorprender alguna de las escasas comisiones encargadas de recorrer el extenso partido.

Es que había contado sin Gorro Blanco, recién incorporado a la policía de la localidad, y de quien todavía no había oído hablar; sino, no se atreve.

Gorro Blanco no era más que un oficial de la policía rural, como hay o podría haber muchos, nacido y criado en el campo, sabiendo más o menos leer y escribir, conocedor de todos los trabajos rurales, lícitos y clandestinos, y de todas las mañas del gaucho.

Incansable galopador, sufrido, paciente, sin miedo, de mucha sangre fría y de una fuerza muscular bastante para darle en sí mismo la mayor confianza, no hacía mis proezas, al fin y al cabo, que de cumplir con su deber.

Pero cumplía con él de cabo a rabo, ligero, fuerte y bien, sin miramientos personales, sin tergiversación, sin demora, sin más cálculo que obedecer a la ley y hacerla respetar.

No había para él partido político, ni pobres, ni ricos, y lo mismo hubiera prendido al estanciero poderoso, por haber cortado un alambrado para dar paso a su break lujoso, que a un vago, por haber carneado de noche, o al pulpero, por haberle comprado el cuero.

Un bruto, decían muchos; una gran cosa, decían los vecinos, en general.

No solía andar con los milicos de las comisiones que mandaba. Les daba cita a tal hora, tal día, en tal parte, y tampoco faltaban ellos a la cita, pues, desde el primer día, le habían tomado un olor a paliza, capaz de hacer adivinar la hora al más dormilón, y de dar patas de acero al mancarrón más bichoco.

La sola vista de su rebenque les infundía, a los pobres soldados, un apego insólito a todas las virtudes: ¡adiós! repetidas copas que turban la vista, convites que tapan el horizonte, mientras desaparece el fugitivo; ¡adiós! amores furtivos, que, en las noches obscuras, propicias a las carneadas subrepticias, desaciertan la vigilancia; ¡adiós! bailecitos improvisados, en los ranchos, y siestas prolongadas, en las frescas ramadas de las estancias.

Con el gesto de Temistocles, rechazando los presentes de Artaxerces, atenuado sólo por una ojeadita de sentimiento, tienen ahora que desairar al compañero de otros tiempos, que, generosamente, ofrece algún maneador ancho, largo y fuerte de los muchos que tiene, sin ser hacendado, o para la familia, un cuarto de carne de vaca, demasiado gorda para ser propia.

Y feliz que se atreva el policiano a no denunciarlo, pues Gorro Blanco no admite amistades entre su gente y el paisanaje, considerando con razón, que pronto se volverían complicidad.

Mientras las milicias se venían al sitio, de antemano fijado, al tranco o al galope, según la hora señalada, pues no debían llegar ni

antes ni después, Gorro Blanco, vestido de particular, de sombrero gacho, cabizbajo, recorría el campo, sin llamar en nada la atención; vigilaba, miraba, escuchaba, poniéndose su gorra de vasco blanca, su distintivo predilecto, sólo en las grandes ocasiones, y para hacerse conocer de sus ayudantes.

A las dos en punto, ese día, se apearon en el palenque de la Colorada, de don Manuel Fulanez, un sargento y un soldado de policía, en el mismo momento en que se iba a correr la carrera principal.

Entre la concurrencia, había uno de esos vagos temibles, conocidos por gauchos malos, que, imbuidos de la idea que la gloria consiste en pelear a cualquiera, y especialmente a la policía, no desperdician ocasión de provocarla, a ver si la hacen reventar o disparar.

De facón en la cintura, -pues a él no se había animado Fulanez a pedirle las armas-, arrogante, lo primero que hizo fue convidar al sargento y al soldado a que tomasen la copa.

¡Cómo no! ¡que la iban a tomar! con gorro blanco mirándolos, recostado en el mostrador. Todavía andaba de chambergo, pero, no por eso, dejaba de ser, para ellos, el terrible gorro Blanco, y con una rigidez, al parecer, estoica, insistieron en su negativa.

Irritado el gaucho, después de insistir, él también, un momento, reculó, dándose cancha, y sacó el facón, amenazando a los milicos, insultándolos, tratándolos de cobardes y otras cosas, poniéndolos «como trapo de cocina,» decía doña Ciriaca, la mujer del pulpero, al contar el hecho, el día siguiente; hasta que, sin saber como, él ni nadie, se encontró frente a frente con un hombre de bigote, algo petizo, morrudo, de gorra de vasco blanca, el poncho de vicuña en el brazo, y bien enroscada en la mano, la lonja de un rebenque de cabo de fierro.

-«¡Dese preso! dijo el hombre.»

El gaucho lo miró con sorpresa.

-«¡Tire el facón!» ordenó Gorro Blanco. Y en su voz, en su mirada había tanta autoridad, que casi, casi obedece el matrero. Pero la imagen de su fama de gaucho malo empañada, pasó por sus ojos, y, rápido, alargó un puntazo al oficial. El cabo de fierro del rebenque detuvo la mano, y la muñeca, casi quebrada, dejó caer el puñal.

El soldado alzó el arma, el sargento le pasó las esposas al gaucho, y media hora después, la larga comitiva de los jugadores que iban a pagar la multa, con el pulpero a la cabeza, desfilaba al galopito, seguida por el preso, a quien iba acompañando Gorro Blanco.

Pronto se hicieron legendarias las apariciones de Gorro Blanco. Era el cuco de los malhechores. Los matreros preferían dejarle el campo libre, y se mandaban mudar más afuera; pues era su pesadilla el dichoso gorro ese, y no podía uno, decían, estar carneando una ajena, en noche obscura, o arreando hacienda... extraviada, sin verlo surgir del suelo, como alumbrando.

Estaba uno entregando cueros en la pulpería, donde no había más que un forastero, comiendo nueces. ¡Zas! de repente, el forastero asomaba la cara en el depósito, de gorra blanca, y revisaba las señales. Ya no era vida.

Y los vecinos cantaban glorias de Gorro Blanco; pues, durante meses, no hubo casi robos, ni hubo muertes. Pero, -bien decían que era un bruto-, ¿no se le metió entre ceja y ceja, en unas elecciones que hubo, que no haría más que conservar el orden, dejando que cada cual votase a su antojo? Naturalmente, lo despacharon. ¿Y qué más iban a hacer?

Cuando don Augusto Bouret vino a tomar posesión de sus dos suertes de estancia, adquiridas del Gobierno, convino con don Pedro Agüero, en testimonio de simpatía, que, en vez de pedirle campo, como a los demás intrusos, le completaría la majada, como para hacer sociedad.

Don Pedro, cordobés aporteñado, cuyo rancho ocupaba, desde hacía veinte años, la mejor loma del campo, apreció, como lo merecía, la excepción hecha a su favor, que le permitía quedar en la querencia, donde había vivido tantos años, con la finada su mujer, y donde dejaba correr despacio los días, cuidando, con sus dos hijos, las pocas ovejas que le había dejado lo que él llamaba la mala suerte.

Por su lado, don Augusto, extranjero, nuevo en el oficio, sacaba de sus conversaciones con don Pedro, mil pequeños secretos de la vida del campo, aprendiendo a conocer las vivezas instintivas de los animales para defraudar la vigilancia del hombre, y los medios criollos de contrarrestarlas; el modo de hacer tal o cual trabajo, de salir airoso en sus tratos y de evitar las trampas, frecuentes en los negocios de hacienda.

Se estableció la estancia, dejando independiente, aunque a poca distancia, el rancho de don Pedro, y todo andaba a las mil maravillas, sin que nada viniese a confirmar los augurios de los vecinos que habían anunciado tempestades, para cuando don Pedro, decían, «tomase su primera tranca».

Y, ¿cómo creer semejante cosa? si todo, en su conducta, era de tanta corrección que no podía haber, aseguraba don Augusto, otro gaucho en la Pampa, mejor educado, ni más instruido.

-Sí, sí -contestaban los vecinos-, cuando no está ebrio. Instruido y educado, lo es.

Y con cierto misterio, susurraban:

-Dicen que, en Córdoba, ha estudiado para fraile.

Hospitalario y generoso con cualquier paisano que le viniera a pedir un servicio, don Pedro inspiraba a todos cierto respeto como hombre bueno y de bien, que era incapaz hasta de comer una oveja ajena extraviada en su majada. Su relativa superioridad, por benévola que fuese, no dejaba de dar lugar a cierta envidia, pronto disimulada con los ayes de lástima que todos concedían a los arrebatos locos de vicio que, de vez en cuando, venían a empañar sus excelentes cualidades.

-Usted verá, usted verá. ¡Es una lástima!

El tiempo pasaba; don Pedro seguía cumpliendo regularmente con sus obligaciones; y cuando, por la mañana, después de haber atado en el palenque su caballo, bien rasqueteado y con la crin cuidadosamente tusada, se venía -caminando, al parecer, ligero, pero a pasitos tan cortos y menudos que su apuro era más ficticio que real- a saludar al patrón, con afectuosa humildad, su cara, de facciones distinguidas, realzadas por un cuadro de pelo negro ondulado y de barba toda rizada, recordaba esos hermosos tipos semíticos, cuya sumisa gravedad deja traslucir en los ojos, a la vez serios y risueños, algo como cierto desprecio burlón para la humanidad en general y para el interlocutor en particular.

Su seriedad atenta, cuando le hablaba el amo, su política aprobación habitual de las ideas del patrón, sólo restringida, a veces, por el sacramental y prudente: «Usted es dueño», que tan hondamente significa lo que quiere decir; los consejos, dados en forma de mera y modesta indicación, como quien no quiere la cosa, y con ese tacto peculiar del subalterno que no quiere parece saber algo mejor que el superior; su comedimiento en ofrecerse para cualquier trabajo, todos sus modales hacían de este cordobés,

barnizado sin acabar de pulir, un lunar entre el paisanaje porteño que le rodeaba, más activo, pero más rudo.

Es cierto que su ayuda era algo platónica, y cuando, viendo al patrón con una herramienta cualquiera en la mano, se le acercaba, diciendo: «Preste, patrón», y se la quitaba con gesto resoluto -como si fuera deshonra para él dejar un momento que el patrón se cansara en trabajar, en su presencia-, era generalmente puro ademán; ¡pero lo hacía tan bien y con tanta sinceridad aparente!

Seguramente, cuando joven, había sobresalido en todos los trabajos de campo; hoy, se contentaba con dar indicaciones a los muchachos para lo que era domar, o enlazar, o cualquier otro trabajo pesado; pero para un trabajo delicado, tenía fama merecida de hombre hábil, y si algún estanciero vecino quería que se le adiestrase un caballo para la silla de la señora, o se le amansase un petizo para los chicos, no buscaba sino a Pedro Agüero.

Tampoco había peligro de que Mandinga se llevase al padrillo hecho potro por él, cuando le había dibujado con la punta del cuchillo, en la faz interna de la cola, la señal de la Santa Cruz.

Fatalista, como los árabes a quienes parecía, perdonaba a la suerte sus errores, pero no por esto dejaba de tratar de evitarlos, y como su mayor superstición era que todo trabajo hecho un sábado tenía que salir bien, poco a poco, llegaba a no trabajar más que el sábado... cuando no llovía, o que lo permitía el estado de la luna.

Y por el conjunto de sus cualidades y de sus defectos, resultaba, para don Augusto, entre muy útil y casi inservible.

... Hasta que un día de viento norte muy feo, se oyeron en el puesto gritos desaforados, vociferaciones, insultos soeces: «a ese gringo que se le había venido a meter aquí, quién sabe con qué derecho»; y sonó un tiro de revólver, que fue a herir en el brazo al hijo mayor, quien había querido pedir al padre que se moderase.

Y, siguiendo la farra, volvió a la pulpería, donde, con un tono chocante que contrastaba con su finura habitual, convidó a los concurrentes, hablando, con altanería sin par, de medir con cualquier

facón su «capadora» y de castigar a rebencazos a esos cobardes, que lo miraban como zonzos, sin atreverse a decirle nada.

Y ¿por qué no le decían nada?, ¡porque bien sabían que él era gaucho!

-¡Soy gaucho! -repetía-, ¡soy gaucho!

Lo que menos era, el pobre; pero no sólo lo sabían inofensivo, sino que pocos eran, en la vecindad, los que no habían tenido ocasión de ir a buscarlo a su casa, encontrándolo siempre dispuesto a venir, a cualquier hora, a cristianar a un recién nacido, en peligro de muerte, o a rezar, en un velorio, las preces de los difuntos.

Al rato, le dio por cantar, y compró una guitarra; con ella, se fue para su casa, y de allí, mandó a su hijo menor a buscar otro porrón de ginebra.

Cuando volvió el chiquilín, le salió al encuentro, bamboleándose, emponchado, y desafinando a raja y cincha con la guitarra y con la voz; el mancarrón, un viejo servidor bichoco, se asustó y volteó al muchacho; don Pedro no vaciló, sacó la cuchilla, y degolló al caballo.

La vista de tanta sangre lo calmó; arrojó lejos de sí el arma; la guitarra fue a dar violentamente contra el suelo, hendida, estertorosa, y don Pedro, dejándose caer en la cama, se durmió profundamente.

¡Pobre don Pedro Agüero!

La libreta

La pulpería de don Juan Antonio Martínez, poéticamente denominada por su dueño: «La Nueva Esperanza», quizá en homenaje a anteriores descalabros, era la más acreditada de todas las casas de negocio brotadas a veinte leguas alrededor.

Muchos eran los bolicheros, y bastantes también los comerciantes de regular capital, que se habían gastado las uñas en la infecunda tarea de hacerle competencia. Don Juan Antonio, regordetón y risueño, hijo de las costas cantábricas, se reía de esos inútiles esfuerzos, conteniendo con admirable diplomacia a los clientes buenos que hubieran podido tener veleidades de saldar definitivamente sus cuentas, y dejando irse sin un gesto, a los clientes dudosos a quienes La Verde de Espinosa, o La Blanca; de Lissagaray, o La Colorada de Fulánez ofrecían libreta...

¡Tener libreta!, es decir, cuenta abierta en la casa de negocio; poder -sin dar un peso en efectivo, durante todo el año, de esquila a esquila- sacar de la casa todo lo necesario a la manutención de la familia y a la administración del rebaño: comestibles y maderas, vacios, ropa, calzado, remedios, muebles y utensilios, y el antisárnico para curar las ovejas, y las tijeras para esquilarlas, o las herramientas para mover la tierra, y los aperos y monturas, todo, en fin; y también, de cuando en cuando, poder girar contra la casa un valecito por algunos pesos: para sueldo de algún peón conchabado en un momento de apuro, o para algún viaje al pueblito y hasta platita para satisfacer los caprichos de la patrona, loca siempre por

comprar al mercachifle, napolitano o turco ambulante, despreciado y odiado más que temido competidor de la casa establecida, algún cachivache de lata niquelada, o cinco metros de género estrambótico.

¡Si lo viniera a saber don Juan Antonio!... ¡Vaya!, venirle a pedir plata prestada para gastarla con mercachifles: capaz de cerrar la libreta y de dejarlos plantados; y, entonces, ¿cómo esquilamos? Pues, en tiempo de la esquila, la pulpería es el banco que adelanta dinero para todos los gastos.

¡No tengan ese cuidado! Don Juan Antonio Martínez, puede ser que se haga el enojado; pero no es tan tonto como para cerrar una libreta segura, en medio del año, cuando ya le deben mucho y que se viene acercando justamente la esquila; pues sería lindo que, por una nimiedad, permitiese que viniera otro a quedarse con el diente y con la lana, teniendo él, después, que correr detrás de su plata. No; él sabe que hay que dejarle soga al redomón, para que no corte, y que, si el nudo es bueno, la huasca fuerte y el poste seguro, no hay peligro.

Y el palenque de don Juan Antonio es seguro, pues es el de la necesidad. La soga es la libreta.

En el patio interior de la pulpería se ha parado un carrito; lo maneja el hijo mayor de misia Tomasa, buen muchacho, quien, hace poco, ha dejado sus estudios en la escuela del pueblito; ha aprendido a leer y ya puede escribir -orgullo de sus padres- unas cartas que, por lo claro, parecen una conversación por gestos. Algo se ha olvidado del lazo, pero pronto lo volverá a conocer.

Don Juan Antonio se precipita; a gritos, llama a los dependientes; pide un banco, un cajón, para que se bajen del carrito misia Tomasa, una señora muy gorda, y dos de sus hijas: Ceferina, en toda la flor de sus diez y siete años, cuyos morenos encantos no sufren de la ausencia de corsé, siéndoles, sí, fatales, el corte tosco del vestido de

percal muy relavado, las medias mal estiradas en los botines a la crimea, enormes y sin lustrar, y el pañuelo de algodón floreado que le tapa toda la cabeza, dejando apenas pasar el relampagueo de sus ojos; y Concepción, una niña de trece años, pintona, como dicen entre dientes, allá en un rincón, dos viejos gauchos mirones.

Trabajoso, el desembarco de doña Tomasa, mientras los perros que han venido con ella, empeñan con los de la pulpería una conversación a rezongos y ladridos roncos, precursores de cercanas luchas.

Don Juan Antonio, con amable sonrisa, remite a misia Tomasa una libreta nueva, que lleva, para no desperdiciar nada, su propio precio en el primer renglón, y al haber, una bonita cantidad de pesos: sobrante del importe de la lana que compró él y ya realizó.

Y empieza el delicado trabajo de volver a atar suavemente la soga al bozal, sin hacer corcovear al cliente.

-¿A cómo me vende el azúcar? -pregunta, antes de todo, doña Tomasa, instalada en una silla, cerca del mostrador.

-Se lo pondremos a 0,45 el kilo, este año, señora. Hacemos este nuevo sacrificio para nuestros clientes.

Y aunque parezca mentira, es un sacrificio; pero, en trampa sin cebo, no se caza pajarito.

Y después de conquistada así la buena voluntad de doña Tomasa, hace bajar de los estantes los artículos que pide, y otros muchos que no necesita; le llena los ojos con el relumbrón de las piezas de percal y de los pañuelos de seda, la abomba con incesante palabreo, y le hace rebajas, y, galante, le regala un abanico japonés de diez centavos, y otro a Ceferina, y a Concepción un paquetito de caramelos, y apunta, apunta, apunta.

Ahora, cada dos o tres días, vendrá el muchacho, con las maletas, a buscar las mil cosas que, para comer y vestirse, necesita la familia.

El marido de doña Tomasa no dejará de venir, él también, de vez en cuando, a jugar un partido y convidar a los amigos; y en la duda

de cuántas copas son, siempre se apuntan algunas más, y la libreta se va llenando de garabatos, de manchas sangrientas, y de sumas cada vez más abultadas.

Cada mes, es cierto, el carro de la pulpería pasa por el rancho, a alzar los cueros o la cerda, y también se apuntan en la libreta; pero don Juan Antonio apunta entonces lo menos posible; y como el muchacho, aunque diga, no revisa nada, los cueros resultan casi todos de epidemia o pelados.

De modo que la libreta tan bien se hincha que, por poco que pinte mal el año, le empieza a entrar recelo al mismo pulpero. El cliente, él, no se asusta por tan poca cosa.

Por su parte, los competidores ofrecen al esposo de doña Tomasa precios altos por la lana; y don Juan Antonio, para no perder un parroquiano que, al fin, no está todavía fundido del todo, y para asegurar su crédito, no vacila en comprarla a cualquier precio.

Queda, asimismo, una cola que sólo se podrá liquidar con la venta hipotética de novillos o capones que, quizás, engorden; y cuando, poco a poco, la libreta se haya comido, después de lo gordo, los animales al corte; después del rédito, el capital, entonces llegará el momento oportuno del ahorcamiento final; pues, siempre se debe degollar con tiempo la oveja moribunda, para que siquiera el cuero resulte un poco mejor.

Y al cliente arruinado que le venga a decir humildemente:

-¿Podremos seguir con la libretita, patrón? -contestará don Juan Antonio Martínez:

-Amigo, vea; ¿por qué no lo ve a Fulánez?

Funeraria

-¡Ave María! -gritó desde el palenque el muchacho; y antes que don Agustín hubiera tenido tiempo de espantar los perros y de invitarlo a apearse-: Don Agustín -le dijo-, manda decir mi tío si usted puede venir hasta casa, para hacer un cajón.

-¿Un cajón?, ¿para qué?

-Para el finado Patricio.

-¡Cómo!, ¿murió Patricio?

-¡Sí, señor!

-¿Y de qué?

-Lo mató Suárez.

-¡Hombre!, ¿y cómo fue la cosa? Bajate pues, hombre, y mientras me visto, me cuentas.

El caso era muy sencillo. Patricio era un mestizo inglés, compadrón y chocante como él solo, cuando estaba mamado, cosa que le sucedía, en término medio, cinco días por semana. En su calidad de compositor de los dos parejeros de la pulpería, era admitido detrás del mostrador, y ahí se daba mucho tono con los clientes, doctoreando de conocedor en caballos y de carrerista, sin admitir réplica.

Más de una vez, había suscitado camorras, y sacado el revólver o hecho relucir la cuchilla; pero no había pasado de compadradas de

que nadie había hecho caso.

Este día, estaba entre la concurrencia un gauchito, bajo de estatura, delgado, casi lampiño, de ojos chiquitos; con una de estas caras que nadie piensa en mirar, que, instintivamente, se disimulan detrás de espaldas más altas, y cuya vista inspira al que, por casualidad, las ve, la misma repulsión que la de una víbora, con la misma intuición de destrucción necesaria, aunque sea con asco.

Se llamaba Suárez; era hijo de una vieja puestera del pago, mala, ella también, como la hiel, y todos le tenían... recelo, por lo menos.

Se armó lo de siempre, entre él y Patricio, y después de un cambio de palabras algo fuertes, saltó el inglés enfadado por encima del mostrador, rebenque en mano; pero antes que hubiera puesto el pie en el suelo, quedó tendido de espaldas en el mostrador, pataleando en medio de las copas volcadas, con una herida bárbara en el costado.

Suárez limpió el cuchillo en el umbral, y conservándolo en la mano, con la mirada circular, torva, humildemente desafiadora de la fiera acorralada, se retiró hasta el palenque, montó a caballo, y pronto se perdió en el pajonal, sin que nadie hiciera un gesto para detenerlo.

Cuando llegó don Agustín con el muchacho, el alcalde estaba allí, conversando con el dueño de la pulpería, cerca del catre donde descansaba el cadáver de Patricio.

Lo único que quedaba hacer era preparar todo para velarlo y llevarlo, el día siguiente, al pueblo -catorce leguas de caminos deshechos y pantanosos, donde se daría cuenta a la autoridad, se haría reconocer el cuerpo y se le daría sepultura.

Primero, se necesitaba un cajón. Don Agustín se puso a disposición del pulpero: no era, a decir la verdad, carpintero de oficio, pero tenía cierta afición y era bastante baqueano para enderezar a martillazos los clavos torcidos y enmohecidos que nunca faltan en una casa de negocio, serruchar medio derecho tablas de

cajones vacíos y de barricas, y pegarlas juntas, sin ofenderse por demás los dedos.

Bien se hubiera podido -y algunos viejos habían emitido la indicación- envolver al difunto en un cuero de potro y llevarlo así, a la moda antigua, de cuando una tabla era un lujo, y que había que hacer seis leguas para pedir un serrucho prestado. Pero nadie los escuchó; ¿para qué?, si había de todo en la casa, y el pulpero indicó a don Agustín un montón de cajones vacíos, autorizándolo con una liberalidad que hacía honor a sus sentimientos de caridad cristiana, a tomar todo lo que necesitase.

Una hora después, apenas, de haberle don Agustín tomado medida de su último traje, se encontraba Patricio descansando en un féretro artísticamente trabajado; dando la casualidad que en el sitio de los pies, se pudiera leer: «Bitter de los Vascos», mientras se juntaba en la cabecera, un letrero de coñac con uno de ajenjo, y derramada en los costados y en todas partes, la lista completa de las bebidas con que suele ponerse alegre la gente de campo: vermouth francés y vermouth Cinzano, ginebra, Whisky, anís de Carabanchel, aguardiente de uva y algunas otras. Ningún honor fúnebre le podía haber sido rendido con más exquisito tacto al finado Patricio.

Lo velaron muchos vecinos, atraídos por la curiosidad y por las ganas de oír los detalles del suceso; fumaron una gran cantidad de cigarros, se tomaron bastantes copas; dicen que se arreglaron dos carreras para el domingo siguiente, y no hay duda que, si el dueño de casa lo hubiera permitido, hubiera sollozado la guitarra algún canto más o menos fúnebre.

Al amanecer, se ató un carrito con tres buenos caballos, se cargó en él el pintoresco ataúd, y se marcharon, en medio del silencio de la concurrencia, más atontada por una noche sin sueño que respetuosa de la muerte, don Agustín, sentado en el carro, y el viejo don Anselmo, a caballo, para cuartear, en caso de apuro.

Y en las brumas matutinas, fue extinguiéndose, poco a poco, el rumor vago, salpicado de notas claras, producido por el sonido de

las ruedas en el eje, los tumbos del carro en los huecos de las huellas, el trote de los caballos en los charcos de agua y la conversación a gritos de los dos viajeros, con la cual trataban de contrarrestar la emoción involuntaria que les infundía la presencia algo solemne del mudo compañero, a pesar de la sobreexcitación causada por la agitación del viaje y por la copiosa mañana tomada antes de salir.

Ocho horas después, llegaban frente a la policía del pueblito, y bajaban ambos del carro; pues el viejo Anselmo, en las seis paradas que habían hecho, en los boliches del camino, para dar resuello a los caballos y contar el suceso, con amplios detalles, se habían tragado tantos anises con ginebra, que don Agustín, algo bastante punteado también, le había hecho atar el mancarrón a la par de un ladero y ofrecido un asiento en el carro.

Y cuando hubieron entregado al oficial de guardia el parte del alcalde, y recibido la orden de bajar el difunto, vieron, atónitos, que la puerta del carro, desprovista de sus clavijas, colgaba, avergonzada, de las bisagras, y que el muerto había desaparecido.

-¡Ahijuna!, ¡se nos fue! -exclamó Anselmo.

Pero don Agustín, que era hombre formal, lo hizo trepar otra vez en el carro, a su lado, y sobre la marcha, sin decir nada a nadie, agarró por donde habían venido, registrando cuidadosamente el camino recorrido, hasta que, a una legua, más o menos, del pueblito, encontró al pobre Patricio, que esperaba tranquilo, con el cajón boca abajo, en un charco, que lo viniesen a buscar.

Lo criollo

Don Victoriano Ortiz, al tranco sosegado de su crédito, penetró con don José, el resero, en el rodeo de sus vacas -unas mil cabezas-, parado en una lona medanosa, y caminaron ambos, despacio, entre el oleaje de grupas y de astas, tratando el resero de no pisarse en sus cálculos y de darse buena cuenta del estado de los animales y de su valor, y Ortiz, de remover delante él los novillos más grandes y gordos.

-¿Qué le parece, don José, la novillada?, van tres años que no vende; se puede cortar de a puntas.

-Sí, cierto -contestó el resero-. Hay bastante novillada grande; pero es muy criolla.

-¿Le parece?

Y quedó Ortiz todo desconsolado, como quien pierde la ilusión de un gran esfuerzo inútil, al acordarse que había podido conservar, hacía tres años, en su rodeo, durante unos meses, un torito mestizo, de la estancia vecina, creyendo asegurado así el refinamiento rápido de su hacienda.

Barrosas y chorreadas, hoscas y bayas, overas y yaguanés, con astas largas y amenazadoras, en sus cabezas grandes; las ancas estrechas y salientes; puro pecho, poco cuarto, y con unas patas largas que más les hubieran hecho ganar un premio en las carreras

que en una exposición rural, las vacas del amigo Ortiz eran, como él, de pura sangre criolla.

Pero lo que puede, para el hombre, ser un mérito relativo, no lo es para los animales, y los reseros de hoy ya no tienen más ojos que para las mestizas. Si Ortiz no vendía novillos desde tres años, y si de los que llevó don José, no sacó más que un precio irrisorio, es que lo criollo ya no tiene aceptación. ¿Qué le vamos a hacer?

Pero él difícilmente podía entender esa moda, como decía, y seguía resistiéndose a invertir plata en esos toritos ingleses que todos ponderaban, y que, por fin, no le parecían tan buenos.

Lo mismo con las ovejas. Tenía una gran majada de criollas, altas, delgadas, con una lana más fiera que la peluca de Mandinga, y esto sólo en el lomo; y a los que le indicaban la necesidad de mejorar su rebaño, contestaba que las ovejas criollas eran las únicas en que tenía fe; que ellas no sabían lo que era sarna, ni lombriz, ni mancura, ni nada; que eran sanas y fuertes, que criaban lindamente sus corderos, y que no quería saber nada de linca ni de rambullé.

-Demasiado se me van mestizando con las mixturas -decía; aunque más miedo todavía tenían los vecinos a la majada de él, siempre llena de carneros, en toda estación; y ¡qué carneros!, tan emprendedores, e indómitos como fieras.

-Criollos lindos -decía don Victoriano.

El animal criollo es el que, de un estado doméstico anterior, va retrocediendo al estado silvestre; el criollo, por otro lado, es el hombre que se va acercando al refinamiento: se encuentran ambos por el camino, y mientras no sean mayores las necesidades del último, quedan juntos y se acompañan, en ese estado de transición. El criollo se contenta con conservar la propiedad de sus animales; observa sus mañas, sus costumbres y les opone su vigilante astucia, salvando su dominio por medios primitivos de coerción. Todavía no piensa en mejorar su propia condición; ¿cómo pensaría en mejorar la de su hacienda?, ella vive y se multiplica; ¿qué más quiere?,

también está apropiada a lo poco que le pide y se contenta con vivir de ella.

La ambición de enriquecerse no ha nacido todavía en él; ni trata de producir más de lo que necesita, ni menos, de conservar lo que le podría sobrar.

Fácilmente se comprende que con semejante ideal, nunca se hubiera acordado Ortiz de comprar campo. Primero había andado vagando por tierras sin dueño conocido, o en campos del estado, y sólo cuando aumentaron sus intereses y se empezó a poblar la campaña, pensó en arrendar. Bien veía que, por todas partes, se formaban estancias, grandes y pequeñas, y la mayor parte, de propiedad de extranjeros; poco acostumbrado a ver que el pesebre y la rasqueta sólo servían para el caballo importado, y que la intemperie y el campo pelado no bastaban para el criollo, no se le ocurría que pudiera, él, nacido acá, aspirar algún día a ser también dueño de algún retazo del suelo patrio y a radicarse en él.

Se dejó estar, pues, durante mucho tiempo, hasta que bien aconsejado por su amigo don José, el resero, logró un campito a precio regular.

Con la inesperada posesión de la tierra, cambiaron sus ideas.

No tener ya que pensar en el pago del arrendamiento, esa terrible pesadilla anual, ni en la próxima mudanza, ese trastorno periódico que, muchas veces, es la ruina, que siempre es un atraso, esto basta para que se borren de la mente del criollo los vestigios del instinto nómada, heredado de sus antepasados.

Y pronto, aunque ya viejo, dejó Ortiz de ser el criollo empedernido que siempre había sido. Fue vendiendo poco a poco las barrosas y yaguanés; y los toros mestizos de buena cría anduvieron haciendo la ley en el rodeo, mientras que las ovejas criollas, cruzadas con buenos carneros, daban crías que quizás hubieran renegado de sus madres, por ordinarias, si hubieran sido gente.

Hubo, por cierto, desconsuelos pasajeros; la tierra había quedado pampa, y los mestizos son delicados. El pasto puna, que basta para

mantener ovejas y vacas criollas, enferma a aquéllas; pero después de maldecir, en más de una ocasión, las mestizaciones, y de insistir, a veces, en que «no hay como los animales criollos», Ortiz tuvo por fin que aplaudir a sus hijos haciendo el oficio de gringos y siguiendo a pie el arado que hace mestizala tierra, y arraiga en ella al hombre.

Fue por aquel entonces, cuando el resero don José vino, un día, muy paquete, a visitar a la familia de Ortiz, con el solemne objeto de pedir, para su hijo, la mano de la joven Zulema. Y como el viejo Ortiz, muy halagado por el pedido, por previsto que fuese, le preguntaba al resero, con aire socarrón, si no tenía recelo de que le saliera muy criolla la hacienda, don José, galante, contestó que, tratándose de flores, cambiaba de especie la cosa, y que hay violetas del país y rosas criollas que pueden competir con las mejores flores importadas.

El gaucho

-¿Por dónde andará todavía ese hijo de perra? -gruñó don Ramón, apenas salido de su cuarto, después de la siesta; y mientras el capataz le contestaba por un: «¿Quién sabe?», poco comprometedor, doña Baldomera, la cocinera, se apresuró a decirle:

-Señor, salió a repuntar los carneros.

Refunfuñó don Ramón, pero quedó medio apaciguado por la piadosa mentira de la vieja; y ésta volvió a su cocina, añadiendo entre dientes:

-Si la madre fue perra, lástima que no seas el padre; los dos hubieran hecho buena yunta.

Y mientras tanto, el Guacho, por una hora, encontraba la vida buena y digna de ser vivida; su caballo escondido en la hondonada de un médano, estaba él en acecho, con su fiel compañero, Baraja, un perro sin abolengo conocido, lo mismo que él, mirando ambos, sin moverse y sin respirar, la boca redonda de una cueva misteriosa, tratando de percibir cualquier ruido que de ella saliera. En la cueva había desaparecido un zorrino, perseguido por Baraja, y no era esa, presa de dejarla, así nomás.

Pero pasaban las horas y el zorrino no se movía; el sol había bajado, y tampoco era cosa de arriesgar una paliza. Saltó a caballo el muchacho, y dando vueltas entre las lomas, de modo que siempre le tapasen el bulto, apareció de repente a pie, tirando el mancarrón

del cabestro, y arreando despacio los carneros, como después de haberles pastoreado con la mayor vigilancia.

Lo retó, furioso, por supuesto, don Ramón, por no haber estado en las casas, cuando lo había necesitado; pero, como lo hubiera retado lo mismo por no haber estado en el campo, si lo hubiera encontrado en las casas, no había más que aguantar y sufrir la tormenta, como la sabía hacer el muchacho, con toda paciencia, aunque viniera con granizo.

Un día que el Guacho, muy niño todavía, había cazado en una laguna cuatro patitos recién nacidos y los ofrecía a un vecino:

-Si tuvieran madre -le dijo éste-, bien te los compraría, muchacho; pero así, solos, se los comerán los gatos o las comadrejas.

Y el niño pensó que si él también tuviera madre, quizá recibiría menos palos y oiría más a menudo palabras de cariño, como esas que, de lástima, le solía decir, a veces, doña Baldomera, la vieja cocinera.

Pero, aunque tratado como esclavo por el que se decía su tutor, poco se solía quejar, sufrido, como era, contentándose con buscar alivio a sus males en las escapadas, que con su fiel Baraja, podía hacer, entre los médanos, el monte o los pajonales, aprovechando para ello algún descuido del tirano.

No siéndole permitido conversar con nadie, ni jugar con ningún muchacho, se había acercado a los animales; con Baraja, conversaba de veras; le contaba sus penas y le explicaba sus proyectos, y era de ver en los ojos del perro, y en los movimientos de su cola, como todo lo entendía perfectamente.

Juntando sus instintos y sus aptitudes, habían conseguido conocer las costumbres, mañas y modos de vivir de cuanto bicho existe en la Pampa, de tal modo que aquel al cual habían echado los puntos, difícilmente les escapaba.

Ni al zorro, entonces, le lucían sus vivezas, ni al tero, sus gritos, ni al avestruz, sus dengues, ni al venado su ligereza; ni con su desliz

silencioso, ni con sus erguimientos enojados se salvaba la víbora, ni la perdiz, con su más completo arrasamiento. Bien podía la nutria echarse a nado, la vizcacha entrar en su cueva, disparar el peludo o volar el cisne, todo era presa segura de las piernas ágiles, las diestras manos, el ojo certero del Guacho. Su observación penetrante, su destreza infalible, su intrepidez, su paciencia a toda prueba, su energía indomable, su gran fuerza física, su sangre fría superior a toda sorpresa, su resolución rápida, inmediatamente puesta en acción, hubieran hecho de él, dirigidas por mano paterna, o sólo cultivadas por el amor materno, todo un hombre. Bien lo decían sus grandes y hermosos ojos, donde también hubieran tenido su sitio la ternura y la bondad, si las crueldades de la vida no las hubieran ahuyentado para siempre.

Sucedió que una tarde, se dejó estar con Baraja, en el campo, algo más que de costumbre: cautivado probablemente por las idas y venidas de toda una familia de cuises, que soñaba de tomar vivos; y cuando volvió a la estancia, de noche casi cerrada, se encontró, en el palenque, con su verdugo esperándolo; y ni las suplicaciones del muchacho, ni las preces de doña Baldomera, ni las miradas de humilde reprobación del capataz, impidieron la tormenta de resolverse en los hombros del Guacho, en brutal lluvia de rebencazos. Baraja, primero, suplicó también con los ojos; pero pronto, gruñó, enseñó los dientes, y al fin, se abalanzó y mordió en el brazo a don Ramón. Lo mordió poco, casi respetuosamente, como quien se ve obligado por las circunstancias, a llamar al orden a un superior.

Don Ramón dejó de castigar al chico, sacó el revólver y apuntó al perro; pero pensó quizá que no podía ser esto, para él, un simple caso irreflexivo de defensa propia, sino que debía a semejante desacato de su autoridad suprema la reparación de una ejecución en forma, y con calma aparente, se fue a su cuarto, tomó una escopeta, la cargó y descerrajó contra el pobre Baraja los dos tiros, yéndose el perro a morir por allí, entre los yuyos de la quinta.

El muchacho lo siguió, besó con lágrimas su cabeza de amigo fiel, y volvió a las casas, envueltas ya en las tinieblas de la noche y en un silencio tan denso que parecía protesta contra la mala acción cometida. Don Ramón le mandó se quedase de plantón, toda la noche, al pie de su cama.

Cuando amaneció, el Guacho, protegido contra sus posibles perseguidores, por toda la astucia que le podía inspirar su ciencia profunda de las artimañas propias de los bichos de la llanura, había desaparecido, llevándose uno de los mejores caballos de la estancia; y el capataz encontró a don Ramón, muerto en su lecho, degollado.

A su llamada, vino doña Baldomera; y la vieja mujer, en presencia de ese cadáver, sacudida por tantas emociones, enjugándose los ojos con el delantal, sólo pudo murmurar, sollozando:

-¡Pobre Guacho!

El alcalde

Una de las preocupaciones mayores del juez de paz del partido «Sargento Cabral» era de encontrar y de conservar alcaldes para los nueve cuarteles de su jurisdicción. Ser alcalde, es un honor, no hay duda; pero también es un hueso pelado que no da para puchero; y pocos eran los vecinos bastante valientes, tontos, vanidosos o abnegados para aceptar el puesto, o para no tirarlo como ascua, cuando en un descuido se lo habían dejado colar.

El juez de paz tiene mil modos de sacar provecho de su posición oficial; el comandante militar consigue con facilidad, peones, de ojito, para su estancia; al comisario, siempre se le queda pegado en el fondo del cajón, una que otra multa olvidada en los apuntes oficiales; el secretario de la Municipalidad no deja de percibir su comisioncita para apurar el despacho de alguna guía; para el médico amigo del juez de paz, hay visitas obligatorias y bien remuneradas; y el recaudador de rentas, si es vivo, sabe crear pretextos para cobrar multas de las cuales le toca la mitad.

Pero el alcalde, ¿de dónde sacaría sebo? Vive en el campo, lejos del foco luminoso que irradia sus favores sobre los felices mortales acurrucados en rededor de él; tiene que atender sus propios intereses o los que le han sido confiados. De poquísima instrucción, apenas le alcanzan los medios para verificar una señal o una marca, y descifrar los hieroglíficos certificados de venta de hacienda, en los cuales tiene que poner su visto bueno; y si, a veces, podría ser muy capaz de apropiarse una vaca ajena, no tiene ni la más remota

noción de cómo se puede, por medio del papel y de la pluma, trampear al prójimo.

Sí, sí; es un puesto honorífico el de alcalde; pero a más de las pocas utilidades que proporciona al titular, lo hace candidato a sufrir eventualidades que, por honoríficas que sean, suelen ser poco sabrosas.

De repente llega del pueblo una comisión que le entrega un imponente oficio, mandándole se constituya inmediatamente en el domicilio de Fulano de Tal (un bandido de siete suelas que vive entre los juncales y capaz de matar al propio padre), para intimarle orden de prisión; tiene el alcalde, si quiere cumplir con su deber, que dejar sin acabar el pacífico trabajo que estaba haciendo, para ir a correr el riesgo de que le sacuda el otro algún balazo o un buen pinchazo.

Hay alcaldes que, sin vacilar, ensillan y van; y los que, también sin vacilar, se quedan en su casa, y ya que el juez no se sirvió acompañarla, mandan a la comisión a arrostrar sola a la fiera.

De los primeros era don Dionisio Sayago, hombre reposado, de edad algo más que madura, hacendado, de buena raza criolla, quien fue una vez, así, con tres milicos y un sargento, a prender a un cuatrero famoso que se había refugiado en su cuartel. Al llegar al rancho, lo vieron muy sí señor, parado en la puerta, y tomando mate, con el parejero ensillado en el palenque, listo para la disparada.

Don Dionisio, sin bajarse, y dejando a retaguardia a sus acompañantes, le dio la voz de preso. La contestación fue breve y expresiva: el gaucho alzó un trabuco, que tenía a mano, cargado hasta la boca, y como manga de piedra con trueno, silbaron las balas y los recortes, en una detonación formidable. Cuando se disipó el humo, se veían desde el rancho, cinco grupas de caballos huyendo a todo correr, y el bandido, con una sonrisa sarcástica, se golpeaba la boca.

Uno de los jinetes, entonces, sujetó de golpe, y dándose vuelta, se acercó otra vez al palenque.

Don Dionisio había sentido, al oír la risa del criminal, una nube de vergüenza invadirle el rostro, y se volvía, solo, resuelto, sereno, a cumplir con su deber.

Se apeó con toda tranquilidad, ató su caballo, se aproximó al rancho, sin decir palabra, y cuando estuvo a cinco pasos del gaucho, que, atónito de tanta audacia, había dejado caer el trabuco descargado, para empuñar el facón, don Dionisio sacó ligero del cinto el revólver, y apuntándolo, le dijo con calma:

-Tire las armas, amigo, y dése preso.

El cuatrero cedió, abochornado, al instinto de la propia conservación, y quedó temblando de rabia, pero paralizado. Quiso, no hay duda, atropellar al atrevido; tuvo, por cierto, la idea de abalanzársele; de darle vuelta rápida por un lado y de herirlo; calculó también la distancia que lo separaba del parejero salvador; se acordó con sentimiento del trabuco yacente, inútil, en el suelo; casi dio un paso adelante, al comparar su ligereza y su fuerza con la pesadez y la relativa debilidad de ese hombre ya casi viejo; pero se quedó inmóvil, como clavado en el suelo, pálido, febriciento, avergonzado de verse tan cobarde que ni se atrevía a mover la mano, siquiera para secarse el sudor de la frente; casi rugió, casi lloró. Vio cerrarse las puertas de la cárcel; oyó las risas... quiso moverse, erizado.

-¡Una! -dijo don Dionisio.

Y se sobresaltó el gaucho, como si hubiera oído hablar la misma boquita del revólver, redonda, negra, reluciente, que guiada por un ojo agrandado de todo el esfuerzo de mantener cerrado el otro, y con agudeza de visión duplicada por la ceguera del compañero, espiaba cualquier gesto, cualquier movimiento que hubiese tentado hacer.

No hizo ninguno.

-¡Dos! -dijo la voz: y todo lo que le permitió la parálisis de que era presa, fue de abrir la mano para dejar caer el facón: ¡Malvado, cobarde, flojo!

Seguido siempre por la enervante amenaza de la boquita redonda, muda elocuente, tuvo que marchar, reculando, hasta el palenque, montar en el caballo de don Dionisio, mientras éste saltaba en el parejero, y llegar, así conducido, al puesto del alcalde, donde encontraron a los milicos rodeando el fogón y floreándose con contar, entre dos mates, con todos los detalles, por supuesto, la pelea tremenda, en la cual, a pesar de la bravura por ellos desplegada para salvarlo, don Dionisio había seguramente encontrado su fin.

-¡Pobre don Dionisio! -empezaba uno, cuando el alcalde lo interrumpió:

-¡Sargento! -dijo-, asegure a este preso; y mande uno de sus hombres a alzar el facón y el trabuco que el señor ha dejado olvidados en el patio.

Luego, corrigió:

-Pueden ir dos, si uno les parece poco.

Pesquisa

-¡Patrón!, en ninguna parte se puede encontrar la colorada, y el ternero ha vuelto solo, como de lo de don Ignacio; para mí, han aprovechado la siesta y nos han pegado malón.

-¡Oh! ¿habrán sido capaces? Sería como un asesinato. Que carneen una vaca cualquiera, un novillo, se comprende; ¡pero elegir una lechera, y ésa, sobre todo, que demasiado saben ellos cómo la queremos aquí, tan mansa, tan buena! Y a más, sería sólo para hacer daño, pues estaba flaca la vaca.

-Cierto, señor. Pero así es esa gente.

-¡Caramba!... ¿y qué les hago?

-Patrón, la comisión está en Los Galpones. ¿Por qué no lo ve al oficial? Quizá podrían hacer algo.

-¿Está? ¡Lindo, entonces! Hágame ensillar el zaino.

Y media hora después, don Luis Casalla llegaba a la estancia de Los Galpones, donde encontró una comisión que hacía su recorrida mensual en los establecimientos del partido. Cuando llegó, el oficial, vestido de particular, tomaba el último mate de manos del sargento, esperando que el ayudante acabara de ensillarle el caballo.

El estanciero no era para el oficial un desconocido; éste siempre había sido muy bien recibido en el establecimiento, en sus recorridas, y nunca había faltado en la estancia algún mancarrón ajeno para sus milicos, cuando llegaban con los caballos cansados. Don Luis le contó el caso.

Era algo tarde ya, y el oficial le manifestó que, a pesar de su buena voluntad, no podía ir allá derecho.

-Pero no importa -le dijo-. Vuelva usted a su casa para no darles sospechas, y, a la madrugadita, nos viene a buscar a La Barrancosa, donde haremos noche. El puesto queda cerca y los agarramos sin perros.

Así fue; y aunque las noches, en esa estación, sean cortas, don Luis Casalla se apeaba en el palenque de La Barrancosa, antes que los gallos hubieran acabado de modular la primera copla del estridente cántico con el cual suelen despertar al sol.

En su parecer era, con todo, mucho, el tiempo perdido, y mucho más le hubiera gustado poder, el día anterior, aunque hubiera sido de noche, caer como bomba sobre la cueva de esos malhechores, encerrarlos en su madriguera, machos, hembras y cría, y buscar en los alrededores los rastros del delito... del crimen, pensaba él, pues el amor que todos, en su casa -mujer, niños y servidores-, profesaban a esa lechera, casi la elevaban al rango de miembro de la familia.

Casi iba, sin quererlo, hasta juntar en su mente las ideas de madriguera, de bichos dañinos y de incendio; pero más que todo, renegaba, entre sí, con el maldito: «¡Mañana!», al cual, sin embargo, se sabía demasiado atener, él también, cuando se trataba de intereses ajenos.

La comisión se alistó, y, poco después, salían los cuatro, dirigiéndose al galopito hacia un rancho bajo, que en la luz tenue de la madrugada, casi no se podía distinguir entre los juncales.

Cuando todavía estaban a unas diez cuadras del puesto, oyeron el ruido de un carro que se alejaba ligero, chapaleando sus caballos entre los charcos de agua que todavía quedaban, restos de la última crecida, en las partes más bajas de las cañadas, y al cabo de un rato, vieron destacarse en una loma, ya alumbrada por los primeros rayos del sol naciente, la silueta de un hombre alto, parado en el carro, acompañando con el cuerpo las sacudidas del vehículo, como

acompañan los marineros, afirmados en sus fuertes y flexibles piernas, el continuo vaivén del navío.

-¡Diablos! -dijo el oficial-. ¿Quién será éste?

-Es Valentín, el panadero de San Antonio -contestó don Luis.

-Malo, ¡con estos panaderos y mercachifles! Son para nosotros, como los teros para el cazador, y como compran los cueros robados, tienen que ayudar a tapar los robos.

Y dándose vuelta, le dijo al sargento:

-Mira, Zamudio: pégale una al picaso, a ver si alcanzas el carro; lo revisas, y si tiene algún cuero, te lo traes a lo de Ignacio, con carrero y todo.

-Está medio lerdo el picaso -contestó Zamudio.

Y fuera que el picaso no hubiera comido bien en La Barrancosa, fuera que las ganas con que andaba el sargento no tuvieran espuelas, lo cierto es que el carro había tenido tiempo de llegar a la casa de negocio y de ser desensillado, antes que Zamudio, llenando, con todo, su cometido, lo revisase en el patio, por mera forma, después de tomar la mañana, amablemente ofrecida por el pulpero.

Mientras tanto, el oficial, tomando la delantera, se presentaba en el rancho, la diestra arrogantemente asentada en el cabo plateado del rebenque, y, después de un «Ave María» medio seco, se apeaba con don Luis y el milico, entre media docena de perros que los miraban de rabo de ojo, erizando el pelo y enseñando colmillos amenazadores, a pesar de los gritos de: «¡Fuera, fuera!» que les dirigían todos los miembros de la familia, mujeres viejas y jóvenes, muchachos y niños, y de los rebencazos que hacía el ademán de sacudirles el respetable patriarcal jefe de toda esa chusma.

-¿Don Ignacio Ramírez? -preguntó el oficial.

-Para servir a usted -contestó el viejo con una mirada tan inocente, un semblante tan humilde, una voz tan suave, que le

hubieran podido dar, con toda confianza y antes de oírlo más, o la santa comunión, por impecable, o cien palos, por cachafaz.

-Abrame ese cuarto -dijo el oficial.

-Pase usted adelante, señor. Y usted, don Luis, ¿qué hace? -y don Ignacio abrió la puerta, detrás de la cual colgaba un cuarto de carne de vaca.

-¿De dónde sacó esa carne?

Una de mis vaquitas, señor, que he carneado hace unos días. Somos tanta familia; los capones no hacen cuenta.

-Esta es carne de ayer -dijo el oficial-. ¿Dónde está el cuero?

-Ya lo vendí, señor. Somos pobres, y no podemos esperar que suban los precios.

-¿Y la cabeza, dónde está?

-Por allá, señor; se tiró. ¿Quién sabe?... ¡con esos muchachos! ¡Manuelito! ¡Felipe! ¿Dónde está la cabeza de la vaca que carneamos el otro día?

Los muchachos se acercaron. Descalzos, vestidos con una camisita toda rota y unos pantalones cortos, atados por un solo tirador y dos botones, la melena enredada como berenjenal, fijaron en el padre la mirada, a la vez atrevida y humilde, muy serios, mientras el oficial repetía la pregunta con una pequeña variación.

-¿Dónde está la cabeza de la lechera que mataron ayer?

El viejo no enmendó la pregunta para no turbar en la memoria de los muchachos la lección de antemano dictada, y el mayorcito de ellos contestó:

-Felipe me tiró con ella, y yo entonces la tiré en el jahüel.

-¡Caramba! -dijo el padre; y agregó, ya seguro del éxito final-: Miren, señores: yo creo que están sospechando de mí, algo; hacen mal, no soy ningún ladrón. La casa está a su disposición y la pueden registrar.

Y, levantando los colchones de un catre, abriendo un baúl viejo, colocado en un rincón, hizo con énfasis todos los ademanes de exagerada franqueza del hombre que sabe que ya no le pueden pillar.

Al rato, viendo inútil la pesquisa, se retiraron el oficial, don Luis y el soldado, cuando justamente volvía Zamudio, con el ojo chispeante, el buche lleno, y bien lastrado con una tajada de un suculento queso de chancho. Declaró al superior que no había visto nada sospechoso; y don Luis -agradeciendo, pidiendo disculpa, y rabiando- se fue para su casa.

Con todo, Ignacio Ramírez pensó que el susto había sido grande, que, sin Valentín, quedaban mal, y que, con don Luis, era mejor no meterse.

El parejero

En el patio de la pulpería, atado a una estaca cortita, el hocico hundido en la trompeta, cubierto con una funda de arpillera que lo protege mal que mal del sol, durante el día, y de la helada, durante la noche, la cabeza agachada, dormita el parejero, dando el conjunto de su persona la idea de un aburrimiento profundo.

Estirándose, bostezando, sale de su cuarto el compositor y, con pereza, trae la ración del parejero. Este es el hijo mimado de la casa; y, lo mismo que ama de leche en casa rica, el compositor que lo cuida no deja, por supuesto, de atribuirse también su parte de privilegios.

El caballo no es ningún animal en condiciones extraordinarias; pero pertenece a Fulánez, el pulpero, y sirve de cebo para organizar carreras en la casa y fomentar reuniones.

-Es mi socio -dice Fulánez, con una guiñada; y como gana o pierde la carrera, según queda arreglado de antemano con el compositor, éste ya pasa de socio, y fácilmente se comprende que nadie le va a mezquinar un atado de cigarrillos, de los buenos, o un vaso de vino.

Es cierto que también tiene que varear al parejero, a horas fijas, especialmente en la madrugada, y con tino. Componer un parejero es oficio de haragán, pero de haragán que entienda el oficio.

Para Fulánez, el parejero es una regular fuente de beneficios, y sabe que, de cualquier modo, todo el dinero que traigan a la reunión los paisanos ha de caer al cajón.

Pero lo que a uno lo mantiene, al otro lo empacha: y para don Braulio Vivar, modesto hacendado de por allá, el parejero fue fuente de ruina.

A pesar de ser buen criollo, don Braulio poco se acordaba de hacer correr mancarrones, cuando, un domingo que había reunión en lo de Fulánez, sin pensar, se puso medio alegre.

Había mucha gente gauchaje, bastante, pero también una punta de extranjeros, con sus hijos, nacidos éstos en el país, los más endiablados para correr. Mientras los padres, agricultores italianos en su mayor parte, quedaban pegados al mostrador, dándole de puñetazo, chupando vino a litros, pitando sus cigarros Cavour, hablando a quien más fuerte, y chapurrando no se sabe si el español o el idioma materno, los muchachos, ellos, iban buscando a quien les corriera, aunque fuera por dos pesos.

Y no faltaba algún gaucho, que más por el honor que por la plata, voltease el recado y se pusiera la vincha en la frente, aceptando el desafío.

Se iban siguiendo las carreras que daba gusto.

-¡Tres cuadras! ¡dos cuadras! ¡una ochenta! Le corro. -¡Dos pesos! -¡Pago! -¡Déme cinco kilos! -¡A mano! -Bueno, ¡vamos!

¡E iban!, ¡qué diablos!, y empezaban las partidas, fastidiosas, enervantes, al tranco, a medio galope, a todo correr, que ya creían todos que se venían; ¡y las vivezas para cansar al contrario, y las miradas de reojo para calarle la ligereza!, como si se hubiera tratado de un gran caballo y de diez mil pesos.

De repente, se siente un tropel. «¡Cancha! ¡se vienen! ¡se vienen!» Y el alma en suspenso, todo el cuerpo sacudido por un movimiento maquinal, como si estuviera montado en su caballo

favorito y castigándolo cadenciosamente, un gaucho repetía nervioso, sin resollar:

-¡Picazo, picazo, picazo, picazo!

A pesar de lo cual, pasó primero el doradillo, diez varas antes que el picazo, y el gaucho se calmó como leche retirada del fuego, alcanzando sólo a decir, al rato largo:

-¡Pero vea que lo ha ganado fiero!

Ahora, manaban los parejeros. Todos ofrecían correr, y todos, al oírlos, no tenían más que un caballo de carro, un caballo bichoco, o muy gordo, o muy flaco, como quien dice: «No me tengan miedo, mi cuchillo no corta»; o bien: «Mi mujer es fea, no me la lleven».

Don Braulio se dejó tentar. El caballo en que había venido era nuevo, guapo, vivaracho; lo prestó a un muchacho conocido para que corriese por dos pesos, para probarlo. Ganó.

Corrió otra, por cinco pesos. La ganó.

Don Braulio volvió a su casa hecho otro hombre, y, con regalar a la patrona los siete pesos, también algo la entusiasmó.

En vez de soltar el zaino, lo ató a la soga y le dio pasto, y desde el día siguiente, empezó a enseñarle a comer grano, cosa que ignoraban por completo, hasta entonces, todos sus caballos, y a hacerlo varear a la madrugada por Braulito.

Desde aquel día, también, las ovejas quedaron algunas veces encerradas muy tarde en el corral, y las apretó fuerte la sarna. Las vacas que, antes, daban poco trabajo, ya casi no dieron ninguno; pero el zaino empezó a ser cuidado en forma, y como verdadero parejero, tanto que fue criando fama.

Lo supo un vasco, carrerista de profesión, que vivía de pegarles fuerte a los incautos, con alguno de sus cinco parejeros mestizos, cuidados de modo a no aparentar lo que valían. Y se dejó llegar a la pulpería, donde don Braulio ahora pasaba sus días perorando.

El vasco no la emprendió con él haciéndose el chiquito, sino al contrario, alabando sus propios caballos, pinchando el amor propio del criollo, hablando de correr por cinco mil pesos para enseñarles a los argentinos, decía, lo que era cuidar parejeros. Tanto que a don Braulio, se le entraron las ganas de darle a ese gringo una lección, haciendo con él carrera por dos mil pesos, aunque tuvo para juntarlos que comprometerse, si perdía, a entregar vacas a elección, al precio de quince pesos.

Las vacas de don Braulio, a elección, bien valían veintidós; pero él no dudaba por un momento de la victoria del zaino.

Perdió, aunque por muy poco, y tuvo que entregar la flor de su hacienda, quedando perplejo de si haría el gusto a la patrona, fastidiada con las carreras, con liquidar el famoso parejero.

Por consejo del compositor que había tomado a su servicio, consintió, antes, en hacer otra prueba. Hizo carrera otra vez con el vasco, por quinientos pesos; pero jugó de afuera, con todo sigilo, contra su propio caballo, por más de dos mil, lo que fue fácil, pues muchos conservaban su confianza al zaino.

El mismo compositor debía montar y perder la carrera, de cualquier modo que fuese. Pero, ¡vaya! sucedió que, al correr, el entusiasmo se apoderó de él; el amor propio se lo llevó por delante; no se acordó del compromiso, sino de la vergüenza de perder otra vez; y castigó, castigó tan bien que lo batió al vasco, pero de lo lindo, dejando del mismo galope, al pobre don Braulio triunfante y furioso, renegando con las carreras, echando al demonio a los parejeros y a los compositores, empeñado hasta los ojos, y, sin embargo, con un cierto dejo a satisfacción criolla.

Ropa de abrigo

Tiritando de frío, saltó del mancarrón el muchacho, con su botella en una mano y el pañuelo de algodón en la otra; pasó la rienda por la punta del poste, y, sacando el miserable cuerito de carnero que le servía de recado, entró con él en la pulpería, de miedo que se lo robasen.

Tenía los pies desnudos; la cabeza envuelta en un pañuelo descolorido, un sombrero todo deformado y agujereado, y en las espaldas, un ponchito miserable; una camisita rota y sucia y un pantalón corto completaban el ajuar, capaz de dar frío con su sola vista.

Colocó la botella en el mostrador, y recostándose en él, llamó con fiereza:

-¡Mozo!

Y repasaba con la mirada los estantes llenos de frazadas de algodón y de lana, de ponchos vistosos, de capas de paño azul y negro, de bombachas, pantalones y sacos de todas calidades, tamaños y colores.

¿Les tendría envidia a los que tenían bastantes pesitos para vestirse de los pies a la cabeza con tanta cosa de lujo? ¿Soñaría él en tener, algún día, un sombrero nuevo, un par de botas, medias de color, un chiripá grueso y un poncho de paño con forro de bayeta, elegante, abrochado sobre un saco de rico casimir?

En los ojos, no se le veía pintada más que indiferencia, al recorrer los estantes.

¿Para qué pensar en lo que no se puede conseguir?

El mozo, mientras tanto, muy ocupado en despachar copas de caña y de ginebra a media docena de reseros que acababan de hacer irrupción en la pulpería, no se apuraba en venir a despacharlo.

-¡Mozo! -volvió a gritar más fuerte el muchacho, golpeando el mostrador con una pieza de dos centavos.

Se dieron vuelta para mirarlo los gauchos y sonrieron.

Bien emponchados venían, como gente que viaja, la cabeza envuelta en pañuelos, unos de seda, otros de algodón; algunos con botas, los más con alpargatas, y zapateando de cuando en cuando, para quitarse el frío.

Un vecino de por ahí, paisano viejo, los acompañaba; llevaba -recuerdo de algún viaje al pueblo, seguramente, o regalo de su patrón- un sobretodo, ropa muy extraña en aquellos parajes. Muy cansado, el sobretodo, muy usado, con botones de diferentes parroquias; el género, antiguamente negro, al parecer, había de haber sido, después, verdoso, para lograr, al fin, su color actual: amarillento. En partes, llevaba remiendos de otros géneros, de colores más o menos aproximados al primitivo. El viejo tenía la cara risueña, y por la barba, muy blanca después de haber sido negra, en los mismos años muy lejanos, que el sobretodo también era negro, probablemente, se conocía que juntos habían envejecido y cambiado de color.

El muchacho era conocido suyo: lo saludó afectuosamente, y como había convidado con la copa a todos los reseros, agregó:

-¡Servite algo, muchacho!

Este lo miró un rato, medio serio, y repasando otra vez con la vista los repletos estantes de la tienda, dijo:

-¡Mozo, a ver una tricota!

-Qué tricota, ni qué tricota -contestó éste-: ¿tienes plata?

-¡Si me convidó el señor! -y todos se echaron a reír por la gracia del chicuelo.

¡Y qué bien le hubiera venido la dichosa tricota para guarecer sus pobres huesitos de la mordedura del pampero!

Le despacharon algunos centavos de aceite, media libra de yerba y media de azúcar: arregló todo en el pañuelo, se lo ató en la cintura y volvió a saltar en el petizo, alegre y sin tiritar ya, pues el sol de agosto, ya de regular fuerza, había derretido la helada, y con sus rayos le calentaba las espaldas, como la mejor ropa de abrigo.

Campos anegadizos

-Mire, don Tomás, van ocho años que he poblado aquí, y le puedo asegurar que sólo dos o tres crecidas muy pequeñas y pasajeras he visto, que no han causado ningún daño, porque, como se ve, hay lomas bastantes para, en un caso, salvar las haciendas, no digo de todo el campo, sino también las de todos los vecinos.

-¡But! -dijo el inglés; -¿si el arroyo se desborda?

-¿No le digo que, cuando esto sucede, sólo alcanza a llenar lagunitas y cañadas que están a lo largo de él, donde usted ve juncos, y nada más? Aquí, donde estamos, nunca llega.

El inglés tenía sus dudas, pues en muchas partes del campo que visitaba, con intención de arrendarlo, veía retazos cubiertos con duraznillo y otras plantas que indican con claridad terrenos anegadizos. Es cierto que eran retazos pequeños, en proporción; a más, en toda la llanura en que galopaban y que se extendía entre la costa del arroyuelo y la larga y alta loma que hacía resplandecer en el horizonte sus faldas de color verde obscuro, un pasto tupido, alto, delgado, algo duro, pero entreverado con otros más tiernos, y muy florido, ondeaba como trigal, bajo el soplo suave del vientito otoñal.

Siguieron su carrera, silenciosos, durante un rato largo, surcando con el pie de sus cabalgaduras ese mar de pasto, hasta que se pararon de repente al ver disparar por delante de ellos, como gamas, y sin que se quedase atrás un solo animal, una majada de ovejas gordas y en magnífico estado.

-¿Qué le parece, don Tomás?, ¿serán campos lindos o no, los en que se crían así los animales?

El inglés no contestó; miraba las ovejas que ya iban retozando lejos; sus ojos se habían alegrado; no quedaba en ellos rastro de duda; la convicción había entrado en su alma y, satisfecho con su inspección, aseguró el campo.

De las lomas altas, trebolares y cardales sin mezcla, que ocupaba en distrito muy cercano a la ciudad, trajo, con la ayuda de sus hijos, mocitos ya, las seis mil ovejas de muy linda clase, en las cuales, después de veinte años de América, algunos de penoso trabajo, había podido concentrar lo más claro de sus ahorros, y que ya no cabían en el campito, superior pero estrecho, que ocupaba, y por el cual empezábase a exigir arrendamiento subido.

Por delante habían ido las yeguas, los caballos y trescientas vacas, con otra gente que debía, al llegar, edificar de prisa un rancho para que la familia, que venía en el carro, acompañando las ovejas, encontrase siquiera, al llegar, un techo para dormir.

Después de largos días de marcha paciente, llegaron al arroyo, cuyas aguas se deslizaban alegremente, entre las pequeñas barrancas, ancho de seis metros, hondo de uno. Sus riberas verdes y pastosas alegraban la vista, y las ovejas saboreaban las mil flores de estos pastos nuevos para ellas. Y don Tomás dijo a su mujer, muy ocupada en espumar el último puchero ambulante de la larga jornada:

-La primera mudanza que hagamos será a campo propio. Puede ser que tengamos que ir lejos, pero será la última, pues aunque tenga, para comprar un retazo de campo, que vender la mitad de las ovejas, o más, así lo haré, porque esas mudanzas son fastidiosas. Aquí nos ha de ir bien: el campo es un poco bajo, pero son buenos pastos. Unos cuantos años buenos, y ¡abur!

Y después de almorzar, pasaron el arroyo las seis mil ovejas, en un vado de poca hondura, tomando posesión de sus nuevos dominios.

Era en marzo; placentera estación. Se hizo rápidamente la instalación; los corrales, rancho, galpón, cocina, en quince días estaban parados; las ovejas, repartidas sólo en dos trozos provisoriamente, alegres y gordas, gozaban de la vida y empezaban a parir.

Una noche llegó un resero, conocido viejo de don Tomás, que quiso comprarle a buen precio todo lo que, de sus majadas, conviniese arrear para grasería.

Echó don Tomás el grito al cielo:

-¡Vender ovejas! ¡ahora! ¡cuando están ya por parir! ¡no me tiente!

-Mire, don Tomás, la plata no necesita pasto; el invierno ya se viene; ¿quién sabe cómo le irá aquí con tanta hacienda? Alivie sus majadas y llénese los bolsillos.

Don Tomás no quiso saber nada. ¡Mire, quién! ¡hacer mermar la parición! ni aunque le pagasen -como casi era el caso- el cordero por nacer con la oveja gorda.

Un día, llovió mucho; duró toda la noche y el día siguiente. El arroyo, ancho de veinte metros, hondo de tres, corría con mucha fuerza, cubría sus barranquitas, llenando las lagunitas y las cañadas a lo largo de él, donde se veían juncos. Los retazos donde había duraznillos estaban todos tapados por una capa de agua de algunos centímetros. Esto no hubiera sido nada y era previsto; pero entre el pasto tupido, se sentía, al pisar, que la tierra quedaba empapada. No era agua; no era barro; sólo se conocía que el suelo ya no podía tragar más.

Las ovejas perdían rápidamente su aspecto hermoso de hacienda gorda y sana; ningún resero ya las hubiera pensado en arrear.

Sin que nadie lo pidiera, vino más lluvia. Principió el mes de abril con un temporal deshecho que duró tres días, cayendo el agua, ora despacio, ora a chorros, como si no fuese a tener tiempo de volcarse toda sobre la tierra ahogada; y cuando cesó el temporal y que el pampero sopló, limpiando el cielo, pero impotente para secar todo, el sol radiante de otoño alumbró un espectáculo tan majestuosamente triste que parecía que sus rayos alegres hubieran debido, por decencia, caer en él, enlutados.

Del arroyuelo a la loma, no se veía más, afuera del agua, sino los ranchos y los corrales de don Tomás. Era como un islote, sin pasto, en el cual quedaban, pisando en barro espeso, alrededor de tres mil ovejas, comiéndose la lana unas a otras, casi flacas, ya tristes, apenas con fuerza para balar, esperando la muerte, sin recurso.

Las yeguas y las vacas andaban entre el agua, desparramadas, buscando y encontrando todavía algo que pellizcar, y el resto de las ovejas habían llegado, cuidadas por uno de los muchachos, hasta la loma, que hubiera sido la salvación, si, ocupada ya por majadas y hacienda de la vecindad, hubiese tenido área y pasto suficientes para tantos animales.

De lo alto de la loma, perfilada en la llanura como angosto y largo tajamar, se dominaba, en todo su espléndido horror, la terrible inundación: techos de ranchos, islotes atestados de animales, montes aislados por las aguas y reflejándose en ellas, como admirados de encontrar a sus pies su imagen. Algunos animales desparramados por el agua, buscaban que comer; también se veía uno que otro jinete, cruzando el cañadón con precaución, al tranco, y las piernas encogidas; o, si muchacho, al galope, y corriendo como entre aureola de agua y trueno de palmoteos, salpicando, con ruido infernal, todo, alrededor suyo y a sí mismo, y a los perros que lo siguen, a veces nadando, a veces corriendo; y, a lo lejos, un carro, cuyo lento rodar retumba, lo mismo que el chapaleo de sus caballos, triste mil veces, en los repetidos ecos de sonoridad tan estrepitosa y, a la vez, tan melancólica, de ese desierto de agua, hace levantar con algazara, inmensas bandadas de pájaros acuáticos que saludan con

gritos de alegría la conquista de su nuevo imperio, y se mofan del hombre, intruso.

En mayo, volvió a llover.

Para no perderlo todo, había dispuesto don Tomás ir degollando y cuereando sus ovejas, amontonadas en sus corrales, sin poder salir, y durante días y días, sonó el filo de las cuchillas sobre las chairas, y siguió la obra.

Dos meses después de haber llegado a esos pagos con sus seis mil ovejas gordas, quedaba con cuatrocientas ovejas flacas, salvadas, quién sabe cómo, en la loma alta, con ciento cincuenta vacas y algunos caballos.

-La mudanza está hecha, mujer -dijo una noche-. But, para tener campo propio, sólo en el cementerio.

... No es, este, cuento de ayer: era en 1877. Han vuelto, varias veces, desde entonces, a ser poblados con otras haciendas y con otra gente, los mismos campos; y con más haciendas, y con más gente, después de cada crecida.

Las aguas se llevan las haciendas, la gente queda arruinada; la voz pública reclama obras de desagüe, del Gobierno que sigue cobrando, impasible, la contribución, calculada sobre el aumento paulatino del valor de los campos, que consigo trae el progreso natural... ¡oh! ¡cuánto!... del país; y la Tierra sigue dando vuelta.

¡4032!

Don Evaristo López, español, madrileño, después de haber gozado, en su tierra, de respetable fortuna, malograda en los pasatiempos que, por todas partes, proporcionan a la gente, en diversas formas, los juegos de azar, había venido a caer, arrollado por la mala suerte, como hoja seca por el viento, en el pueblo de General Álvarez, recién fundado sobre una estación de la línea de Buenos Aires al Pacífico, estableciendo allí una modesta agencia de venta de billetes de lotería, en combinación con una casa de la capital.

Soltero, hombre ya de pocas necesidades y de menos ambiciones, incapaz de comprender que la lotería más segura es el trabajo asiduo y prudente, invertía en billetes casi todo el importe de su comisión sobre las tres decenas que alcanzaba a vender, reservándose siempre, entre otros, un quinto del mismo número, el 4032, al cual guardaba, desde cierto sueño que había tenido, una fe ciega.

Ese día, estaba don Evaristo esperando, después de un día de calor tórrido, durante el cual, a fuerza de andar, había logrado colocar el saldo de sus billetes, que la sirvienta pusiera en la mesa la modesta cena.

Cómodamente sentado en un sillón de hamaca, en mangas de camisa, fumando su eterno cigarrillo, descansaba de las fatigas del día, y, por supuesto, pensaba. Pensaba en su precaria situación, en su vida derrumbada y triste de desterrado; en lo lindo que sería

poder volver, algún día, a España, si no rico, con algo, siquiera, que le asegurase la vida; y pensaba también en la imposibilidad probable de poder jamás realizar este sueño.

-Sólo ganando la grande; pero, ¿cuándo? nunca sería para él semejante ganga.

Y con todo, en un rinconcito de su cabeza, no dejaba de revolver el montón relumbroso de los sueños dorados y de las risueñas ilusiones, que todo hombre cultiva, con razón, ya que hacen la vida más llevadera.

¡Ganar un quinto, no más, de la de cien mil! ¡veinte mil pesos! ¡la resurrección! Y brotaban primero, en su mente de viejo jugador, ideas de munificencia: daría mil pesos para el hospital español; quinientos a la sirvienta que, desde que estaba en este pueblo, cuidaba de él; a otros cien, haría regalos; y hasta se daría el orgulloso lujo de pagar cierta deuda vieja que, aunque nadie la reclamase, le hacía en la conciencia cosquillas. Al pensar así, bosquejó el ademán -siempre tan noble- de pagar.

Inconscientemente, hacía de esa generosidad, algo exagerada, como una ofrenda propiciatoria a la suerte titubeante, para que se decidiese, de una vez, a favorecerle.

Y sólo entonces empezó a pensar en sí, y en lo que haría para su propia satisfacción; y compraba tantas cosas y gastaba tanto dinero que, aunque no apuntase las sumas, pronto vio que se pasaba, y tuvo que restringir algo sus liberalidades.

Se enredó en sus cálculos; unas veces, mermaban hasta la parsimonia, creciendo, en otras, hasta la prodigalidad; pero afirmándose cada vez más en su cerebro, la ilusión -¡qué! ilusión-, la certidumbre de que era el dichoso poseedor de bienes reales que necesitaban administración prolija, y no de castillos en el aire.

Y había acabado por dar, lápiz en mano, con una combinación definitiva, en la cual, por haberse acordado con tiempo del descuento de cinco por ciento que sufre el premio mayor, lo que le pareció una mera injusticia, quedaban reducidos a cien, los mil del

hospital español, a cinquenta, los quinientos de la sirvienta y borrados, por intempestivos, los demás rasgos de generosidad impetuosa, dádivas a futuros ingratos y pagos a gente más rica que él.

En este momento, la sirvienta trajo la sopera e introdujo al mensajero de la estación, portador de un telegrama.

Digan lo que digan, hay presentimientos en esta vida: don Evaristo se sintió temblar de emoción al romper el sello, y si se supo dominar, al leerlo, fue porque su estado mental inmediatamente anterior, en algún modo, lo había preparado a pasar, sin sacudida demasiado fuerte, de la ilusión a la realidad. Leyó:

«Salió con la grande el número 4032. Lo felicito.»

Firmaba el dueño de la agencia de Buenos Aires.

Don Evaristo sintió detenerse, durante un momento, la circulación en sus arterias; lo invadió una oleada tal de felicidad aguda que fue casi un dolor; palideció, se ruborizó; estuvo a punto de cantar y de reírse, y de decírselo todo a la sirvienta que, de curiosa, lo estaba mirando, para saber; pero se contuvo, cobrando en el acto, con la fortuna, el suspicaz instinto de recelosa defensa que, casi siempre, trae ésta consigo.

Asimismo, no pudo reprimir un movimiento revelador de su contento, y alargó al mensajero un billete de un peso, en vez de los diez centavos acostumbrados, lo que hizo que la sirvienta cambiase con el muchacho una ojeada llena de suposiciones.

Don Evaristo trató de comer, pero no pudo. La alegría le llenaba el cuerpo y el alma, y poniéndose otra vez el saco, se largó a la calle, después de comprobar que había vendido los otros cuatro quintos a Gregorio Lucena, el carnicero.

Tomó una volanta, hecho extraordinario que pareció llamar la atención de los cinco o seis personajes más copetudos de la localidad: el intendente, el comisario, el médico y otros, reunidos, como siempre, antes de irse a comer, en la casa de negocio de

Irrazueta y compañía. Y como todos lo miraban con algo de burlón en la sonrisa, hizo parar el coche, se bajó, y entrando en la casa, le dijo a uno de ellos:

-¿Qué le parece, amigo, el 4032? No me lo quiso tomar el otro día; pues, ¡embromarse! -y le enseñó triunfante el telegrama.

El interpelado manifestó ruidosamente su pesar, otros se mostraron asombrados, y hubo muecas de duda, felicitaciones unánimes y bulliciosas, por fin, al oír que don Evaristo tenía un quinto y Lucena los otros cuatro. Don Evaristo no estaba en situación de percibir lo que podía haber de ironía disimulada en las sonrisas, y, glorioso, se fue.

El carnicero, que por las necesidades de su oficio, se tenía que levantar siempre a las tres de la mañana, ya estaba en cama, lo mismo que toda la familia. Al oír la noticia, al ver el telegrama, casi echó a bailar, pero pronto tuvo sus dudas, Irrazueta sabía que tenía él ese número, y ¿quién sabe si no era algún cuento, lo del telegrama? Se le hizo frío el sudor a don Evaristo; y para salir de duda, se fueron juntos a la estación; pero allí el jefe galoneado les enseñó, con su flema británica, madre de la confianza, el original del despacho, les confirmó su autenticidad, y los dejó convencidos de que su suerte era cierta.

Lucena sacudió a gritos a su gente toda dormida, hizo levantar a la familia entera, mandó a la mujer que hiciera pasteles, y se fue a la casa de negocio a buscar golosinas. Allí se encontró con la pandilla de los copetudos y, en cambio de sus felicitaciones, los convidó a tomar una copa de champagne. Una vez empezada la farra, duró toda la noche; fueron todos a comer los pasteles a casa del carnicero, llevándose más botellas de lo que de convidados había. Lucena, por cierto, insistió para pagarlo todo, y gastó doscientos pesos, en la noche, lo que para él era cantidad importante; pero, ¿qué le importaba, ya que iba a tener una punta de miles de pesos?

Aprovechó la ocasión para aproximársele despacio, un estanciero que, hasta entonces, nunca le había querido fiar un novillo, y le

propuso todos los que tenía, a precio alto, por supuesto; pero, ¡bah! cuando hay plata, ¿qué importa? y Lucena, para florearse, los compró. Hubiera comprado todo, aquella noche...

A la madrugada, llegó el tren, y, con él, el extracto y el desengaño. Lo del telegrama había sido mentira, no más; un amable chasco, una liviana chanza de campesinos aburridos, ingeniosos bastante para forjar en alma ajena, sobre la efímera ilusión, una realidad casi palpable de dicha, para poder, en seguida, darse el sabroso placer de pisotearla a sus anchas, y de exprimir brutalmente de ella, con el pesado zapateo de sus risas sin piedad, algunas lágrimas de rabiosa decepción.

Campeada

El temporal fue terrible; durante tres días y tres noches, el viento, sur neto, cosa rara, castigó sin cesar, con los millones de agujas de una lluvia helada, las haciendas desparramadas sin reparo en la campaña pampeana.

Antes de dejar la querencia, el animal lucha, sufre, mientras puede, los cintarazos de la lluvia con viento, y si, en el primer momento, ha disparado, pronto se paró en el límite del campo donde ha nacido y se ha criado. Se encoge, tirita, resiste, las ancas al viento; pero si éste sigue penetrando las carnes, como látigo mojado, cortando el cutis, helando los huesos, ya, paso a paso, el animal, con pesar, franquea despacio la línea y entra en campo ajeno.

Camina, sin dar vuelta la cabeza, como dirigida por el huracán; desviando si desvía éste, parándose, si deja de soplar y de arrearlo con su incansable rebenque.

Aquella vez, el viento no paró ni un rato, durante setenta horas; arreando sin descanso las haciendas enloquecidas y rendidas, de todo el sur de la Provincia, desviando sólo un poco al sur este, en la última noche del temporal.

Los arroyos crecidos vieron formarse en su cauce tajamares de carne, con manadas enteras de yeguas caídas unas encima de otras, enceguecidas; hecatombes como nunca las vieron iguales los dioses más temidos de la antigüedad.

Desgraciado del animal que no ha llegado para cruzar el arroyo, antes que éste haya crecido; la fuerza de la corriente, la lluvia helada, la extenuación producida por el frío y la marcha lo paralizan, y ahí no más, se ahoga, sin remedio. En la ribera, las lecheras recién paridas recorren balando la barranca, con sus terneritos endebles, buscando paso para salvar su prole, y no encontrándolo, allí mueren con ella. Lo mismo pasa en cualquier recoveco de alambrado que no alcancen a evitar los animales en marcha; y, amontonándose para tratar de calentarse, pronto encuentran, en fúnebre promiscuidad, el frío que no se quita.

Al acabarse la tercera noche, dejó por fin de llover; cuando el pampero limpió el cielo, y el sol, arrepentido de tan larga deserción, hizo resplandecer su luz alegre en los campos inundados y en las lomas sembradas de cadáveres, los estancieros vieron con desconsuelo que lo que no había muerto había huido; que de los animales muertos en sus campos, pocos llevaban las marcas de sus establecimientos, sino las de estancias situadas a diez leguas más al sur, y pudieron así calcular que sus propios animales tenían que estar también a diez leguas más al norte, desparramados o muertos.

No hubo más que hacer que empezar a cuerear los ajenos, para cobrar de sus dueños, cuando viniesen a reclamar los cueros, la comisión correspondiente; ¡y ojalá! que allá también, a diez leguas, prestaran los vecinos el mismo servicio.

¡Changa linda para el pobrerío! y si el viento sur ha soplado feo para el hacendado, lo bendice el gauchaje. ¡A cuerear, muchachos, que todo sirve para un caso de esos, los niños y los viejos; y por tal que tengan un cuchillo en la cintura, no les han de faltar chairas!

-¡Las vainas, son las que no faltan, digo yo, en ese mundo bendito! -rezongaba don Juan Valverde, al contemplar el tendal de sus mejores vacas, las tamberas, muertas allí todas, en el mismo corral donde las habían encerrado, creyendo salvarlas así, mientras las otras se habían mandado mudar y andaban quién sabe dónde.

Y mientras la cuereada hacía por todas partes colorear y relucir al sol las osamentas, festín opíparo para los chimangos gritones, empezaban a volver, en pequeños grupos, caballos, yeguas y vacunos, en busca de la querencia abandonada. Mixturados como, después de una derrota, soldados de varias armas, se venían, punteando por entre los cañadones, vacunos y yeguarizos, juntos y de todas marcas: y salían los estancieros al encuentro, a revisar y apartar los que conocían ser de ellos.

Don Juan Valverde, desesperado, al ver que sólo dos vacas le habían vuelto, creyó ya sin remedio su desgracia; pero, siquiera, quiso saber si era cierto que hubieran muerto todas y dónde estaban los cueros. Casi todos sus caballos habían desaparecido; y sólo, uno por uno, iban volviendo los más viejos. Una yegua chúcara acababa de tener cría; la mandó agarrar, le metió el cencerro, la maneó, encerró con ella en el corral, durante toda la noche, todos los mancarrones y potros que venían cayendo a la querencia, y a la madrugada del día siguiente, arreando con dos peones su tropilla improvisada, heteróclita, de caballos de todos pelos, de todas edades, de bichocos y de redomones, con madrina chúcara y potrillo recién nacido, emprendió la campaña.

En el cañadón, nada; ni rastro. ¿Se habían ahogado las vacas en el arroyo? Parece que no: en la ribera son de otras marcas las que se están cuereando. Se cruza el arroyo; el potrillo guapea; a los relinchos de la madre, entró en el agua, y salió bien al otro lado: a duras penas, pero salió; ya es gente.

Después de descansar un rato, haciendo mil suposiciones sobre la suerte final de la hacienda, se sigue viaje. Pronto se va a llegar a un alambrado grande, y se divisan desde lejos los montones de osamentas frescas que están desollando numerosos peones; late el corazón al pensar que quizá sean justamente las vacas de la estancia. Por la dirección del viento, cuando el temporal, allí han de haber pasado; habrán cruzado el arroyo antes que creciera, para venir a embolsarse en el alambrado y morir.

Peones conocidos de don Juan Valverde están ocupados, alegres ellos, en la triste tarea. Y mientras él se acerca, sin atreverse a formular la pregunta que le quema los labios, por temor a la respuesta:

-Buenos días, don Juan -le grita uno de ellos-; ¿qué le parece el rodeíto? Mansitas ¡eh! las boconas de la Rosalía; parece que todas han venido a espichar aquí. ¡Mire qué montones! -y sin esperar la pregunta de don Juan, agregó-: ¿Está campeando las suyas, don Juan? Sabe que no he visto ninguna de su marca. Han de haber pasado rozando el alambrado, y andarán por allá, no más. Lo que sí, debe de ser una mixtura regular y deben de estar algo lejos.

Valverde cobró ánimo, al saber que sus animales no estaban allí, en el tendal, y dándole al hombre las gracias por la noticia, siguió costeando el alambrado, destacando, de vez en cuando, a uno de sus peones para dar una batida y revisar de cerca todas las haciendas que se veían.

Solamente a cuatro leguas de la estancia, encontraron dos vacas viejas, de la culata del rodeo, comiendo con toda tranquilidad; la deducción era fácil. Cansadas de tanto andar, se habían echado, al reparo de unas pajas que ahí estaban, y así, bien protegidas contra los furores del viento, se lo habían estado pasando, mal que mal, hasta que cesó el temporal.

El hallazgo fue como una sonrisa de la suerte: las otras, más guapas o menos baqueanas, habían seguido caminando, pero era imposible que estuvieran muy lejos; y si estas dos, viejas y deshechas, habían resistido, con más razón aún, tenían las otras que estar vivas.

Y casi alegres, ya, sin abrigar dudas sobre el resultado pronto y favorable de la campeada, siguieron camino, con los ojos más abiertos que nunca. Pero en vano, y galoparon leguas, recorriendo el campo por todos lados, preguntando a los transeúntes que encontraban -campeadores, también, muchos de ellos-, si habían visto animales de la marca de la tropilla que llevaban, dando las

señas que podían haber llamado la atención: el toro colorado tapado, de la contramarca Fernández, dos vacas huevo de pato que siempre andaban juntas, y un novillo descornado, y las señales de las orejas.

Nada. ¿Entonces, qué? ya empezaban los alambrados intrincados de las chacras del pueblo. Si hasta aquí han llegado y se han metido en los callejones, hechos pantanos, han perecido todas, y los cueros habrán servido para surtir de huascas a los chacareros, como parecía contarlo la presencia de tantas osamentas despojadas, yacentes en el fangal. Imposible que ninguna haya salido con vida de semejante dédalo, poblado de labradores tan hambrientos de carne ajena como los mismos indios.

Y fue cosa de ir de rancho en rancho, de chacra en chacra, durante tres días, recogiendo sólo datos vagos, contradictorios, que no tenían más utilidad que de conservar medio encendido el fuego de la esperanza.

Hasta que hilando todos estos datos, se acabó por convencer don Juan Valverde que, por la misma bendita casualidad que le había hecho cruzar el arroyo antes de la creciente, y rozar el alambrado sin embolsarse en él, su hacienda había pasado por la extremidad de las chacras, desviándose con el viento, cuando pasó del sur al sur-este, sin pararse, y en momentos que, ni a palos, hubieran salido los habitantes de sus casas, por el frío, el agua y la noche; y que así, debía de haberse parado del otro lado del pueblo. Y siguiendo más al norte-oeste, empezó a encontrar desparramados en puntas, por las estanzuelas linderas del pueblo, los animales de su marca, y muchos de sus vecinos.

Volvió a los siete días, arreando, como en triunfo, toda su hacienda recuperada, y trayendo a los conocidos noticias ciertas de sus animales, en peligro de perderse, a diez leguas de la querencia, mientras que los amos y los capataces, con pretexto de campear, se quedaban tomando mate y bobeando en todos los ranchos de la vecindad.

La manada

-Pero, ¡miren este loco! si no hay forma de hacerle tomar esa yegua. ¡Y tan linda que es!... Eso; ¡corré, no más, corréla!... Dejá, dejá, que ahorita te voy a atajar el pasmo.

Y don Hortensio, dejando el mate, llamó a sus hijos, Floro y Luciano, para que trajeran la manada al corral, yéndose él a arreglar la tranca que estaba medio descompuesta y aprontarlo todo para lo que pensaba hacer.

Don Hortensio era santiagueño; había venido a poblar, como tantos otros de sus comprovincianos, en la provincia de Buenos Aires, donde arrendaba barata una legua de campo, en los confines de la zona habitada. Ahí, cuidaba, con sus hijos, una majada de ovejas bastante ordinarias, un rodeo de vacas criollas y una yeguada grande, como cuatrocientos animales, repartidos en varias manadas.

Como buen gaucho, poco entendía de mejoras zootécnicas y se contentaba con seguir aplicando los métodos criollos que le habían enseñado desde chico. Para él no había animal de más valor que el caballo. Cuidar «sus pies» era la primera regla, casi la única, para el hacendado. Un gaucho a pie, amigo, ¿qué vale? ¿de qué le servirá tener hacienda si no la puede cuidar? y para cuidarla bien, en todo tiempo, invierno y verano, se necesitan caballos, muchos caballos. Por esto, tenía, para cuidar mil vacas, cuatrocientas yeguas; así, estaba seguro de poder renovar siempre la caballada y tener

siempre a mano, en caso de apuro, potros para domar y redomones para formar tropillas.

Es que la yegua no pare todos los años; a la mitad de potrancas que para nada sirven y, para que un potrillo llegue a ser caballo, se necesitan cuatro años y tener la suerte de que le salga bueno, de que no se estropee, mil cosas.

Don Hortensio no se daba cuenta de que, nada más que para cuidar cuatrocientas yeguas, necesitaba tres veces más caballos que para cuidar las mil vacas; de que las yeguas no le producían casi nada, pues la cerda, aunque se vendiera bien, era el único fruto bienal, que de ellas se podía sacar, sin contar que, para tuzar, tenía que conchabar peones, estropear caballos, trabajar una punta de días, destrozar el corral, ¡la mar!, pues es el trabajo quizá más rudo de todas las faenas pampeanas... ¡Cierto que también, y como ninguno, es trabajo de lucirse el que sabe enlazar!

Vender yeguas gordas, a veces, le sucedía, pero por casualidad y pocas, porque las tenía tanto amor que, por un motivo o por otro, nunca dejaba que el resero sacase las que más le hubiesen gustado: ésa, porque era hija de la yegua madrina de la tropilla de su finado padre, o por haber sido la madre de su crédito; ésta, porque era muy alta; aquélla, porque era de un pelo singular; esa otra, porque todavía le mamaba el potrillo, un grandulón de año y meses pero ¡tan guapito el animal! Sería un crimen mandar al matadero aquella lobuna que le había dado dos parejeros, o la rosilla, tan preñada... ¡Qué dolores de cabeza y casi de corazón le causaba el aparte a don Hortensio!

El resero le decía:

-Pero, don Hortensio, ¿qué va a hacer con esos animales viejos? Aproveche que están gordas y déjemelas apartar, ¡hombre! Así, alivia el campo y se hace de pesos.

Acababa por ceder el santiagueño, porque posee el dinero gran poderío convencedor; pero, con todo, quedaba inquieto, con el temor siempre de que no le alcanzaran los caballos.

Se reía el resero. Pues el único argumento serio de don Hortensio era justamente que, nada más que para cuidar la yeguada, necesitaba muchos caballos.

Por lo que era de vender algunos de éstos, era cosa de pasar años sin que se presentara la ocasión; pues a los agricultores extranjeros, les daba por comprar puras yeguas para arar, en vez de caballos, y los mismos estancieros de nueva ley empezaban a cuidar sus vacas mansas, en potreros alambrados, con cuatro mancarrones mantenidos a maíz, para toda la estancia.

Llegaba ya la manada al corral. Al frente de ella, como altanero jefe, venía trotando, en sonora cadencia, la cabeza erguida y alzando las manos, el padrillo que tanto le hiciera renegar a don Hortensio. Era un precioso animal, zaino de pelo, elegante, alto, magníficamente clinudo, con la cola tupida y larga, y que parecía nacido, de veras, para fundador de dinastía.

Desde su nacimiento, lo había destinado don Hortensio para padrillo; no por esto lo había cuidado más que a los compañeros, pero siempre lo había envuelto con una mirada especial de amo cariñoso.

-Buen padrillo va a ser -decía, cada vez que, al cruzar el campo, se encontraba con la manada de que formaba parte; y cuando vio, en la primavera, que ya empezaba a repuntar, es decir, a fastidiar ciertas yeguas de su preferencia, a cortarlas de la manada para llevárselas, a pelear con los otros padrillos para conservarlas, lo dejó hacer, y hasta a veces le facilitó la tarea.

Era lindo verlo trabajar: bravo como él solo, sin vacilar, buscaba camorra a los padrillos más antiguos de la estancia, metiendo por todo el campo un continuo retumbar de correrías locas, con relinchos y ruidos de combates homéricos, todo por apoderarse, muchas veces, de alguna yegua medio deshecha, con la cual, desde lejos y quién sabe cómo, se había relinchado, sin ver que los

caballerescos ademanes del contrario, prodigados como para detenerla, eran de pura forma y para disimular su perfecta conformidad con que ella se fuera.

Atento, galante, asiduo con las compañeras así conquistadas, las rondaba el zaino cuidadosamente, para que no se las volvieran a arrebatar, y buscaba para ellas los mejores retazos de campo, la mejor aguada, los cañadores más pastosos.

Más de una vez, don Hortensio, para favorecerle contra algún padrillo de más edad que él, que le disputara alguna esposa, iba, de un galopito, con los perros, hasta por allá, como a repuntar la hacienda, y lo hacía correr al viejo hasta sus yeguas para que se dejase de embromar. Así se formó el potrillo una familia a su gusto y pronto se pudo dar por entablada del todo la «manada del zaino».

Pero mirándolo bien, le parecía a don Hortensio que el zaino había elegido a las compañeras como potrillo, no más, que era, sin experiencia. La verdad que casi todas eran, si no viejas, por lo menos maduras; como si ellas lo hubiesen elegido a él y no él a ellas; ni tampoco había repuntado las de más lindo pelo, ni las de mejor parecer. Meneaba la cabeza don Hortensio, algo disgustado por esa falta de tino, sin poderse explicar por qué será que los animales no tienen, para apoderarse, los mismos pareceres que sus amos... ni, muchas veces, los hijos que los padres. Es que, fuera de que, a menudo, pueden más, para conquistar a los más viriles corazones, en sus primeros arranques, astutas coqueterías de otoño que primaverales encantos, también hay, en los gustos, a veces heteróclitos, de la juventud, rarezas, al parecer inexplicables, que han de tener su buen fin, y ya que así lo quieren los interesados, es que la naturaleza lo habrá mandado así.

Con todo, don Hortensio quiso imponerle al zaino una yegua elegida por él; y trató de incorporar a la manada recién formada una potranca, zaina también, de hermosas formas y buena alzada. Fue

en vano; el joven padrillo, enfurecido, la echó a coces y mordiscones, la persiguió a todo correr por el campo, como si hubiera sido, la pobre, alguna apestada.

Y fue por esto que don Hortensio resolvió ponerle al zaino zapatillas. Lo voltearon en el corral, le ataron de cada mano una huasca de vara y media de largo, y así lo soltó al campo don Hortensio, con la manada, gritándole, burlón:

-Andá ahora, bribón; andá, corré.

El zaino salió despacio del corral, como buen guardián, después de haber dejado pasar por delante toda la manada; pero apenas en el campo, vio la potranca zaina; ya le entró el furor y la quiso correr; pero, a cada rato, se pisaba la huasca; casi se venía de hocico al suelo, y pronto tuvo que renunciar. A la fuerza, se tuvo que acostumbrar a la presencia de la yegua, tan sumisa, por lo demás, y tan cariñosa con él, que poco a, poco se le fue el odio que le había criado... quién sabe por qué motivo.

Tampoco podía sufrir el zaino, en los primeros días, que se vinieran a juntar con su manada, potros, redomones y caballos, y por sus malos modos para con esa gente trabajadora y discreta, tuvo que penar con zapatillas toda una semana más.

Pero con ese castigo, ya se compuso del todo y se volvió un padrillo modelo. Llevaba sus yeguas a las cañadas donde más abundaba la gramilla tierna: conocía las lagunas más claras y de agua dulce y los reparos más abrigados entre las cortaderas, para cuando soplaba algún viento áspero. No dejaba de prestar al mismo campo los servicios que de las yeguadas esperan los dueños de la tierra, recorriendo con su familia, a todo correr y al parecer sin motivo, todo el campo, pisoteando y emparejando los socotrocos muy duros de las lomas y los bajos demasiado blandos.

Cuando le empezaron a nacer hijos, algo se sosegó por un tiempo, contentándose con gozar en quietud de la vida de familia. Vigilaba la manada con más atención que nunca, para alejar de ella los intrusos y de los recién nacidos los peligros que siempre los rodean. Enseñó

a los potrillos a correr al pie de la madre, a huir contra el viento para evitar los mosquitos, a volver a la querencia; a rodearse en algún desplayado con la cola levantada y meneándola, para rechazar el ataque de los tábanos. Los consoló cuando la yerra, haciéndoles ver que, por esa pequeña quemadura, se habían hecho gente. Los hizo disparar con tiempo ante una quemazón, peleando y arreando a las madres, tan curiosas que se quedaban como atontadas, mirando el fuego que se les venía encima.

¿Cómo no va a creer don Hortensio que sus cuatrocientas yeguas que tanto corren, tanto dan que hacer, tanto bullicio meten en el campo, con sus galopes repentinos y furiosos, no representan un capital importante? Ilusión, sin embargo, cada día, valen menos; todos quieren vender yeguas, cansados de ver que no dan producto. ¿Para qué tantos caballos, todos demasiado gordos en verano, y tan flacos en invierno que, por muchos que se tengan, es a menudo imposible moverse?

Todavía se podía comprender que los indios diesen valor a las yeguas, ya que las comían, pero, ¿un cristiano? Y poco a poco el mismo don Hortensio, criollo viejo y empedernido criador de yeguarizos, va conociendo que los que tienen pocas yeguas y pocos caballos, pero bien cuidados y gordos siempre, son los más juiciosos.

Un día, se deja tentar. Y vende, él también, al resero, trescientas yeguas de un golpe, para comprar cincuenta vacas: toda una evolución incipiente; el derrumbamiento de todo un pasado de atraso y de ignorancia, el cimiento de todo un porvenir de civilización y de riqueza.

El rodeo

El sol está todavía desperezándose; los vapores matutinos todo lo cubren de uniforme capa de rocío frío, haciendo llorar perlas a las plantas inmóviles y al pelo erizado de los animales. Echados aún, en su mayor parte, y rumiando, los pesados vacunos esperan, para levantarse, la tibia caricia del primer rayo de sol.

De repente, estallan en una extremidad del campo ladridos agudos, pronto acompañados de los balidos apurados y retumbantes de la hacienda súbitamente despertada.

De punta a punta se raja de golpe el pesado velo de sueño y de silencio, y como obedeciendo a conocida señal, se levantan los animales por todos lados, entre las pajas; se sacuden, se estiran y se ponen en lenta procesión hacia el rodeo, por las mil senditas acostumbradas del traqueo cotidiano.

Ya surgen de todas partes grupos de jinetes y de perros; envueltas en vaporosa neblina, se destacan en las lomas sus siluetas arrogantes, echando por delante a gritos la hacienda remolona.

Está parado el rodeo; cada animal busca el sitio habitual donde se suele juntar con los compañeros preferidos, y durante largo rato, es un bullicioso vaivén de vacas que balan, llamando los terneros, de toros que mugen y escarban, en son de desafío, de terneros extraviados que andan buscando las madres.

Los jinetes y los perros rodean la hacienda, esperando que se sosiegue para empezar el trabajo, y aprovechan esos momentos de descanso para componer el recado, armar un cigarro, cambiar algunas chanzas.

Don Hortensio ha vendido doscientos novillos y se trata de apartarlos. Floro, el mayor de sus hijos, que le sirve de capataz, fue a buscar el señuelo, diez novillos hoscos con un madrino blanco, a cuyo cencerro han aprendido a obedecer, a fuerza de chuzazos. Al grito: «¡fuera buey!» los trae Floro, galopando, hasta el sitio propicio, colocándolos de tal modo que, al disparar al viento, vengan derechito, aunque sin querer, a dar con ellos, los animales que se aparten. También ha traído una pala para abrir brecha siquiera a este mismo lado, en el abrojal espeso que con abusiva lozanía se ha criado todo alrededor del rodeo.

-Lindo día para el aparte, don Horacio -dice el resero, al entrar entre las vacas.

-Así es -aprueba don Hortensio, con cierta melancolía, contento a la vez y descontento, por haber vendido novillos y hecho plata con ellos... y por tener que entregarlos.

El resero mira, observa, calcula, hace apartar algunos novillos, los mejores, los de más cuerpo, los más gordos; pero no está distante de pensar que se ha clavado en grande con fijar número de doscientos, y cree que, a pesar del precio bastante bajo que aceptó el santiagueño, va a tener que sacar, para cumplir, animalitos como gatos.

Es que son criollas las vacas de don Hortensio, criollas como el amo; esas sí, que son descendientes de las introducidas por Goës y criadas en plena libertad, de generación en generación; sus madres han de haber andado, dos siglos por lo menos, alzadas por la pampa, entregando sólo, de vez en cuando, como tributo, el cuero, desjarretadas en «cuereadas» que parecían malones.

Aspudas y bravas, por el mismo color de su pelo hacen pensar en fieras: barcinas o chorreadas como los gatos monteses, barrosas o

bayas como el puma, hoscas y yaguanés, pelos raros que las permiten disimularse con más facilidad en el fachinal. Y esto es lo que a don Hortensio le gusta; ¡con qué fruición arrollo el lazo para venir en ayuda de los peones, cuando no pueden con alguna vaca enojada!

-Esa es hija de la barrosa vieja -dice, y, al trotecito, se acerca, aprontando la armada.

Para cualquier faena dan un trabajo del demonio; son malas como la hiel, traidoras, ligeras, arremetedoras como tigres cebados y sus astas son temibles. Por otra parte, su producto es escaso; tienen más hueso que carne; aun cuando están gordas, no lo demuestran, y poco les dura la gordura en el campo de pasto duro donde las cuida don Hortensio; pero las tiene él más que cariño, las tiene amor, justamente porque son así.

Las mira con compasión, quizá no del todo altruista, cuando, al fin del invierno, las ve flacas y endebles, con las patas que se les cruzan.

No puede hacer nada por ellas, pero les tiene lástima, casi tanta como a sí mismo. Mire qué tristeza verlas con el pelo todo esponjado y sin lustre, con los huesos castañeteando cuando quieren correr: preñadas, también, las pobres, y tan adelantadas que, muchas veces, se caen y no se pueden levantar, y allí quedan para los chimangos.

¡Con qué ansia se espera la primavera que hace brotar el pastito tierno! Cierto es que es otro peligro, pues, con él se debilita más la hacienda, por algún tiempo; pero siquiera indica la proximidad del anhelado renacimiento; y también entonces viene la parición, tan regocijadora, en los años buenos, cuando habiendo sido lluviosa la primavera anterior y clemente el invierno, se desgrana la hacienda y que, detrás de cada paja, se encuentra un ternero echado, quietito, esperando que lo venga a amamantar la madre.

Por lo demás, y todo bien mirado, su rodeo de vacas criollas le da a don Hortensio lo que más apetece: los largos reposos

contemplativos, entrecortados de paseos descansados, como son los repuntes diarios y la fácil vigilancia de animales aquerenciados que, lo mismo que el amo, no piden otra cosa que comer en paz y dormir tranquilos; y de trabajos violentos que, para él y sus hijos, son fiestas, donde lucen su habilidad de jinetes y de enlazadores: la hierra, la capa de toros, algunos apartes en la vecindad o en el propio rodeo; y también lo que más necesita: una vez al año, fuera de bien pocas excepciones, los pesos de la novillada, tan necesarios siempre para equilibrar el presupuesto anual, saldar la libreta del almacén o pagar el arrendamiento.

También algo contribuye la hacienda criolla de don Hortensio en mejorar el suelo; el provecho no será para él, ni para sus hijos; apenas será para los hijos del dueño del campo, pues necesitarán treparse en los médanos muchas generaciones de hacienda para desmoronarles la punta, emparejar el terreno y endurecerlo; millares de animales dejarán allí la osamenta para que se desparramen en el suelo los elementos de fecundidad que siempre contienen los despojos de lo que tuvo vida; amontonarán sus esqueletos, en tiempo de sequía, al borde de las lagunas exhaustas, para que cuando se vuelvan a llenar de agua, reverdezcan y florezcan con exuberancia sus riberas así fertilizadas.

Don Hortensio poco se acuerda de todo esto; vive al día como su hacienda, sin más ambición que vivir. Ha oído hablar de las mil mejoras que adentro van realizando los estancieros. Los reseros que le compran novillos, cada año demuestran por ellos menos interés. «Son muy criollos», dicen, y se ríen de sus astas y de su facha. Siempre van ofreciendo menos precio por ellos; dicen que son puro hueso y que no los quieren los frigoríficos; que vale más un mestizo de tres años que un criollo de cinco; que esta hacienda arisca atropella por el camino los alambrados; que por cualquier cosa se espanta y que ya pronto ni de balde los comprarán.

Y don Hortensio no les encuentra razón, pues a él le parece mansísima su hacienda; sostiene que el cuero del animal criollo es inmejorable y su carne sabrosa como ninguna; sin contar que es tan

fija esa hacienda en el campo, una vez aquerenciada, que ni los mosquitos, ni los temporales se la llevan; y que a los tábanos les resiste sin atrasarse.

Los frigoríficos no los quieren, dicen; ¡linda clase de gente será! Y al fin y al cabo, ¡que los dejen! Siempre habrá saladeros que no los despreciarán y pagarán por ellos su buen precio.

-¿Quién sabe? -contesta el resero, lleno de dudas-; ni los negros pronto querrán carne salada.

No parece nada convencido don Hortensio, y por poco aseguraría que antes de mucho, tendrán todos que volver a echar toros criollos en sus haciendas mestizas para devolverles la resistencia perdida. Pero más bien será que no quiere dar su brazo a torcer pues no desperdicia ocasión de mixturar con su hacienda algún toro mestizo de los del vecino, que son muy calaveras y siempre se vienen para festejar a sus criollas.

Hasta que, un día, nació de una de sus barrosas más fieras una ternerita rosilla, cuyo pelo de terciopelo cantaba que había sido robo. Don Hortensio, cuando se lo avisó Floro, la fue a ver y quedó muy contento por haber empezado, él también, a mejorar su hacienda; ya casi calculaba qué cantidad de novillos iba a poder vender para esos frigoríficos, tan delicados, y llevado de súbita inspiración, exclamó:

-¡Ché, Luciano, agarra la madre y atala al palenque, que ya también nosotros hemos de tener tamberas!

Así cunde el progreso, echando paulatinamente sus raíces tenaces hasta entre las rocas más duras de la rutina y de la ignorancia seculares.

La majada

Cuidar ovejas no es obra de gaucho; consentirá, por supuesto, cualquier paisano en tomar un puesto y una majada a interés, porque siempre es un alivio para la familia, ya que las ovejas son animales que hasta las mujeres pueden, en caso de estar solas, atender con facilidad, pudiendo ellas mismas hasta carnear un capón, en un caso; pero se figura que sólo repuntar la majada, cuando se retira demasiado, basta para cumplir con sus deberes de pastor y llenar de pesos el bolsillo del patrón y el propio; y en esto se equivoca. El oficio de pastor es lo más pacífico, pero requiere mucha asiduidad y constancia; si no, se pierden puntas de animales que se extravían y se mezclan, sin que uno lo sepa, con otras majadas; se aguachan los corderos, dormidos entre las pajas, y se mueren; se ponen sarnosas las ovejas y dan poca lana, y los capones quedan flacos.

Don Hortensio, cansado de andar detrás de esas «rabonas», que no servían más, decía, que para gastarle la paciencia, acabó por vender su majada a Juan Jáuregui, un vasco de adentro, que a pesar de poseer ya una cantidad de majadas, siempre seguía comprando, porque a él le daban mucha plata. Es que también las sabía cuidar.

A él poco le gustaban las yeguas y no tenía más que una manadita para proveerse de los pocos caballos que necesitaba; lo mismo tenía algunas vacas, pero todas tamberas, que daban, para la familia, leche de sobra, a pesar de que para ella fueran los

muchachos como gauchos; con esto se economizaba la carne y aumentaba la venta de capones.

Dicen, con desprecio, que la oveja es zonza, sin pensar que es su principal cualidad, pues de los zonzos viven los vivos, y la oveja es para el hombre el ideal del animal productor. No sólo todo se lo da: carne, cuero, lana, huesos, tripas y leña, sino que todo lo da la pobre sin rebelarse jamás, sin rezongar siquiera.

La oveja, al nacer, hasta su personalidad abdica en la «majada», y sólo (en la pampa por lo menos) es entidad «la majada».

Podrá el artista europeo pintar ovejas, dos, tres, diez; el artista argentino no verá, ni podrá ver más que la majada», es decir, una multitud de animales, chicos y grandes, viejos y nuevos, madres y capones, confundidos en una sola persona: «la majada».

«La majada» está en el corral; han largado «la majada»; «la majada» se extiende, come, se echa, está rodeda; se ha mezclado, disparó, remoliena. «Las majadas» están arribando, están parejas; «la majada» está flaca, sarnosa, gorda.

¿Quién se va a acordar de una oveja entre miles y miles de ellas?

En campos despoblados, algo mejoradas ya por el pisoteo del yeguarizo y del vacuno, con tal que contengan algunas extensiones de pasto tierno, siquiera en las partes bajas, prosperan las ovejas a las mil maravillas.

En todo campo nuevo de estas condiciones, algo entrecortado de cañadas fértiles, las majadas han dado fortunas, durante un tiempo: tres, cuatro años. Antes, en Olavarría, al sur; en Villegas, al oeste; en la Pampa, actualmente, los ovejeros han aumentado, duplicado, triplicado su capital. Pero es una prosperidad efímera, pues por su mismo aumento natural, las ovejas recargan el campo y se enferman, o por lo menos se hacen muy propensas a sufrir pestes aniquiladoras, cuando justamente, por otro lado, empiezan a crecer los arrendamientos, en proporción directa del aumento rápido de los rebaños.

Jáuregui no se preocupaba de todo esto: no tenía más anhelo que aumentar, y aumentar sin cesar, el número de sus ovejas. No pensaba todavía en comprar tierra, sino majadas, buscando más campo que arrendar cuando ya no cabían éstas en el que ocupaba.

Es que las tenía el mismo amor que tenía don Hortensio para sus vacas criollas.

El gusto supremo era, para él, asistir, por la mañana, a la largada de la majada que en la misma estancia cuidaba: majada numerosa, como de dos mil cabezas, formada de ovejas elegidas, atendida con esmero por él y sus hijos. De ella sacaba padres para las demás, las de los puestos.

Siguiendo la moda, había cruzado con Lincoln sus ovejas Rambouillet, echando así a perder en parte la finura de la lana para conseguir animales de más cuerpo, para los frigoríficos que empezaban a trabajar.

A la salida del corral o del rodeo, donde casi siempre dormía la majada, su ojo certero pronto contaba los cencerros y dumbas, y los animales conocidos, negros u overos, cuya presencia daba a conocer que no se debían de haber cortado ovejas.

Veía si algún animal, a pesar de los dos o tres baños que, cada verano, les daba, tenía manchas de sarna o se apartaba para rascarse. Calculaba con poca diferencia lo que podía haber de ovejas de vientre, de borregas y de capones, y si ya veía que pronto iba a empezar la parición, apartaba las más preñadas para que no caminaran tanto y parieran cerca del puesto, con toda tranquilidad.

A Juan Jáuregui no se le perdían muchos corderos; estaban siempre con las madres, como copos de nieve en la pradera, alegres, retozones y gordos. Con las paridas quedaba de pie firme, rodándolas continuamente, uno de los muchachos, y las cuidaba bien, orgulloso de la confianza que le demostraba el padre al darle esa responsabilidad, pues no ignoraba que los corderos son la

esperanza, el porvenir de la majada, como lo son los mismos niños, de la patria.

Don Juan, en recompensa, tampoco mezquinaba las tortas el día de la señalada, cuando, mientras se amontonaban las colitas cortadas, se iban los corderitos balando, ensangrentados, hacia las madres inquietas.

Se reía Jáuregui cuando don Hortensio, con quien se encontraba, de vez en cuando, le repetía que para él las ovejas no servían más que para dar trabajo; pues a él le daban pesos, y más pesos. En noviembre, esquilaba, trabajo molesto y costoso como todo trabajo de cosecha, pero de las pilas enormes de lana, que pronto despachaba para la más próxima estación del ferrocarril, sacaba una buena cantidad con la cual ya pensaba en aumentar el número de sus majadas.

Y después de esquilar las madres, esquilaba los corderos ya borregos, para evitarles la flechilla que traidoramente se desliza en la lana y se atornilla en el cutis, bastando esto, a veces, para hacerlos perecer. Llegado el otoño, don Juan no vacilaba en mandar a plaza vagones de los mismos corderos gordos ya, y prematuramente sazonados para paladares delicados.

Y poco después, solía aliviar el campo y llenar la caja con despachar trenes enteros de capones gordos y grandes que, con abnegación sin par, se habían apresurado a comer todo lo que podían, para hacerlo más rico.

¡Las majadas del Plata!, ¡qué fortunas se han hecho con ellas, en medio siglo! y ¡qué salto!, ¡desde las ovejas criollas, hijas degeneradas de las famosas merinas españolas, andarines como cabras y casi sin lana, cuyos rebaños recorrían la pampa desierta, sin más obstáculo que algún repunte indolente y tardío, más o menos como si hubiesen sido vacas; que sólo se esquilaban cuando algún acopiador improvisador se atrevía a hacerlo por su propia cuenta,

tomando en pago la mitad de la lana y pagando por el resto un precio irrisorio, hasta las Rambouillet y las Lincoln de hoy!

Era preciso ser extranjero, aseguraba don Hortensio, con mal disimulado desdén, para poder creer que las ovejas iban a dar más que la hacienda vacuna; a él por lo menos nunca se le hubiera ocurrido semejante cosa.

Y por esto también fueron irlandeses los primeros reyes de la cría ovejuna en el Plata.

Patricio Kennedy, desterrado por el hambre de la verde Erin, con los ojos aun llenos del reflejo de sus praderas de esmeralda, encontró su nueva patria, su patria de elección, en las riberas del Paraná, en los hermosos campos de «la costa» y los conquistó lenta y pacíficamente, cubriéndolos de sus majadas merinas, bien cuidadas y mejoradas.

Menos aventurero que el vasco Jáuregui y menos amante de la soledad, dejó a éste el sur inmenso y despoblado, donde dos mil ovejas necesitan una legua, y se mantuvo en el norte fértil, donde llegó a amontonar hasta treinta mil en igual extensión.

No todos los Jáuregui que se fueron al sur tuvieron el tino de hacerse dueños de veinte leguas de campo, ni de una o dos, como los Patricios que poblaron el norte; pero muchas son las familias de ambas razas que han quedado dueñas de tierras extensas adquiridas con la lana de las ovejas y la grasa de los capones criados por sus laboriosos y pacientes antepasados.

Hoy las arriendan a Giuseppe o a Giovanni, que lo mismo hunde el arado en la rica tierra negra y espesa del norte, como en los suelos arenosos del sur y del oeste, para sembrar trigo donde pacieron los rebaños.

Las grandes majadas, después de las manadas y de los rodeos, han cumplido su misión y se retiran cada día más lejos, yendo a poblar ahora los ventajosos y nevosos desiertos patagónicos, prosperando asimismo en ellos, creciendo y multiplicándose, creando

incansablemente nuevas fuentes de riqueza, donde sólo vagaban el guanaco errante y el avestruz, para manutención del gaucho malevo y del puma sanguinario.

Volverán, repartidas en pequeños rebaños, a pacer en los alfalfares y en los rastrojos, porque no sólo de pan vive el hombre, y que, a la par del trigo, necesitará siempre carne para comer y lana para vestirse.

Vida sencilla

Don Sebastián Ibarrieta, en 1878, se hizo dueño, por poca plata, de seis leguas cuadradas de campo, en una de las partes más despobladas entonces de la provincia de Buenos Aires, entre Guaminí y Trenque Lauquen. Aunque de los indios ya no quedara más que el recuerdo, era éste bien vivaz aún, y era preciso tener audacia para aventurarse a poblar tan lejos. La tuvo don Sebastián, como buen vasco que era de valor sereno, como inconsciente del peligro.

Eligió, en la misma línea del campo, el sitio que le pareció más a propósito para establecer la estancia, y con sus peones, hizo cavar, en círculo, dos zanjas concéntricas, hondas y anchas, en el suelo arenoso, amontonando entre ambas la tierra sacada: y esto fue el corral para la hacienda.

Hizo cavar también una especie de cueva, cercada de pequeñas paredes de adobe crudo, de un metro de alto sobre el suelo, techada con algunas chapas de hierro galvanizado: y esto fue la casa.

Trajo de adentro dos mil vacas y seis mil ovejas; estableció alrededor del campo, y también sobre la línea, algunos puestos edificados en la misma forma lujosa de la estancia, dotados cada cual de una majada, y pasó así cinco años de vida ruda, casi solitaria, cuidando sus intereses a lo antiguo, de acuerdo a veces con la naturaleza, más a menudo en riña con ella.

Poco a poco se le había venido acercando el progreso. La casa de negocio más cercana estaba a veinte leguas de la estancia; se estableció una a tres leguas. Por el camino chileno pasaron cada día más tropillas y más arreos; acabó por pasar por él, primero, cada mes, y después, cada semana, una galera. Los campos vecinos se fueron poblando uno por uno y en el horizonte asomaron algunos ranchos. El pueblo, cabeza de partido, también adelantaba; ya era núcleo importante de población, cuando se instalaron definitivamente en él las autoridades reglamentarias.

Don Sebastián, de vez en cuando, pudo comer pan en lugar de galleta. En el pueblo pudo también, por fin, comprar materiales e hizo edificar un rancho confortable y un gran galpón; y como ya tenía casa, pensó en casarse, y se casó con la hija del comerciante de quien era el mejor cliente.

Los puestos tuvieron corrales para las majadas; y ranchos modestos, pero habitables, reemplazaron las cuevas provisionales. Estableció en la estancia un bañadero para las ovejas y plantó gajos de sauce alrededor del corral con unas cuantas hileras de álamos para reparo de la casa.

A ruego de la señora, alambró una quinta grande, donde se cultivaron verduras, y sembró dos cuadras de maíz.

Así, cada año traía consigo algún progreso. En los campos vecinos, todos hacían lo mismo; los ranchos, por todas partes, se habían multiplicado, y los montes, cada día más crecidos, ya dejaban ver, de trecho en trecho, sus sombrías masas imponentes.

En los rastrojos, varias veces removidos, vino la alfalfa como bendición del Cielo; y los pechos amarillos, chacotones y bulliciosos, ayudaban a destruir en ella la isoca, en recompensa de la hospitalidad que se les diera en los sauces, ya frondosos, del primitivo corral, que llenaron de nidos y de la alegre algarabía matutina y vespertina de sus contiendas amorosas.

Se hizo otro galpón, se alambraron dos potreros, y don Sebastián trajo de la ciudad, aprovechando el ferrocarril que ya llegaba a

veinte leguas de la estancia, carneros finos y un toro bastante bueno.

¡Tiempo al tiempo!, van pasando los años, pero cada uno de ellos se señala con algún adelanto; y, despertada por el trabajo humano, su fecundidad transforma, poco a poco, en emporio de riquezas el desierto pampeano. Crece la familia; crecen los haberes; se multiplican las haciendas; toma valor la tierra.

Y llegó el día en que don Sebastián Ibarrieta pudo realizar el sueño dorado de todo estanciero: alambrar el campo.

Diez años hacía que, cada día, vigilaba el repunte de su hacienda de la línea al centro, con el ojo siempre alerta sobre la invasión de los vecinos, sobre las quemazones que prenden, al pasar, los que cruzan, sobre los robos, siempre fáciles en campo abierto. Hoy, ya se sentía, realmente, dueño de su tierra y podría consagrar a mejorar su hacienda todos sus empeños, todas sus fuerzas, únicamente dedicados, hasta entonces, a vigilarla.

No solamente se habían acrecentado rodeos y majadas, sino que también se habían hecho bastante mestizos. Todo rendía más: más lana, más capones, más novillos, y todo el producto se venía a acumular en adelantos, en la misma estancia. Se edificaban más galpones para depósitos y para pesebres; se multiplicaban los potreros y las divisiones para clasificar y separar los animales. Las aguadas ya no eran los miserables jagüeles criollos de antes, de mezquino rendimiento, de labor ingrata. Numerosos e incansables molinos de viento llenaban, sin cesar, amplios estanques australianos, insuperable valla contra la sed.

Los alfalfares se extendían. Se juntaban unas con otras las grandes áreas que tenía sembradas cada puesto. Había montes en todas partes, frutales y otros, para reparo de la hacienda, para provecho inmediato y consumo del establecimiento, sin contar sus mil promesas de variada riqueza para el porvenir.

Corrales perfeccionados para encerrar, apartar y trabajar la hacienda habían reemplazado el primitivo corral de zanjas y los que

habían seguido, de palos a pique y de alambre. Ya los ranchos parecían algo más que mezquinos y don Sebastián contrató con un hornero la fabricación de ladrillos. No faltaba tierra, ni tampoco leña, y pronto se van los centenares de miles de ladrillos en seis leguas cuadradas.

Sobre todo, que un ramal del ferrocarril ya se estaba construyendo, que iba a cruzar el campo, parándose casi en el mismo medio, en una estación, cuya habilitación venía a abrir, para don Sebastián, horizontes nuevos de incalculable provecho: formación de un pueblo, con su afluencia de comerciantes, grandes y pequeños, dispuestos a disputarse los solares; división en quintas y chacras, que se venderían a precios inesperados, y todo el campo de la estancia entregado al arado de colonos afanosos que reemplazarán por un océano de espigas doradas los últimos penachos plateados de las cortaderas. Y ya está todo esto; el progreso vuela; las parvas de trigo y de alfalfa alzan por todas partes sus opulentos lomos; las trilladoras se apuran. La población se tupe cada vez más y los agricultores ofrecen, de arrendamiento anual, más de diez veces lo que costó el campo. ¡Qué metamorfosis en treinta años! ¡Esta sí que ha sido revolución!

Don Sebastián Ibarrieta nunca ha dejado de vivir en su estancia y sigue viviendo en ella, lleno de legítimo orgullo, por el camino recorrido y los progresos realizados. La estancia, por lo demás, se ha vuelto casi un pueblo. Una casa señorial ofrece a sus moradores, miembros, sin cuento ya, de la familia patriarcal y visitas numerosas, todas las comodidades deseables en el campo. Las viviendas para el personal, las cocinas, la lechería, los galpones, los pesebres y cocheras, todo rodeado de parques y montes, forman un conjunto importante que, agrandado aún por los reflejos del espejismo, llama la atención del viajero que pasa, allá, lejos, en el tren...

Pero don Sebastián, paulatinamente y sin sentir, como hombre feliz que ha sido y sin historia, gastó en su larga obra sus fuerzas vitales; con ellas la cimentó; y los treinta años de trabajo continuo en que formó la estancia que es su gloria, han agotado su vida.

-¡Qué lástima -dice, de vez en cuando- tener que abandonar todo aquello!

¡Paciencia!, gozarán otros; y sólo le consuela, al irse, pensar que serán sus hijos; aunque bien sabe que no gozarán ellos tanto como él, porque encontrarán creado todo lo que él halló por crear. Y crear es lo único interesante en la vida.

Mixturas

Había mucha sequía; ni una gota de agua quedaba ya en las lagunas, y Florencio, que vivía solo con la madre y le cuidaba la majada, estaba tirando agua en el jahuel. Había llenado las bebederas, y todas las ovejas, apiñadas alrededor, tomaban con avidez. Florencio las contemplaba, haciendo, de vez en cuando, ir y venir el caballo para que bajase el balde al pozo y volviese lleno, a derramar su estrepitosa cascada en la represa de pino.

De repente, oyó un tropel de balidos apurados y de dumbas retumbantes y, antes que, volcado el balde, hubiera desprendido del recado la soga, para lanzarse a galope y desviar el torrente, la majada del puestero vecino, surgiendo del duraznillal, se había venido, a todo correr, a mixturar con la suya. Por lo demás, ¿quién la ataja? Sedienta -pues don Santiago no se había acordado todavía de componer su jahuel-, había venido, cual avalancha, disparando, al chillido de la roldana.

-¡Está bueno! -pensó el muchacho-, con don Santiago. Mientras está él bebiendo en la esquina, sus ovejas se mueren de sed. ¿Y ahora? Tengo yo que tirar agua para sus ovejas y las mías.

Y así fue, no más, pues era tal la mixtura, que no había forma de cortar, antes que todas hubiesen tomado.

Florencio era buen muchacho y muy amigo con don Santiago; dejó que de por sí, una vez llenas, se retirasen las ovejas; dejó rumbear, más o menos, cada trozo para su querencia y acabó de

cortar solo y como pudo. Por supuesto, a pesar de todo, la mixtura era grande; pero como no era tiempo de parición, no pasaba el perjuicio del trabajo fastidioso y cansador de apartar.

Se fue, después, de un galope, a casa de don Santiago, para darle noticia del suceso. Éste no había vuelto todavía de la esquina y estaba sola en el puesto su mujer, Toribia, una buena moza, muy joven, mucho más joven que el marido, que ya tenía sus cuarenta y pico. Florencio la saludó y, sin apearse, pues, aunque de confianza, no se hubiera bajado, así no más, en ausencia del dueño de casa, anunció la mixtura. Pero Toribia, que, sin hijos todavía, se aburría, siempre sola en el puesto, quiso tener detalles y lo hizo entrar en la cocina y tomar unos mates, hasta que viniera don Santiago; y cuando, por fin, llegó éste, bastante divertido, lo retó ella por no haber dado agua a las ovejas y por descuidar sus intereses, y dejar que otros se los atendiesen.

A pesar de haber concurrido algunos vecinos, el día siguiente, fue todo un trabajo el aparte, pues cada uno tuvo que sacar de la pata, de la majada del otro, como cuatrocientas ovejas.

Toribia ayudaba a encerrar y guardaba el portillo, y, sin querer, hacía la comparación entre su marido, deshecho por la bebida, envejecido ya por el vicio, descuidado e inútil, y ese mozo tan bueno, que tan bien cuidaba los intereses de la madre, tan discreto, tan fuerte, tan trabajador, tan comedido... Un manantial de cualidades le venía descubriendo Toribia a Florencio.

Poco tiempo después, un día de mucho calor, Florencio, que había, como siempre, madrugado bastante, rodeó, para la siesta, su majada, no muy lejos del rancho, y se echó a dormir. Él dormía la siesta; pero don Santiago, en su puesto, dormía la mona, lo que es muy diferente; y paulatinamente, remolineando despacio, una por una, pero sin cesar, para evitar los jejenes y aprovechar la sombra del cuerpo de la vecina, sus ovejas llegaron hasta la majada de Florencio y se le mixturaron toditas y sin remedio.

Florencio despertó pronto, y su primera mirada fue para la majada; la vio tan grande que comprendió, al momento, lo que había ocurrido; y después de cortar al tanteo, lo mejor posible, el amasijo de ovejas, fue a avisar a don Santiago. Dormía éste todavía, de modo que Toribia fue quien, otra vez, recibió la noticia; y también, el día siguiente, ayudó a encerrar las chiqueradas y cuidó el portillo, no pudiendo dejar de seguir comparando a Santiago, su esposo, con su joven vecino.

Entre tantos balidos, un suspiro no se siente; pero Florencio, sin oírlo, atareado en la revisión de las señales, lo adivinó, y hasta le pareció a Toribia que se lo había contestado.

A pesar de haberle amenazado, medio en broma, medio en serio, Florencio a don Santiago, con llevarle -otra vez que se llegase a mixturar en su propio campo-, toda la majada a su corral, no tardó mucho en venírsele encima, un día de esquila. Desconociéndose unas a otras, por la peladura, buscando a las compañeras, por creerlas perdidas, agarraron al viento las ovejas de don Santiago, y como nadie las sujetaba, se fueron con furia a entreverarse con las de Florencio.

Y Florencio se fue al puesto, a avisar; lo recibió Toribia, en ausencia de don Santiago. Conversaron mucho rato a solas, en el rancho, y antes que viniera el marido creyó más propio, esta vez, Florencio, ir a esperarlo cerca de las dos majadas hechas una sola.

Desde ese día menudearon las mixturas de tal modo que Florencio le insinuó a don Santiago que, cuando se ausentara, lo avisase; pues así, cuidaría las dos majadas. Lo encontró don Santiago muy bien pensado; y siempre, desde entonces, Florencio cuidaba juntos sus intereses y los de su vecino, generalmente desde el mismo rancho de don Santiago, ayudado por la perspicaz mirada de Toribia que no dejaba de echar, de vez en cuando, una vistita al campo, por lo que pudiera suceder.

Y las mixturas cesaron o, por lo menos, los entreveros generales; pues es casi imposible evitar que, en tiempo de parición, una que

otra oveja se pase -buscando el cordero extraviado- a la majada vecina. Tampoco es posible, en tiempo de los amores, impedir que algún carnero alborotado se deslice en rebaño ajeno, haciendo que, después, algunas de las crías salgan desparejas.

Bodas campestres

Hacía dos meses que Honorio Quiroga, capataz de campo en una estancia de la vecindad, cediendo a las traviesas solicitaciones de la primavera, se había dejado seducir por los juveniles encantos de Salvadora Palacios. Moza de diez y ocho años, había venido ésta a la estancia, a esquilar, flanqueada, en previsión de posibles peligros, de su madre, doña Gregoria, y de su tía Ignacia.

Por supuesto que a la muchacha no le hubieran faltado festejantes, sin esta guardia incorruptible; pero los más atrevidos tuvieron que darse cuenta de que la fortaleza era inexpugnable, y que si, por el costado vigilado por la madre, accesible ella misma, aun por su cuenta, a ciertas sorpresas de amorosa traición, se hubiese podido tentar el asalto, era del todo imposible apoderarse de la posición sin parlamentar con doña Ignacia, la tía, y acatar sus condiciones de capitulación. Y doña Ignacia era inflexible: sólo por el portón de la iglesia se entraba al fortín.

En sus tiempos -hacía cerca de medio siglo- no había más iglesias que en las ciudades, y las ciudades eran pocas; por esto, ella misma, unas cuantas veces, se había tenido que casar sin más formalidades que las que, discretamente, hacen sonreírse las estrellas indulgentes. Pero habían cambiado las cosas, y un viaje de dos horas no era, por fin, tanta aventura.

Honorio, como otros, había hecho con Salvadora sus tentativas; pero en vano. Era del todo imposible acabar, no una conversación,

sino una frase, sin que tía Ignacia se la cortara con algún responso; cualquier inocente guiñada topaba, a la fija, con los ojos, medio zarcos por la vejez, pero relucientes todavía y siempre furibundos, de la tía.

-No hay como las arrugas y los bigotes -refunfuñaba el capataz enamorado- para hacer una santa de cualquier loca. ¿En qué se mete esa vieja, con lo ajeno?

Pero, con rabia y todo, tuvo que aflojar; y, acabada la esquila, el amigo Honorio Quiroga, capataz de la estancia Santa Rosalía, despachó a su señora madre, doña Baldomera, vestida de percal nuevo, engomado y rechinador, montada en su bien tuzado y rasqueteado flete, al puesto de doña Gregoria Palacios, madre de la callada conquistadora de su corazón.

La entrevista fue solemne. Tía Ignacia había tomado sus aires más dignos, cuya buscada frialdad apenas llegaba a templar la risueña y amable benevolencia de doña Gregoria. Cambiadas las cortesías del protocolo, después de muchos mates y mucho intercambio de insulseces vagamente preparadoras, se entabló la conversación esperada. Doña Baldomera, con circunloquios enredados, pero de austera gravedad y enternecida emoción, reveló, en términos discretos, lo que ya muy bien conocían las otras dos: el amor de Honorio para Salvadora. Siguió con el elogio de su propio hijo -un mozo muy sujeto, formal y sin vicio-, y con la expresión de su entera confianza en que a pareja tan cumplida le tenía que ser departida por la suerte dicha sin igual.

Doña Gregoria no disimuló su satisfacción, pero tía Ignacia, formulista siempre, dijo que había que consultar a la muchacha, lo que, en seguida, se hizo.

Salvadora, al ver amarillear, a lo lejos, el bayo de doña Baldomera, había corrido a la batea y se había puesto, a lavar, con un ardor hasta entonces desconocido en ella; le gritaron que viniera, que dejara la ropa, por un rato, y mientras se acercaba, secándose las

manos en el delantal, dijo tía Ignacia, como suspirando, pero de modo que lo oyera doña Baldomera:

-Es una monada, esa chica, por lo trabajadora que es.

Ruborizada, tanto como se lo permitiera lo moreno de su tez asoleada, se presentó Salvadora. La virginal pantalla de sus párpados, modestamente bajados, sujetaba la radiante luz de sus hermosos ojos de criolla, y cuando su madre la hizo conocer lo que de ella querían y le preguntó su parecer, tartamudeó su conformidad, balanceando el talle y retorciendo, turbada, la punta de la espesa trenza de su renegrido pelo.

Y siguieron las visitas, autorizadas ya, de Honorio al puesto de doña Baldomera. Un poco por el bochorno de haber tenido que ceder a las exigencias matrimoniales de tía Ignacia, algo por su natural reserva de campesino, le hubiera gustado disimular su caída en la trampa, hasta el día fijado para las bodas. Pero, ¿cómo no se iba a saber que, todos los días, compraba caramelos en la esquina? Un capataz soltero que compra caramelos, todos los días, y repunta la hacienda siempre del mismo lado, como si el campo no tuviera más que un costado, tiene forzosamente que llamar la atención de cuanto bicho viviente haya en veinte leguas alrededor, y, bien pronto, se supo dónde se perdía Honorio, todas las tardes, por dos y tres horas seguidas.

Llovieron las alusiones, delicadísimas, algunas, como pisadas de potro, pero Honorio era de genio sufrido y por tal que no se pasaran los compañeros, se reía él, primero, de las ocurrencias.

-De envidiosos, no más -decía.

En casa de la novia, sentado en un banquito, tomaba, con aire de respetuosa compunción, el mate que le ofrecía Salvadora, buscando, sin encontrarlas, las palabras de cumplimiento con que hubiera querido celebrar su amor presente y su dicha futura, elogiar las prendas de su prometida, ofrecerle su corazón; pero estorbaba su elocuencia, a más de la poca costumbre que tenía de usarla, la presencia molesta de tía Ignacia, demasiado sabedora de lo débiles

que son las mujeres, para no tener siempre algún pretexto de ir y venir y hasta de quedarse con la pareja.

Por fin, llegó el gran día. Había que tomar el tren en la estación más próxima, ir al pueblo, cabeza de partido, para la inscripción en el Registro civil y el casamiento por la Iglesia. Allá también se haría la boda, en la fonda piamontesa «La Nueva América»; se dormiría en la misma y, por el tren de las ocho de la mañana, se volvería al pago.

Temprano, entre los cuchicheos curioseadores de los vecinos, se juntó en la estación la comitiva: los novios, las madres, la tía, algunos hermanos, hermanas y amigos, todos endomingados, con pocas prendas de abrigo, porque hacía un calor bárbaro, pero con muchas provisiones, en pañuelos grandes de algodón, en canastos y maletas. El novio llevaba, con mil precauciones, una gran damajuana, desprovista de su envoltorio de mimbre, pero bien llena de vino carlón. Y caminando con trabajo, los hombres, por las botas nuevas; sofocadas las mujeres, por el calor que les daban los corsés sin quebrantar, se apiñaron en un vagón de segunda, casi completo ya.

Poco alegre fue el viaje: dos horas en el tren; mal sentados, en bancos duros, en una atmósfera espesa de calor y de sudor, de humo y de tierra. Al llegar, subieron en dos breques y se fueron a la fonda, a almorzar, ligero, para no perder la hora del Registro civil. Allí, el amigo Honorio Quiroga, medio abatatado por la emoción, había declarado y firmado que tomaba por legítima esposa a Salvadora Palacios, y ésta había confirmado con un «Sí, señor», inoportuno y sonoro, que muy bien entendía lo que les acababan de leer sobre la fidelidad y protección que le debía Honorio, cuando, al momento de devolver la fe de bautismo, el jefe del Registro, cotejando las firmas, vio con asombro que Honorio Quiroga se llamaba ¡Quinteros!

-¿Y cómo es esto? -exclamó-. ¿Por qué no firma Quinteros?

-Es que antes -contestó el gaucho- me llamaba Quinteros, señor, por mi padre. Pero hace mucho que todos me dicen Quiroga, por mi madre, y no me acordé.

-¿Y quién me lo atestigua?

Buscaron quién podría, en este pueblo, donde no conocían a nadie, sacarlos del mal paso; pues era cosa seria, según el funcionario; y tenía que quedar detenido Honorio hasta que se averiguara la cosa. Por suerte, se acordaron que don Juan Antonio, negociante fuerte de donde vivían, había venido al pueblo, y lo mandaron llamar. Aseguró el comerciante que, efectivamente, todos conocían al novio por Quiroga, a pesar de ser verdad lo que rezaba la fe de bautismo, y como, en el campo, no puede tener semejante cosa mayor importancia, pues, a menudo, hay circunstancias en que es algo trabajoso para uno saber cómo se llama de veras, todo quedó pronto arreglado, con una raspadurita. ¡Pero, qué susto!, amigo.

Volvió la comitiva a los coches y todos se fueron a la iglesia, a hacer confirmar ante Dios, por el cura, lo que ya habían apuntado los hombres. Pero el cura tenía que atender dos pueblos y justamente estaba en el otro, por dos o tres días. Hubo un momento de vacilación, promovida especialmente por los escrúpulos de la rígida tía Ignacia, hasta que acabaron por decidir que se pondría en regla el matrimonio, en otra oportunidad.

El calor era rajante, y quedaban sumidos en el anhelante sueño de la siesta todos los habitantes del pueblo, cuando, en la fonda «La Nueva América», empezaron a sonar los acordes de dos guitarras y de un acordeón, incitando a bailar a los convidados y también a los que quisieran. Y las botas nuevas, los corsés tiesos y los percales engomados empezaron, crujiendo, a girar suavemente, al compás de la habanera, con elegantes requiebros de grupas provocativas y con refocilamientos de pañuelos rojos sobre las blusas negras.

Ni los mozos de la fonda pudieron resistir a las ganas de entreverar con las caras trigueñas de las campesinas sus mejillas

rosadas, ni las dos camareras piamontesas a las de mezclar con los chiripás negros la nota clara de sus delantales; y, juntas con los sombreros en la nuca de los gauchos graves y sin sonrisa, giraron, alegres, sus cabelleras rubias.

Toda la tarde se bailó con afán y sin descanso, renovando, con cerveza y refrescos, los manantiales de sudor y cumpliendo con el deber de divertirse, en día de bodas, sin quejarse por el calor más que si hubiera sido un día de siega.

Con una comida opípara, compuesta de todos los burdos platos de la lista de la fonda, reforzados con el resto de las provisiones traídas del puesto y que por allí andaban, revueltos en sus rústicos envoltorios, se terminó el día. La damajuana desnuda sufrió, sin perecer, violentos atropellos, hasta que se fueron a dormir, todos, pesados de sueño, entorpecidos por la bebida y por el cansancio.

En el andén de la estación están ya todos los de la comitiva. Hay que volver al trabajo; las bodas se acabaron. Honorio tiene que ir a tomar los boletos, pues no es de suponer que, como a la ida, va a dejar que su suegra saque los de su mujer y de su nueva tía Ignacia; está bien: conoce sus deberes, pero no puede ir a la ventanilla, con una canasta en una mano y la damajuana en la otra. A ésta la sigue acarreando con cuidado, pues, aunque le hayan pegado fuerte, no han podido acabar con ella y queda todavía vino carlón para todo el camino; y está ahí todo impedido por el incómodo traste, marchito, después de tamaña fiesta, los ojos entristecidos y llenos de sueño, esperando ingenuamente, embobado y sin saberlo pedir y menos exigir, que su esposa, Salvadora, cumpla con su nueva obligación, de prestarle ayuda.

Poco dispuesta parece ella a venir en su auxilio. Peinada de prisa, con una flor de azahar todavía pegada en los cabellos, el velo medio desprendido, el vestido todo ajado, con unas ojeras que la desfiguran, mira al marido -ahí plantado como estorbo- con una cara

de despecho que hace pensar en la coz que nunca deja de recibir el padrillo, en pago de sus más ardientes caricias.

Los clientes del comisario

Don Samuel Álvarez, comisario del naciente pueblo «La Colmena», era un criollo neto, nacido y criado en el campo. Hacendado, en otros tiempos, hoy arruinado por la política, había sido reducido, para vivir, a aceptar el puesto que sus mismos contrarios le ofrecieran, convencidos de que una vez convertido y contenido por la necesidad, sería para ellos, como la había sido antes para el otro partido, un precioso elemento electoral.

Mientras «La Colmena» sólo constaba de algunos ranchos, edificados en las orillas del pueblo en formación, como nidos de caranchos, y habitados por cuatreros que de allí daban sus malones a las estancias vecinas, Álvarez había tenido poco que hacer. El ejido del pueblo lindaba con dos provincias, de modo que si bien pertenecían a su jurisdicción los gauchos del malón, los estancieros robados tenían que elevar sus quejas a otro comisario, sin que él pudiera hacer otra cosa que darles buenas palabras de consuelo y promesas de ayuda.

Pero su ayuda era y tenía que ser limitadísima, pues si bien conocía a los culpables, no podía dejar de tenerles consideración, porque gracias a ellos nunca faltaba en su casa algún rico matambre o un costillar gordo de ternera, y para cortar huascas, un pedazo de cuero lonjeado con esa prudente prolijidad que no deja traslucir ninguna señal de anterior identidad.

¡Cuántas veces había ido a pedir en alguno de los mismos ranchos de la orilla, justamente, un caballo de confianza para acompañar en sus pesquisas a algún oficial de la policía vecina! ¿Cómo hubiera podido, él, sorprender a esos hombres?

Además, eran sus mejores electores; con ellos, hacía lo que quería; no había votación popular u otra que valiera ante su falange sacra. Como él era leal y fiel a su palabra, siempre les hacía votar según las órdenes recibidas; pero si, en su distrito, se le hubiera antojado hacer nombrar a otro diputado o senador que el indicado, sin la menor dificultad lo hubiese conseguido.

Lo que no permitía, era que de la otra provincia se atrevieran a venir a su pueblo, a guarecerse, ni menos a los campos de su provincia, a robar, los gauchos de al lado, que para las elecciones no le podían servir, ya que tenían por allá sus compromisos; y más de una vez sirvió de trampa la propia madriguera de sus protegidos, a los que, engañados por su fama de benévolo, trataban de buscar refugio en ella para evitar las consecuencias de alguna fechoría. De modo que en ambas provincias no había comisario más celebrado que don Samuel Álvarez, celoso perseguidor del crimen, según unos y para los otros, inmejorable caudillo electoral.

Y ¡qué bien les conocía las mañas a los más vivos! Difícil era engañar su ojo certero. Bien se acordaba que, en otros tiempos, en su juventud, bastaba que hubiese en un pueblo un compadrito para que se hiciera amigo del comisario; lo que se comprende, ya que los comisarios, entonces, eran también, en general, puros compadritos; pero a él se le había pasado la edad de fraternizar con esa gente. Al verlos, no más, ya les entendía las vivezas, paraba la oreja y erizaba el pelo. Es que si, con los progresos de la civilización, se hacen más diablos los pícaros, lo propio sucede con los comisarios.

Un día llega todo apurado al pueblo un forastero, joven, buen mozo, pero a medio vestir y montado en un parejero ensillado de prisa con dos matras; se baja en una casa de negocio y allí cuenta que le han robado una tropilla de la misma marca del parejero; que él es hijo de un estanciero de la otra provincia, y que, sin haberse

dado tiempo para nada, salió siguiendo a los ladrones. Pide licencia para descansar y pasto para el caballo. Se lo dan.

Pero, mientras almuerza, solicita del comerciante algún dinero para seguir viaje, en cambio de un giro contra su señor padre. El otro, con un pie ya en la trampa, se lo iba a dar, cuando el comisario, que allí estaba, calladito y sin que nadie le hiciera caso, se acercó y dio repentinamente al joven la voz de preso. Tanto se sobresaltó el hombre, que ya no hubo duda; se indignó, casi más de lo que se admirara el comerciante; pero no por esto desmayó el comisario; su olfato lo guiaba, y llamando a un milico, hizo encerrar al forastero en el calabozo, a pesar de sus protestas.

Dos horas después recibía de la policía de la provincia un telegrama pidiendo la prisión de un criminal cuya filiación no era otra que la del preso.

Otro vino de resero, de lazo en el anca, de tirador con monedas, habiendo dejado, decía, la tropa que conducía, a dos leguas del pueblo por tener que esperar un dinero que le debía mandar su patrón y que no le había llegado todavía. Y para no demorar la tropa, ya que los vagones debían estar listos, pidió dinero a un comerciante para pagar el flete y la peonada.

Necesitaba dos mil pesos que, a la vuelta del correo, se devolverían. Ofrecía pagar buena comisión, y el habilitado del comerciante, joven y poco perspicaz, aconsejaba a su patrón que se los diera, cuando, por suerte, pasó por allí don Samuel, «Prométanselos para mañana», contestó; y se fue.

El resero quedó, a la fuerza, conforme con la promesa, y se fue a la fonda; y como allí, vigilado sin que lo supiera, empezase a gastar fuerte, a jugar y a tomar, el comisario mandó avisar al fondero que no se descuidara con el clavo. Pero el hombre no se atrevió a insistir en su pedido al comerciante, y sólo tuvo el comisario el consuelo de hacerle arrestar en la estación, cuando ya, sin haber pagado, se mandaba mudar, este resero sin tropa ni plata, que no era más, como pronto se supo, que un ladrón profesional.

A veces, era más trágica la cosa, y se las tuvo que ver, en más de una ocasión, nuestro comisario, con bandidos que eran verdaderos tigres cebados, pues no sólo mataban para robar sino también de puro gusto, violando, saqueando, sembrando el terror entre la gente pacífica del campo. Entre otros, tuvo que hacer con una gavilla de media docena de gauchos engreídos por larga impunidad, que se habían hecho, con sus robos, de toda una estancia, bien poblada de haciendas. Toda la gente del pueblito y de sus alrededores les temblaba, y con razón, pues era notorio que ciertos puesteros, desaparecidos con majada y todo, habían sido muertos por ellos; pero nadie se atrevía ni siquiera a denunciarlos, tal era el miedo que les tenían.

A Álvarez se la habían jurado, pues bien sabían qué clase de órdenes tenía él a su respecto y que no era hombre de aflojarles. Se juntaron una vez, para probarlo, tres de ellos, en el pueblo, y, de noche, saquearon una fonda, dejando por muerto al fondero y maltratada a su mujer; y llevándose bastantes pesos se volvieron a su estancia.

Apenas avisado e impuesto del crimen, el comisario, considerándose personalmente ultrajado, salió, bien armado y con dos hombres valientes, en su persecución. Sólo los alcanzó cuando ya estaban en la puerta del rancho, juntos con otros dos.

La situación era difícil, pues esperar que se rindieran hubiera sido ingenuo, y sin intimárselo siquiera, les hizo con los milicos una descarga cerrada. Uno de los caudillos cayó muerto y otro mal herido antes de haber podido tirar ellos como, por lo demás, se aprontaban a hacerlo; y cuando después de la descarga, vino, por pura forma, la intimación de rendirse, apoyada por dos carabinas y un revólver apuntados, los otros tres, sin pedir más, tiraron al suelo las armas y se entregaron.

Hay casos delicados en esta vida. Entre ellos venía el más temible, y cavilaba Álvarez: tener encerrada esa fiera no era mal; pero, ¿si se llega a escapar?; llevarla muerta sería más prudente; pero los otros van a poner el grito en el cielo. Al llegar a un paraje de donde no se

veía una sola habitación, el comisario dejó que se adelantaran algo los dos milicos con los otros dos presos, quedándose él un poco atrás con el caudillo, y cuando se hubieron alejado bastante aquéllos, sacó el revólver y, con toda calma, le hizo saltar la tapa de los sesos.

No era seguramente un acto de refinada civilización, pero las felicitaciones tan espontáneas que recibió de toda la población bastaron para aliviar su conciencia. Por lo demás, ¿no habían podido ver los dos milicos y los dos presos, llamados por él, las manos del cadáver desligadas, crispadas y un cuchillo en una de ellas? El preso se había podido desatar y le había querido hacer armas; se había tenido que defender... Y después de todo, ¿qué? un bandido menos; ¡mejor!

Pero han cambiado los tiempos, y los clientes del comisario son ya muy diferentes. Por un gaucho que todavía queda por ahí, como por casualidad, socarrón y peleador, en su melancólica «alegría» de bebida blanca, peligroso y callado, hay veinte extranjeros, gritones, cantores, más camorreros en apariencia que en realidad y sin más armas que los puños. Son los colonos que han venido a trabajar los campos de «La Colmena», italianos en su mayor parte, buena gente, pero tosca y brutal; de borrachera de puro vino, más risueña que provocadora, pero tan bulliciosa que a veces sobreexcita los nervios y degenera en pugilato.

Y tiene entonces que intervenir don Samuel; le gusta poco, porque desconoce el modo de resistir de esa gente; es el mismo del gaucho. Este saca el cuchillo y es bravo, pero los sables de los milicos hacen desigual la lucha para él, y una vez desarmado, ya no es hombre; mientras que con esos gringos, cuando hay que dominarlos por la fuerza, es todo un trabajo.

-¡Metamelo en el vagón! -gritó al sargento don Samuel, al ver que el chacarero Juan Linarotti, un piamontés grandote, a pesar de

repetidas represiones, seguía amenazando a otro con romperle una botella en la cabeza.

-Sí, vení nu más -dijo Linarotti, blandiendo la botella; esperó que se acercara el sargento y se la tiró; pero el otro, vivo como gato montés, le tenía clavada la vista y, más ligero que el proyectil, se agachó; la botella se fue a estrellar en la pared, por suerte sin herir a nadie; el sargento se abalanzó, y ayudado por dos milicos que agarraban al piamontés uno por las piernas, otro por los brazos, lo volteó. Pero cuando se trató de alzarlo al vagón que servía de cárcel provisional fue una lluvia de patadas y de puñetazos homérica. Asimismo, no soltaron la presa los criollos y lo izaron a duras penas hasta la puerta; pero allí el hombre se agarró de los parantes con las dos manos, y apuntalándose con las piernas, presentó a sus contrarios una resistencia tal, que sin la ayuda de media docena de los presentes, ansiosos de evitar al pobre colono la paliza por desacato, que ya en los ojos del comisario se veía muy cercana, no la habrían podido vencer.

No hay que hacer; de semejante lucha se puede inferir que si los numerosos hijos de este piamontés guapo no se dedican como él por demás a la bebida, serán aún más guapos y harán honor a la patria donde han nacido.

Por lo demás, parece que se desarrollan con rabia, sobre este suelo virgen de la Argentina, en los hijos de extranjeros, todas las aptitudes naturales, buenas y malas, de sus padres, agregándoseles siempre cierta tendencia a hacerlas prácticas para la solución del problema de vivir lo mejor posible con el mínimo esfuerzo. Cada cual se americaniza a su modo, pero todos se americanizan.

Bien lo sabe don Samuel Álvarez, y que también, según el bicho, tiene que ser el modo de lidiar. Las mentiras descaradas del napolitano, las presuntuosas torpezas del gallego, las vivezas del andaluz, las paradas del francés, las brutalidades gritonas del piamontés y las calladas del inglés, se acriollan al roce de los argentinos, y se modifican de diferentes suertes hasta dar a cada delito su hechura peculiar.

Por esto, según el santo la veía: panza, a la rija, si es criollo, aunque a obscuras y discreta siempre; pero más discreta aún si es algún extranjero, porque se le podría ocurrir quejarse y meter una bulla internacional por cuatro moquetones: multa, si hace cuenta, es decir, si es de fácil cobro y que se olviden de recoger el recibo; algunos días de trabajo en las calles, más humillante que cansador, para los pobres de solemnidad que no pueden pagar.

Si, por otro lado, ya pocos gauchos tiene el comisario entre su clientela, no por esto faltan los cuatreros; pues los colonos no tienen hacienda, pero les gusta comer carne; y en las estancias linderas abunda: ¡irresistible tentación! Tampoco pierden ocasión de robarse entre sí caballos, gallinas u otras cosas, y son pleitos eternos entre vecinos, con griterías de mujeres, llanto de niños y juramentos viriles. El comisario ya los va conociendo y los trata con cachazuda filosofía, estudiando y comparando sus diferentes modos de hacer, para su instrucción y regocijo.

El gaucho arrea o enlaza un animal a campo y se lo lleva o lo carnea; ellos no son capaces de hacerlo así y tienen que acudir a medios de más fácil ejecución; como aquel catalán a quien, de lástima de verlo tan desprovisto de animales para arar, había prestado, una vez, tres yeguas mansas el mismo comisario.

Al año, le avisa muy fresco el catalán que una se le perdió; como si Álvarez se hubiera podido descuidar al punto de no saber en qué fecha se la había comido.

-Sí, señor; comido, ¡como indio!

Y lo más lindo es que marcó con su marca los dos potrillos de las otras dos.

-Así, señor; y con toda desfachatez.

Pero, ¿qué va a hacer el comisario?, ¿meterle pleito?, ¿para qué?, si es hombre pobre, cargado de familia. Déjelo, hombre, que se coma las otras dos.

Pero, con todo, se vuelven muy diablos en América esos gringos.

Las embrollas de Gusanillo

El pueblito «Los Médanos» adelantaba con rapidez. Las chacras y las quintas que lo rodeaban se habían vendido todas y poblado, en seguida, de gente pacífica, honesta y trabajadora. Las estancias, de áreas moderadas, pertenecían todas a gente progresista, y, con tantos elementos juntos, no era extraño que el pueblo marchara, viento en popa.

Y así era, cuando, atraído por esa misma prosperidad, vino a dar con él, después de haber vagado por muchos otros, sin cuajar en ninguno, el procurador Gusanillo.

Se instaló, muy poco tiempo después de haberse creado el juzgado de paz de la localidad. Hasta entonces, no había habido, en dicho juzgado, más que cuestiones insignificantes, entre peones o gente pobre, cuestiones todas que en un momento se arreglaban por la patriarcal buena voluntad del juez y de los mismos interesados. Por esto, cuando abrió Gusanillo lo que, pomposamente, llamó su estudio, todos decían y creían que pronto se iba a tener que ir, por falta de trabajo.

¡Ingenuidad de gente honrada! El procurador hábil siembra los asuntos donde no los hay: los cuida, los ayuda a crecer, a florecer y a dar su fruta venenosa de pleitos y de ruinas. Donde hay intereses, hay terreno para obrar y los pretextos nunca faltan al que los sabe hacer brotar de cualquier nimiedad.

Doña Simeona, una pobre viuda que vivía en su quintita, pagaba pensión a un chacarero para que le tuviera en la alfalfa cuatro lecheras, durante el invierno. Las lecheras de doña Simeona eran vacas mansas, pero criollas hasta más no poder, y por treinta pesos con cría, se hubiesen podido encontrar iguales, en la vecindad, las que se hubiera querido.

El carnicero también siempre tenía, en la misma chacra, algunas gordas, de las cuales mataba, cada día dos o tres para el consumo del pueblo. Un día, teniendo que ir a recibir animales que había comprado, encargó a su peón que fuera a carnear. El chacarero, por supuesto, ocupado en sus quehaceres, lo dejó, como siempre hacía, que llevara las vacas que quería, y, por error o de pillo, el otro zonzo se llevó y carneó una de las lecheras de la viuda, rezongando, todavía, que el patrón comprase vacas tan flacas.

Al conocer, el carnicero, la barbaridad cometida por su peón, se fue derechito a lo de doña Simeona y le ofreció pagarle la vaca; pero para ella, por supuesto, valía mucho más que para el carnicero:

-¡Miren!, ¡mi rosilla!

Y no se pudieron arreglar. La viuda contó el caso a medio mundo, ¿qué mejor tema de abundante conversación?, y poco tardó en ver llegar a su casa al señor Gusanillo. Este, fácilmente, la hizo comprender que era para ella una ocasión única de aumentar su hacienda. La aconsejó de dirigir su reclamo, no contra el carnicero, que era un criollo pobretón, muy vivo y muy metido en la política, sino contra el chacarero, un italiano bonachón, miedoso y rico.

La viuda no era mala mujer, pero, pobre como era, se relamió, al oír los consejos tentadores de Gusanillo. Le firmó un poder y se presentó el procurador al juzgado en son de guerra y con tanto cascabeleo, y metió tanta bulla, citó a tantos testigos, presentó tantos escritos, solicitó tantos oficios, pidió tantos embargos que, no por un rodeo de diez mil vacas, se hubiera movido tanto el abogado de más copete de la capital.

Duró seis meses la función, acabando todo por una transacción, por la cual recibió la viuda cuarenta y cinco pesos, después de haber perdido, mientras tanto, la parición y la leche de la vaca que, desde un principio, la ofrecía el carnicero. Éste y el chacarero habían perdido muchas horas en el juzgado, habían sufrido muchos dolores de cabeza y, para lograr la paz y la tranquilidad, habían aflojado, además de los cuarenta y cinco pesos para la viuda, doscientos pesos de indemnización para Gusanillo, sin contar lo que, por su lado, habían tenido que gastar para defenderse.

¡Hombre vivo, el Gusanillo ese, y útil a la sociedad!

Disgustado con la forma que, por él, tomaba, en el juzgado, cualquier asunto, renunció el juez de paz, y consiguió Gusanillo que se nombrara en su reemplazo a un medio pariente, o cómplice de él, y desde ya se volvió un infierno el pueblito.

¡Con qué habilidad suscitaba cuestiones entre los habitantes más pacíficos! ¡Cómo las enredaba, y cuán enojosas las volvía!

-Señor, don Nicolás ha tratado a mi señora de ladrona; y vengo a saber lo que debo hacer.

No vaciló Gusanillo:

-Una demanda por calumnia, pidiendo daños y perjuicios.

El acusador era un fondero fundido, de turbia fama; el acusado, uno de los comerciantes más importantes de la localidad. Al ver, éste, una mañana, que le faltaban del patio dos pavos que estaba engordando para el día del santo de su señora, y al divisarlos en el patio del fondero, por la reja del portón, no pudo menos, en su ira, de dirigir a la mujer del fondero, que pasaba por la calle, estas palabras hirientes.

-Estos pavos me los han robado.

La mujer no dijo nada, pero, informado por ella, el marido dio el paso decisivo. Y fue otro pleito épico, con recusaciones y viajes a la ciudad, cabeza del distrito, sellos desparramados y plata tirada, y como no cediera don Nicolás y amenazaba el asunto de dar mala

vuelta para su cliente, lo dio de repente por terminado Gusanillo, en seguida de haber podido conseguir de él, no se sabe cómo, un centenar de pesos.

Pero quedaba trazada la senda, abierto el camino: todo mal pagador acusaba de cualquier cosa al acreedor y llegaba de algún modo, por lo menos, a cancelar su cuenta.

El miedo a los tribunales, a su justicia dudosa y tardía, a los trámites que roen el tiempo y la paciencia, a los viajes que cuestan un platal y obligan a dejar abandonados los intereses, y a las maniobras de los leguleyos que se lo comen vivo a uno, con plata, hacienda, campos y todo, hacía que, a pesar de lo inconsistente que fuera la base de una cuestión, cualquier transacción parecía ventajosa, y Gusanillo algo siempre sacaba.

Claro es que un potrillo marcado por error, o un toro de mala muerte hecho buey porque embroma la hacienda del vecino, o la reclamación, más o menos fundada, de un puestero en una cuenta del patrón, o mil otros casos por el estilo, no parecen, a primera vista, poder contener ni el embrión de un pleito, pero, de cualquier huevo, empollado por un ave negra, sale cada víbora que asusta.

Y hasta de fabricar los mismos huevos, en ciertas ocasiones, era capaz Gusanillo. Con hacer echar, de noche, en el corral de algún infeliz dos ovejas contraseñaladas, podía, el día siguiente, armar al pobre una de las buenas, y con testigos a sueldo y dos policianos ebrios, tenía para entablarle un pleito como para reventarlo.

¿Quién resiste a un embargo, tan fácil, a veces, de conseguir, y que, si se lleva a cabo de veras, lo puede arruinar sin remedio? La espada de la justicia, manejada por esas manos, es temible; ella suele dar palos de ciega, por la vincha que tiene en los ojos, pero los gusanillos tienen buena vista y, a sabiendas, pegan, y fuerte, y siempre del lado que les conviene.

Abuelita

Desde que murió «el viejo», como, en su cariño más familiar que respetuoso, solían los hijos llamar al autor de sus días, la familia había pasado por momentos harto difíciles. El campo, comprado al Gobierno a plazos largos, no estaba pago todavía, sino en parte, y si cada año traía consigo su vencimiento inexorable, no siempre traía los medios de aguantar el golpe.

Mientras dura el jefe de la familia, la tarea es relativamente fácil: por tal que los muchachos obedezcan al padre y trabajen, todo va bien. La experiencia del viejo, los amigos que lo protegen, y, en un caso, lo ayudan; una firma en el Banco, una prórroga oportuna, un préstamo, aunque sea, suavizan el paso, y mal que mal, se llega a la orilla.

Una vez desaparecido él, cambia de tono la cosa; no hay quien mande y menos quien obedezca; cada uno tira por su lado; la madre gasta sin saber y deja gastar sin contar; los amigos tienen poca fe y no ayudan; los protectores, si no se retiran, hacen algo peor y buscan cómo apoderarse despacio del bien codiciado; las aves negras lo pastorean; los muchachos no las saben espantar, y, a veces, la misma madre las da de comer.

Pero, no todas son así, y doña Carmen Linares, sin ser más que una madre vigilante, supo resistir los ataques de todo género, con una habilidad tanto mayor, cuanto menos vistosa.

Era ella una perfecta china. El finado la conoció, cuando, joven, vino con una haciendita del padre, a ocupar, en la frontera, campos del Estado. Nació un hijo, nacieron varios; el campo, despoblado y sin dueño, fue comprado y se volvió estancia; las haciendas se multiplicaron y, con los años, alcanzó a correr parejo su aumento con el de la familia.

Y presentó ésta la imagen acabada de la vida feliz del pastor, no ya nómada, sino arraigado en inmensa tierra propia, con sus numerosos rebaños y rodeos, libre de los mil afanes propios de las regiones de población tupida; de pocos recursos, es cierto, pero de tan pocas necesidades, que casi todas las llenan ampliamente los productos de la hacienda; vida de que sólo, en nuestros días, puede todavía y podrá, por muy poco tiempo más, gozar el pastor argentino, en la fértil llanura pampeana.

Pues, cuando murió don Lorenzo, los hijos -fuera de dos o tres ya mozos-, eran todavía niños, y doña Carmen, aunque prematuramente envejecida por su exuberante producción de vástagos, a pesar de su tipo pampa acentuado, muy bien hubiera podido, ayudada por el aliciente del extenso campo de su propiedad, encender los deseos y sobre todo la codicia de más de un desocupado.

Pero, por suerte, no fue así, y si, por descuido, prendió algún fuego, se apresuró en apagarlo, antes que se volviera quemazón.

Mamita, como la llamaban entonces, se contentó con ser sencillamente el centro de la familia, lo mismo que lo había sido el finado; y, si no podía prestar a los suyos los mismos servicios que él, su experiencia de mujer de campo le permitía guiar con acierto a su hijo mayor, capataz y mayordomo de la estancia, al cual escuchaban y obedecían los otros, sin rezongar, porque así lo mandaba Mamita. Los trabajos se hacían bien, y en su tiempo, pagándose como se podía, los vencimientos al Gobierno. A veces cuando no alcanzaban para ello los recursos, hubo grandes inquietudes; no faltaron usureros para tratar de aprovechar la bolada, tendiendo la soga salvadora, cuyo nudo corredizo ahorca al auxiliado; pero todo se

pudo evitar, y llegó el momento en que, vencidos todos los obstáculos, pagado el campo, poblada la estancia con numerosas y buenas haciendas, se encontró Mamita, rodeada de su gente, como general victorioso, por su Estado Mayor, después de larga batalla.

Pocos años después, una boquita sonrosada de criatura le cambió, balbuceando, el nombre de Mamita por el de Abuelita; y con el pasar de los años, sus hijos, desdeñosos, a pesar de su fortuna asentada ya en cimientos sólidos, y siempre creciente de ir a la ciudad, «al chiquero grande», como decían, comer carne cansada, cuando, en su casa, podían mascar a su gusto la carne firme y jugosa de la res de su marca, recién carneada, fueron formando, sin cesar, alrededor de ella, como una aureola de florecientes retoños.

Abuelita no dejaba de contemplar con cierto asombro, entre las muchas cabelleras lacias y renegridas que la rodeaban, algunas cabecitas blancas, coronadas de pelo rubio, que sonreían con sus ojos de cielo, a su cara cobriza y siempre seria de hija legítima de la Pampa ruda.

El pan y la sal

La invasión del crepúsculo parecía ahuyentar de la superficie de la tierra todo lo que, momentos antes, resaltaba, tan netamente recortado. Los animales, aunque siguiesen paciendo donde los había dejado el último rayo del sol, aparentaban haberse alejado una legua: y para alcanzar a divisar, en el horizonte, un rancho, achicado de repente, como si se hubiera hundido, era preciso agacharse casi hasta el suelo, y abrir tamaños ojos.

Una tristeza infinita se extendía, con la noche, sobre la llanura; el mismo viento callaba, y todo, sepultándose en un silencio color de tinieblas, parecía borrarse paulatinamente de la vida.

Don Martín había rodeado su majada, desensillado su caballo, y lo había atado con maneador largo, para que pudiera comer algo, durante la noche. Su rancho, habitación provisoria de pastor errante y sin familia, era de adobe crudo, angosto y bajo, cubierto con algunas chapas de hierro de canaleta, y le servía de cocina, de comedor y de dormitorio. Entró en él, prendió un candil de sebo, y empezó a arreglar, en el medio de la pieza, el fuego para cocinar su pobre puchero de solitario y hacer hervir el agua del mate.

Como no encerraba nunca la majada, le faltaba hasta la provisión de leña de oveja, y tenía que hacer fuego con unas anchas bostas de vaca, bien secas, que juntaba en el campo, y de las cuales acababa de traer una gran bolsa llena. Prendido el fuego, colocó en él la olla, provista ya de los elementos del puchero, que debía

constituir su frugal cena, se sentó en una cabeza de potro, cargó el pito, rascó el mate, lo llenó de yerba, y esperó que cantase la pava. Un gran perro se estiró a su lado, mirando también la llama.

Así, solo, perdido en la Pampa, pasaba semanas enteras, sin ver alma viviente, meses sin saber nada del resto del mundo, y sin que supiera nada de él, nadie.

De repente, el perro levantó la cabeza, paró la oreja, salió del rancho y empezó a ladrar con fuerza. Don Martín se levantó, y, agachándose en el umbral de la puerta, trató de penetrar la obscuridad, densa ya, de la noche.

Un jinete se venía acercando.

Al cabo de un rato, cerca ya del palenque, se paró y pronunció la frase sacramental: «Ave María», a la cual contestó don Martín, sin vacilar:

-Sin pecado concebida. Bájese, si gusta -haciendo, al mismo tiempo, callar el perro.

El jinete se apeó; ató el caballo al palenque, y entró con don Martín en la pieza.

El hombre, un gaucho pobremente vestido, con la cabeza envuelta en un pañuelo de algodón, que, con el sombrero gacho, disimulaba parte de sus facciones, dejando sólo brillar dos ojos pequeños y centelleantes, tenía, en conjunto, cara tan poco simpática, que don Martín, al momento, se acordó que, en los días pasados, había vendido quinientos capones, y que se los habían pagado en la puerta del corral, con un dinero que, justamente, tenía en el tirador.

Pero fue sólo cosa de un rato. Don Martín concedió al forastero licencia para desensillar, pensando que al fin, con cuidarse un poco, un hombre vale otro hombre. También puede ser que se resistiera su mente generosa de montañés piríneo a discutir, siquiera, la religión innata de la hospitalidad.

Le alcanzó el mate, y siguiendo él los preparativos de la cena, se fue a un rincón de la habitación, a sacar del cajón, la sal, sagrados

emblemas de la hospitalidad antigua.

En ese momento, sonó el estridente grito de la lechuza, al cual don Martín no hizo caso, mientras pasaba un relámpago en los ojos del gaucho. Otro grito igual se hizo oír, un rato después, y éste se estremeció.

Don Martín, incauto ya, seguía su trabajo de huésped atento, y, en el momento en que se inclinaba para agregar, para el forastero, una presa a la olla, rápido, se levantó éste -el huésped infame-, y, de un bolazo en la cabeza, volteó al pobre vasco. Este pudo todavía, aunque aturdido por el golpe, desnudar la cuchilla y acometer a su vil agresor; pero se encontró frente a dos más, emponchados, de cara tiznada, quienes, después de corta lucha, dieron con él en el suelo, acribillado a tajos.

Revolvieron el cajón, el catre; desataron el tirador de la cintura del cadáver, y apoderándose de su contenido, se lo repartieron, entre risas. Entre risas, se comieron el puchero, y arrastrando el cuerpo de su víctima hasta el pozo, entre risas, lo tiraron en él, de cabeza. Y burlándose de los aullidos del perro, que acostumbrado a cazar los pequeños bichos del campo, nunca había visto fieras, y no se atrevía a acercarse, montaron a caballo; y, cortando a tientas, en la obscuridad, todo lo que, de la majada, podía caminar ligero, se internaron, arreando su botín, en los espesos y desiertos fachinales de la Pampa.

A los cinco días, pasó por allí un vecino -vecino de a cuatro leguas-, y bajándose, entró a saludar a su amigo, don Martín. Pronto se dio cuenta de lo ocurrido; las pocas ovejas que quedaban, desparramadas; el caballo atado a soga, que no habían querido llevarse los malhechores, para no ser vendidos por la marca, quizás, y muerto de sed y de hambre; el perro, vagando, aullando tristemente y resistiéndose a acudir a su llamada; el tirador vacío, en el suelo; el revoltijo de cosas en el rancho, y, por fin, una alpargata

que, desprendida, había quedado en la orilla del pozo y le sirvió de indicio para adivinar que ahí era la tumba del pobre.

No extrañes hora, viajero, si alguna vez, a las horas del crepúsculo, al acercarte a un palenque para pedir hospitalidad, oyes a la mujer temblorosa insinuar al marido:

-¡Por Dios! Dile que no se puede, que no tenemos comodidades.

Día de reunión

Don Manuel Fulánez, dueño de «La Colorada», no sabía ya qué hacer para desviar hacia su casa de negocio la corriente poderosa de clientes de la acreditada pulpería la «Nueva Esperanza».

En vano, para tratar de amansarlos, había usado de todas las armas conocidas del oficio: les había comprado los frutos a precios disparatados, ofreciéndoles, en cambio, el azúcar a diez centavos menos de lo que le costaba en plaza.

Todo lo que había conseguido era de haber dado libreta a los que rechazaba el competidor, una punta de atorrantes, metedores de clavos; y, triste, comparaba su palenque desierto con el de don Juan Antonio Martínez, cuyos doce postes, en hilera, bastaban apenas para la mancarronada.

Salió un rato al patio, dando vueltas, juntando con el mingo, las ocho bochas desparramadas; alzó una botella vacía, tirada por algún mamado; de un puntapié hizo rodar a la zanja una caja vacía de sardinas, resto del almuerzo de algún pasajero, y recostado en el alambrado, aspirando con fuerza el aire vivificante de la Pampa, para limpiar sus pulmones del polvo de los estantes, hediondo a tejido engomado y a aguardiente adulterado, cavilaba en los medios de domar la Fortuna.

Cayó, al rato, su vista en la cancha de carreras, dos líneas paralelas, trazadas con la pala, entre el pasto, a tres o cuatro metros de distancia una de otra, y casi tapadas ya, por falta de uso; y una

luz genial alumbró los repliegues de su cerebro mercantil, momentáneamente obscurecidos por la mala suerte.

Quince días después, un domingo, por la mañana, cuando don Manuel abrió las puertas del negocio, vio, con una sonrisa de victoria, los caballos ensillados, atados, en número crecido, a pesar de la hora temprana, no sólo en el palenque, sino también a lo largo del alambrado. Una tienda de campaña, formada de un pedazo de arpillera tendido en las varas empinadas de un carrito, indicaba que hasta pasteleras habían venido de lejos, prueba evidente de que sería todo un éxito la reunión.

Y por las puertas apenas abiertas del boliche, se precipitó la gente, pidiendo copas, y galleta, y tarros de café, y cigarros, y tabaco, y fósforos, y esto, y el otro, en medio de alegre algazara.

Don Manuel y sus dependientes se movían, activos, y despachaban, atentos a recibir los pesos al entregar lo pedido, pues en día de reunión no hay fiado.

Nunca, todavía, se había visto tanta gente junta en la casa; y se oía el choque seco de las bolas del billar, y el rodar de las bochas en la cancha, y después de cada partido, era, en el despacho, una invasión de jugadores que venían a hacer pagar a los vencidos los gastos de la guerra.

No había tiempo de cerrar el cajón; los centavos y los pesos iban cayendo, que era una bendición; y cuando vino la hora en que los estómagos empiezan a reclamar la protección de sus amos, bajaron de los estantes las cajas de sardinas, de calamares en su tinta, de pimientos morrones, y otros productos europeos, conservados en latas para la exportación, mientras que, en papeles de estraza, se pesaban pasas de higo y pasas de uva, almendras y nueces, tajadas de queso, de dulce y de salame, a montones. Los dependientes corrían de la pipa del carlón a la cuarterola del vino seco, y de la damajuana de la caña al barril del coñac, sin tener tiempo siquiera para lavar los vasos.

La alegría iba subiendo de tono; las conversaciones se hacían más bulliciosas; las ponderaciones al picazo o al zaino se exageraban, y ya, sólo a gritos, se podía imponer al prójimo la convicción de que ese o el otro iba a ganar.

A las dos en punto empezaron las partidas de la carrera principal, objeto y pretexto de la reunión; el mostrador quedó desierto, y toda la gente se fue a juntar en la cancha: las apuestas se cruzaron, y hubo un momento largo de gran bullicio, de gritos, de llamadas; hasta que de repente, corrió la voz: «¡Ya se vienen!» quedando todo en un silencio ansioso, por un instante, durante el cual no se oyó más que el estrépito de la carrera, seguido pronto de los gritos desaforados que siempre acompañan la llegada a la raya.

Los rayeros eran gente formal; no hubo discusiones; entregaron el dinero al dueño de la carrera, y la gente, cada vez más excitada, volvió a la pulpería, a vaciar copas, a charlar, a discutir, fumando, riéndose, comiendo pasas y gastando la plata con liberalidad criolla.

Discretamente, se inició el partido de taba; y, poco a poco, empezó la vorágine del juego a poner en movimiento pesos y más pesos.

Se principia entre dos risas, por apostar cincuenta centavos al que tira o al que no, y se sigue, un poco más fuerte, cada vez, por amor propio, por despecho de haber perdido, por ganas de recuperar, por ambición de ganar más, y el cocinero, hombre vivo, con apariencia muy seria, sabe atizar el fuego:

-¿Vamos a ver, don Servando, qué hace? ¡Qué había sido miedoso!

Y el gaucho que tiene en mano la taba, en postura de tirar, la mira, callado, la hace dar vueltas al aire, tentadora; extiende el brazo, lo retrae, listo ya, pero sin apuro, esperando que don Servando se decida, y, por fin, lo envuelve a éste, con una mirada suave como terciopelo, fascinadora, y don Servando, tomando su resolución, como la toma el pájaro, al dejarse caer en las fauces de la serpiente:

-¡Cinco al que tira! -dijo. Y ganó.

Y jugó diez, y jugó veinte, y jugó cien, y perdió, y ganó, y sin saber lo que hacía, jugó lo que tenía, sin contar; se empeñó, pidió prestado al pulpero, le dio sus vaquitas en garantía; volvió a jugar, a ganar, a perder, tomó muchas copas, él, hombre sobrio, hombre de familia, blanqueando en canas, ordenado, que había formado su haber a fuerza de trabajo; y, después de la taba, hasta altas horas de la noche, quedó, febriciente, ciego, parado cerca del billar, al lado del coimero, jugando locamente al choclón; hasta que abombado, cansado, ebrio, arruinado como por un temporal repentino, fue a desatar del palenque su caballo, y se retiró.

La vorágine sigue dando vuelta. Los pesos de don Servando ruedan en ella, trayendo otros, y otros, y de todos los bolsillos van saliendo, cada vez más apurados, cada vez en mayor número.

Pero el dinero sacado del tirador para el juego, no vuelve al tirador; cambia ligero de manos, y al pasar de una a otra, siempre algo se resbala de la punta del torbellón, para el cajón de don Manuel Fulánez y de su coimero; hasta que, vacíos todos los tiradores y lleno el cajón, se acabe la reunión.

Usted es dueño, patrón

Don Lisandro era hombre prudente. Sabía lo que era poblar estancias; sabía que cualquier cosa, en el campo, cualquier trabajo cuesta un ojo de la cara y que si empieza uno a voracear, pronto se funde o funde al patrón, si trabaja por cuenta ajena.

Pero también sabía que para plantear un establecimiento, sobre todo en los tiempos actuales, hay que gastar buenos pesos, porque las necesidades son otras que cuando era muchacho, y que un rancho y un pozo bastaban. Por esto es que cuando el señor don Andrés Martín, por recomendación de un amigo, lo tomó de mayordomo y le encargó de poblar las cuatro leguas de campo que tenía en la pampa, no apuntó en la nota de lo que se necesitaba para ponerlas en condición de producir, más que lo absolutamente preciso: animales de las tres especies, en cantidad suficiente para poblar y dejar, al mismo tiempo, holgura para el futuro procreo; materiales de construcción: madera y hierro para casas, ranchos y un galpón; postes y alambre para algunos pequeños potreros indispensables y corrales; material para dos o tres aguadas urgentes; un carro y aperos para el traqueo; útiles y muebles para la primera instalación; en fin, todo lo de absoluta necesidad para empezar y nada más.

El señor don Andrés Martín, negociante en la capital, encontraba asimismo que se le iba mucha plata en un campo que tan poco le había costado, y que, sin tanto trabajo, hubiese podido ya vender con gran utilidad. Con todo, se conformó, y aunque con muecas,

compró, pagó y remitió todo lo que se le pedía, y hasta mandó dinero para abonar allá fletes, sueldos, acarreos y mano de obra: ¡la mar!

Pero desde luego le empezó a parecer que lo mismo que en su casa de comercio, todo lo debía ordenar él.

Sobre todo que ya sólo quedaba la estancia a cuatro leguas de una estación, y que, cualquier día, podía estar allá. Compró y mandó un breack; porque cuatro leguas a caballo, cuando uno nunca ha sido jinete, es penoso, y con el breack apareció él también en la estación. Don Lisandro, avisado por telégrafo, había traído caballos. De tiro, no tenía más que los del carro, pero el hombre hábil se remedia como puede, y don Lisandro era todo un hombre de campo. Por lo demás, modesto, respetuoso y formal; diestro para arreglarlo todo bien y sin bulla, con esa discreta autoridad que tanto sienta al que manda en segundo lugar y es sobre la gente de peso tan efectivo.

A don Andrés, por supuesto, todo le parecía más bien poco lo que, con tanto dinero, se había hecho. Los animales, largados en el campo, poco se ven, y mil vacas esparcidas entre las cortaderas parecen al pueblero que las ha pagado, bien poca cosa, sobre todo cuando hace poco que se han traído, que apenas han tenido tiempo de aquerenciarse; que todavía no ha nacido un ternero y que ni siquiera se puede aún pensar en tener un novillo gordo.

Don Lisandro explicó que el primer año es difícil sacar producto de un campo; que todo es entonces gasto y trabajo, sin provecho inmediato; y el señor Martín bien tuvo que conformarse. Pero volvió a la capital resuelto a tomar con mano firme, aun de lejos, la dirección y el manejo de sus intereses.

Y don Lisandro empezó a recibir tantas cartas, con tantas preguntas y tantas órdenes, que no le alcanzaba el tiempo para contestarlas. Era algo lerdo para escribir. No contenían las cartas, por lo demás, retos verdaderos; pero tampoco nunca aprobación de lo que hiciera. Si llovía mucho y que lo anunciara casi se le hacía

sentir en seguida que hubiese podido moderar la lluvia. Si, por el contrario, apretase la sequía, casi parecía extraño al amo que su mayordomo no pudiese hacer llover.

-Estamos escasos de pasto -decía éste.

-Sería bueno tratar de remediar esa eterna escasez de pasto -contestaba el señor Martín, como si hubiese pedido, mandando pesos, a algún corresponsal, una mercadería que le hiciera falta.

-El jagüel número 3 se ha desmoronado -escribía don Lisandro-. Lo estoy haciendo componer.

-Los jagüeles deberían estar hechos de tal modo que no se desmoronasen, pues así se evitarían muchos gastos -contestaba con severidad don Andrés.

-He tenido que volver a bañar las majadas porque se estaban picando mucho.

-Este segundo baño vendrá a costarme más de lo que va a dar -fue la contestación.

Y después de seguir así un tiempo la correspondencia, don Lisandro no se animó ya a hacer nada, aunque fuese lo más urgente, sin pedirle antes su parecer al patrón.

Pronto lo notó éste y quedó lo más satisfecho. Pensó que don Lisandro, al fin, se había dado cuenta de que él, como era lo más natural, entendía mejor que un simple mayordomo, un pobre gaucho, al fin, lo que se debía hacer y lo que no.

-El patrón es el que paga -decía-, y el patrón tiene que mandar.

Cuando se aproximó el tiempo de la esquila, don Lisandro escribió al señor Martín preguntándole en qué mes pensaba esquilar, para ir preparando todo con anticipación; y don Andrés, anhelando ver por fin un producto de su estancia, se apresuró a contestarle que inmediatamente, y que pidiese lo que necesitaba. Consultado, don Lisandro hubiese aconsejado esperar por lo menos un mes, por el peligro que siempre hay en apurar la esquila de majadas que no

tienen galpón, ni siquiera reparo; pero ya había aprendido a conocer al amo y se contentó con manifestar el deseo de que viniese a presenciar, siquiera por algunos días, el trabajo. Así podría salvar mejor lo que le podrían dar de responsabilidad en el asunto.

¡Por supuesto que iba a venir don Andrés!

Llegó. Había empezado la esquila desde hacía dos días. Era a principios de octubre y no faltaban vecinos que criticaran la ocurrencia de esquilar tan temprano. Pero los vecinos siempre critican. Asimismo, a fuerza de oír repetir que era una imprudencia, le entró a don Andrés algo de inquietud y pidió a don Lisandro, casi imperativamente, su opinión sobre si se debía seguir o suspender el trabajo.

El mayordomo se contentó con decirle que era «según y conforme», y que lo mismo podía venir mal tiempo más tarde como buen tiempo ahora, y que «él era dueño».

No le disgustó del todo a don Andrés la fórmula, y sin pedir más, hizo seguir el trabajo.

En la tarde del tercer día se armó en el horizonte una tormenta. Don Lisandro mandó dejar encerradas las ovejas recién esquiladas, cuando se dejó el trabajo. Pero don Andrés, conmovido por el padecimiento de esos pobres animales que estaban sin comer desde tantas horas, preguntó a don Lisandro por qué no las hacía largar de una vez.

-Patrón -contestó éste-, es que le tengo miedo a esta nube.

-¿Y qué importa esta nube? -replicó don Andrés-. ¿No ve que están muertas de hambre estas ovejas? Hágalas soltar, no más.

-Usted es dueño, patrón -contestó don Lisandro, y llamando al capataz, le dio orden de soltar las ovejas.

En la cara del capataz se pintó cierto asombro, y como vacilase:

-¿Qué hace?, pues, hombre -le gritó don Andrés-. Abra esa puerta.

-Usted es dueño -repitió el capataz, con algo de resignación y de sorna en la voz, y abrió el corral.

Las ovejas salieron, apuradas, y se extendieron a comer.

«Él es dueño, él es dueño», parecía que decían, balando con la boca llena.

Don Andrés estaba también mascullando algo como: «Claro que soy dueño; claro que soy dueño».

Pero como viniera creciendo mucho la gran nube negra aquella, empezaba poco a poco a pensar en el modo tan peculiar con que don Lisandro, primero, y después el capataz, le habían contestado ambos:

-Usted es dueño, patrón.

Y cuando empezó a tronar y a llover a cántaros, con un viento que se lo llevaba todo por delante, y que al ratito, no más, antes de que las pudiesen atajar, vio disparar las ovejas recién peladas, hasta quién sabe dónde, dejando el tendal de tullidas, se sintió invadir como por una duda de que fuera siempre muy ventajoso el ser dueño.

De vez en cuando, había escrito a don Lisandro -bien se acordaba- que se atuviese siempre «estrictamente», «al pie de la letra», a sus órdenes; y ahora le parecía que quizá había hecho mal, y que no siempre salvaguarda bien sus intereses la sola autoridad del dueño.

Quedó pensativo.

Al día siguiente, pasó con don Lisandro cerca de una de las aguadas y vio que funcionaba mal el molino. Crujía, gritaba, giraba mal, y la bomba casi no sacaba agua.

Iba a hablar; pero se acordó que a un pedido de aceite de don Lisandro había contestado que no mandaba más, porque lo habían gastado muy ligero; y se calló. Don Lisandro tampoco dijo nada. Con el molino se entendía: éste chirriaba, gruñía, y el mayordomo, a media voz, le contestaba:

-Pedile aceite al dueño.

Al pasar por una loma, cerca de la cual había un puesto, don Andrés dijo a don Lisandro:

-Tengo ganas de poner una majada más, aquí.

-Usted es dueño -contestó el mayordomo.

-¿Usted no lo haría, don Lisandro?

-Yo no -contestó éste-, pero usted es dueño.

No insistió don Andrés; pero quedó entre caviloso y rabioso.

Un poco más lejos, al ver muy pastoso un potrero que don Lisandro tenía reservado para cuando separase los novillos, exclamó don Andrés:

-¡Qué potrero lindo! ¿Por qué no le echa las vacas, don Lisandro?

-Bien, patrón; usted es dueño -contestó el mayordomo.

Y rabió, otra vez, don Andrés; pero quedó callado. No se daba del todo cuenta del por qué no hubiese don Lisandro puesto una majada más en aquella loma, ni echado las vacas al potrero ese tan pastoso; ni tampoco se animaba a preguntarle sus motivos, porque le hubiese parecido que se rebajaba, pero sospechaba que los tendría, y de peso, para opinar con tanta firmeza, aunque agregase ese molesto: «Usted es dueño».

Poco a poco, el temor de comprometer por su ignorancia de las cosas del campo -que ya empezaba, a pesar suyo, a confesarse- los intereses de la estancia, venció su amor propio de dueño; y cuando, al pasar cerca de un pequeño alfalfar, donde se destetaban, sin sufrir, unos terneros, preguntó a don Lisandro por qué no los echaba más bien al campo, éste le contestó:

-Si gusta, patrón; usted es dueño -ya se le fingió enfadado.

-¡Oh! déjese usted, don Lisandro -le dijo-, de su «usted es dueño» que me fastidia. Explíqueme más bien las cosas, hombre, para que las entienda.

Don Lisandro era muy buen hombre y no quiso abusar de su victoria. Explicó a su patrón muchas cosas que éste no sabía, sobre manejo práctico y racional de las haciendas en un campo, y don Andrés, convencido ya de que sus intereses estaban en muy buenas manos, cuando consultaba con don Lisandro sobre algún punto dudoso para él, y que éste le decía: «Usted es dueño»:

-Sí... -contestaba en el acto-, de hacer barbaridades. Bueno, don Lisandro, haga usted como si fuera dueño.

Cosas de antaño

¿De antaño?... no tan viejas: apenas treinta años. ¡Pero Chivilcoy -y todo, en la República Argentina- ha cambiado y crecido tan rápidamente! A más, en la vida de un hombre -y aunque le parezca poco, cuando mira por atrás-, treinta años es un tirón; y de antaño, pues, bien le podemos decir al Chivilcoy de entonces, pobre pueblito de cuatro calles mal pobladas.

Pueblo glorioso ya, sin embargo, no por haber visto, como tantos otros, su suelo regado por la sangre derramada en alguna batalla célebre, sino por haber inspirado palabras entusiastas y proféticas a Sarmiento, quien, en los campos de oro del trigo colonizador, acariciados por el pampero asombrado, veía, con razón, la más poderosa barrera contra las incursiones del salvaje.

En aquellos días fue, nos contaba el viejo Simeón Montes, cuando conoció él a Carpio Caro. Era todo un tipo lindo: hombre alto y fuerte, hábil en todas las faenas del campo, luciendo siempre ricas prendas de plata; un gaucho elegante, hermoso y simpático. Cuando en Chivilcoy se empezó a sembrar trigo, se empleó en la trilla, con su hijo mayor, y las yeguas que tenía: eran pocas, una manada o dos, que cuidaba en un puesto donde vivía con la familia. De año en año, aumentando la producción, Carpio Caro aumentó también el número de sus animales y llegó a tener dos mil yeguas, y a ganarse ampliamente la vida.

Pero tanta yeguada ya necesitaba mucha extensión, y no la podía tener en el puesto, pues se tupía mucho la población, allí; por suerte, el campo era lo que menos faltaba, y pastoreaba su inmensa manada en plena Pampa desierta, llevándola, con toda osadía, hasta donde merodeaban continuamente los indios. A éstos no les tenía miedo; era amigo de ellos, casi compañero; hablaba su idioma, les prestaba servicios; más de una vez, les habla servido de lenguaraz, y por sus buenos oficios, había desviado malones a punto de largarse, haciendo dar oportunamente a los indios dos o tres centenares de vacas por los hacendados más expuestos. Nunca tampoco les negaba algunas yeguas, cuando los apuraba el hambre, y todos lo respetaban, llamándolo con sinceridad: «cristiano amigo».

Terminada la trilla, se llevaba despacio las yeguas, cansadas y enflaquecidas, hasta cien leguas y más, en pequeñas jornadas, haciéndoles desflorar los pastos otoñales de la Pampa. Se internaba, hasta llegar donde, hoy, se juntan, en un punto común, rebosando de vida, las tres provincias de Santa Fe, Córdoba y Buenos Aires, en la llanura más llana con que se pueda soñar. ¡Qué triste, entonces, y qué solitaria debía de ser!, únicamente animada, a veces, por la disparada rápida de los pocos avestruces, venados y baguales que en ella se buscaban la vida, asustados por algún movimiento inusitado. Allí pasaba el invierno, en una cueva cavada en cualquier parte, esperando que la primavera volviese a hacer engordar las yeguas y a devolverles las fuerzas necesarias para emprender de nuevo el trabajo anual de la trilla del trigo.

Nunca faltaba; y los agricultores de Chivilcoy, una vez sus trigos emparvados, lo esperaban con la misma confianza con que habían esperado el verano y la siega.

Un año, pasaron los días, pasaron los meses, sin que apareciera en el horizonte, creciendo con rapidez, al acercarse galopando, el gran arreo de las yeguas de Carpio Caro. Los colonos tuvieron que ocupar a otros trilladores, y, mal que mal, se hizo el trabajo; pero muchos se perjudicaron por la demora, y, el año siguiente, empezaron a traer algunas trilladoras a vapor.

De Carpio Caro, de su ausencia, de su desaparición, durante algún tiempo, se habló, por supuesto. La familia trató de conseguir noticias, pero todo fue en vano, y ni de él, ni de su hijo, ni de sus dos mil yeguas se volvió a saber nada; hasta que todo cayó en el silencio, en el olvido.

Ocho años después, se empezaron a poblar los campos extensos y desiertos, desalojados ya definitivamente por los indios, y el dueño de un gran retazo de Pampa, al recorrerlo, encontró, por casualidad, cerca de una laguna grande, dos esqueletos humanos, cubiertos todavía de ciertas prendas de plata, que hicieron conocer estos restos por los de Carpio Caro y de su hijo.

¿Cómo habían muerto? Nunca se supo. Crimen, no fue: no los habían despojado; algún descuido, quizá; los caballos que disparan y desaparecen; ¿o alguna fiera?, puede ser; ¿la viruela?, ¿un rayo? No se sabe, ni se ha sabido nunca, ni se sabrá jamás. ¡Hay tantos medios de morir!

Y Simeón Monte, con la vista fija, como si mirase en el pasado todo lo que había visto desaparecer, agregó:

-Habría quizá comprendido que ya era tiempo que cediesen el paso las yeguas a las trilladoras, lo mismo que había hecho la hoz a la segadora.

¿Y no tuvimos que hacer lo mismo, nosotros, dijo, cuando se extendió el ferrocarril, con nuestras inacabables tropas de treinta y cuarenta carretas tucumanas, que iban en fila, tiradas, cada una, por ocho, diez, veinte bueyes, haciendo rechinar sobre sus ejes las toscas ruedas de madera maciza, formando el cuadro, en las paradas, para rechazar los ataques de los indios?

¿Y con nuestras arrias de centenares de mulas, que bajaban de San Juan y Mendoza, cargadas de lanas y de semilla de alfalfa, para volver, meses después, con mercaderías de todas clases?

Nos contó también, el viejo Simeón, los sustos que, cuando tropero, había pasado, y las pérdidas sufridas, cuando, para salvarse de los indios, no había más remedio que de arrear, disparando, las mulas desnudas, dejando tirada toda la carga.

Entre sus historias, hubo una, bastante enredada, de cierta sorpresa y del consiguiente pánico, que tuvo por teatro la travesía de La Carlota a San Luis, en la cual, una tropa, según él, abandonó, para huir, su carga de artículos de almacén y de botica, llegando después otra, que cargó con los restos del saqueo. Nunca pudimos aclarar muy bien qué tropa conducía don Simeón; si la que fue pillada o la que recogió el botín; prefería, al parecer, esquivar las preguntas al respecto; ignoraba los detalles; no sabía si los indios habían sido de la gente de tal o cual cacique, o si sólo, gauchos malos; pero sus ojitos de zorro viejo brillaban tanto que quedaba uno pensando, al oírlo, que el desierto debió de conocer y guardar para sí, curiosas y tremendas historias, a veces.

Juegos de azar

El muchacho remitió a Fulánez un papelito todo arrugado y borroneado con lápiz, que decía: «Don Manuel, sírvase usted remitirme un kilo yerba, un kilo azúcar, una docena fósforos, cuarto kilo tabaco alemán, del bueno, si hay, un atado papel Duc, un litro vino francés y veinte pesos en efectivo».

-Me gusta esta gente -rezongó don Manuel-; mandan pedir fiado por tres pesos de mercadería, y lo pechan a uno por veinte pesos. ¿Para qué necesitará veinte pesos don Agustín?

Y discretamente lo iba a indagar del muchacho, cuando se acordó que, al día siguiente, que era domingo, había reunión en su casa, y comprendió que los veinte pesos, siendo destinados a ser pedidos por su dueño, y gastados ahí mismo por el que los ganara, ningún interés podía tener en negárselos.

Hizo, pues, despachar lo que pedía don Agustín, y le entregó los veinte pesos al niño, prendidos de la libreta, con un alfiler.

Apenas se había dado vuelta que entró don Benjamín, cuya libreta, ya muy pesada, le daba pocas ganas de seguir sirviéndolo, y cuando, después de haberlo saludado y pedido la copa, para darse una postura, el hombre lo llamó aparte con la frase consagrada: «Me permite una palabra, don Manuel», no pudo éste hacer menos que murmurar: «Pechada, a la fija».

Efectivamente era: el paisano le venía a pedir, por favor, que le prestara diez pesos, porque tenía a la suegra muy enferma, y que la iba a tener que llevar al pueblo para hacerla ver, pues doña Simona la desahuciaba. Se resistió Fulánez y sólo fue después de un largo debate que le aflojó cinco pesos, haciéndole sentir toda la magnitud del sacrificio, la magnificencia de su munificencia, y lo profundo que tenía que ser, desde ya, su agradecimiento.

-Si estos diablos, para pedir plata, son tremendos -decía entre sí Fulánez-; siempre tienen alguna suegra enferma, o la mujer por morirse, o una criatura que enterrar, cuando le toman el olor a la taba.

Don Benjamín se iba, mientras tanto, con los cinco pesos en el tirador, calculando que si le favorecía la suerte, lo primero que haría sería de saldarle la libreta a Fulánez, para no pisar más en la casa de ese sinvergüenza que, desde tantos años, lo venía explotando.

Y todos los vecinos de por allá, cercanos y lejanos, pequeños hacendados y pobres peones, gauchos jornaleros y nómadas, o puesteros de estancias y mensuales, todos se iban preparando para la fiesta del día siguiente. Carreras debía de haber, como siempre, y no faltarían parejeros improvisados para hacer correr. Pero las carreras no eran más que el pretexto, siendo más bien el objeto verdadero de los preparativos el buen partido de taba, durante el día, y de choclón, a la noche, en que todos se prometían tomar parte.

En lo de Fulánez, no había peligro de sorpresa, como en otras partes: se sabía que él era muy amigo con el comisario. Algunos decían -en todas partes hay malas lenguas- que a éste se le daba parte de la coima.

Lo cierto es que, aunque estuviese presente la comisión, y por tal que no hubiese bochinche, ahí se jugaba con la misma libertad que en cualquier ruleta de pueblo veraniego.

Y los preparativos, por consiguiente, consistían, para todos, en juntar pesos.

Los peones y los puesteros pedían a sus patrones, algún valecito para la esquina, y con los patrones, encontraban pichinchas fáciles los acopiadores de frutos que consentían en dar alguna seña buena por cueros a recibir.

Pobres pesos, ganados sin mucho trabajo, quizá, pero tan escasos, tan necesarios que da lástima verlos condenados al matadero, cuando tan bien se podrían emplear en mejorar la precaria vida de la familia.

Bastante gente se juntó en la rueda, cuando el coimero, de su alcancía de lata, sacó las fichas, y las empezó a repartir, en cambio de buenos pesos.

Mozo serio, el coimero; muy ponderado entre el gauchaje, como formal y recto. Con él, nunca había discusiones; no se solía equivocar en las cuentas, y siempre, a cada uno, daba lo que le correspondía. Por lo menos, así lo decían todos, y tan bien lo creían, que su mirada fría y su palabra algo cortante convencían pronto al que dudaba, que él era que no sabía contar.

Tampoco jugaba nunca; ¿por qué habría jugado, si, con la coima, ganaba sin riesgo?, sin contar que, entre los jugadores, estaban unos hermanos de él que siempre se retiraban con el tirador forrado.

Entre la concurrencia estaba don Benjamín, y cuando Fulánez le preguntó por la suegra, no extrañó que le contestase que andaba muy mejorada.

Parados, sentados en el suelo, en cuclillas, todos seguían con ojos ansiosos los movimientos de la taba. Poco a poco, se iban retirando los a quienes la suerte adversa había dejado pelados. Eran los pobres imprudentes que, teniendo poca galleta, se la habían tragado de un bocado: en la rueda quedaban los más ricos, a quienes no podían voltear, así no más, algunas paradas desgraciadas, y los pobres prudentes o suertudos, que sabían manejar sus pesitos para, siquiera, hacerlo durar más tiempo.

Don Benjamín no era de éstos; no era hombre vivo, ni suertudo, y pronto se tuvo que ir al mostrador, donde se le vino a juntar don

Agustín, y pronto se empezaron a consolar con algunas copas.

Y cuando don Agustín se hubo retirado, don Benjamín trató en vano de conseguir de Fulánez otros cinco pesos, para volver a jugar, con la esperanza, siempre, de ganar la cantidad bastante crecida que necesitaba para saldarle de una vez la libreta y no pisar más la casa de ese sinvergüenza que, desde tantos años, lo explotaba.

Fulánez se los negó y don Benjamín entonces, con la tranca, le dijo, con franqueza, por qué los quería, y se lo dijo en los mismos términos que tenía grabados en la cabeza. Pero Fulánez, por tan poca cosa, no se formalizaba, y riéndose, se fue a preparar el billar para el choclón nocturno, el gran recurso para hacer salir los últimos pesos de los tiradores recalcitrantes.

Acriollado

Bajo los sauces, el asador estaba plantado, frente a la puerta de la cocina de los peones, y éstos -cinco o seis gauchos- en cuclillas, unos, otros parados, con el cuchillo en una mano y un pedazo de carne en la otra, acababan su frugal almuerzo, antes de ir a dormir la siesta.

De repente, los perros, fieles cumplidores de su deber, heroicos, dejaron, sin vacilar, los huesos que estaban royendo y se abalanzaron, ladrando, hacia la tranquera. Un jinete se acercaba despacio, al tranco, después de haber arrollado su tropilla de overos, a corta distancia.

-¿Quién será? -dijo uno de los peones.

-Algún resero -contestó otro.

-O algún campero que viene a pedir rodeo.

-No debe de ser; anda demasiado paquete.

-Ese es un forastero que pasa, no más.

Y todos los ojos, ávidos, escudriñadores, se apoderaban de su persona, calando, curiosos, con sus miradas agudas, al que llegaba, como para penetrar en el secreto de quién podía ser, de dónde podía venir, de su edad, de su profesión, pero no de su nacionalidad, que no parecía dudosa. Por poco, hubieran tratado de adivinar cuánto dinero traía en el bolsillo y qué ideas encerraba su cabeza, y qué sentimientos su corazón.

El jinete se aproximaba y ya se le podían detallar las facciones. Hombre de treinta años, al parecer, de alta estatura, de anchas espaldas y cintura delgada, airoso, gallardamente sentado en el recado, el cutis bastante tostado, pero no tanto que no relucieran en él, en parte, unos reflejos rojizos, y, en la barba, algunos pelos dorados, que lo hicieron, al momento, notar por rubio.

No contradecía la filiación el color de los ojos azules como los hay pocos en la Pampa, y si, por su lado, sondeaban éstos las fisonomías, era sin deslizar la mirada, sino fijándola bien, como un foco de luz radiante y clara, a la vez que benévola.

El ala ancha del sombrero se levantaba -un tanto compadrita-, sobre la frente alta y blanca, descubriendo una nariz aguileña que daba a toda la cara aspecto de muy resuelta decisión.

-Buen gaucho lindo -dijo uno-; ¿de dónde será?

Y realmente que era lindo gaucho el que venía. Todo, en él, anunciaba el hombre de campo formal, que toma a lo serio su oficio, y lo lleva escrito en todos y cada uno de los detalles de su atavío. Garboso era en el vestir, y no desprovisto de cierto lujo, pero sin la menor nota chillona. Usaba chiripá de paño negro y llevaba poncho de color, pero las anchas rayas eran de matices apagados, sin nada que llamase la vista o turbase el ojo.

Las botas de vaqueta eran botas de trabajo, fuertes, y sólidas, que no debían su elegancia más que a la sola forma del pie, sin que ningún bordado estrafalario indicara, como suele suceder, dolorosas pretensiones artísticas. El mismo pañuelo, flotante en el pescuezo, si bien era de género rico, no cantaba su precio con colores a gritos, y el cuchillo de cabo de plata pasado en el tirador, era sencillo y cortador.

Y cuando, después de haber pedido licencia, se apeó, los gauchos que lo seguían estudiando, mientras ataba con cuidado su caballo al palenque, pudieron comprobar que el hombre venía tan bien armado y montado como bien vestido, y que no sólo era gaucho correcto, sino también completo.

El overo, gordo, sin ser pesado, ni tampoco con formas de parejero, demostraba bien ser el caballo ideal de trabajo que sueña tener, para lucirse en el rodeo, todo gaucho, y que pocos, en realidad, saben, si no adiestrar, por lo menos conservar en sus buenas condiciones: bien tuzada la crin, en la forma que presentan a menudo los caballos de las antiguas esculturas romanas, lo que hacía más salientes las orejas; la cola larga, sin exageración, y primorosamente peinada; sanito de manos y patas, llevaba en el lomo un recado bien completo, confortable y adecuado, por su composición, a la conservación del caballo y a las necesidades del amo.

El lazo trenzado, el bozal y el rebenque, las riendas y la cincha, todo bien trabajado, fino y fuerte, anunciaban que el hombre sabía como nadie lo que era bueno y lindo; y cuando, sentado en el fogón, contestando a una pregunta, dijo a los peones, ofreciéndoles un cigarro negro, que él mismo fabricaba sus huascas, corrió entre los gauchos un pequeño murmullo de admiración.

Se supo que era mayordomo de una gran estancia lejana, y que iba para dentro, llamado por su patrón, a recibir y poner en marcha una hacienda destinada al establecimiento que manejaba. Como era el hombre de conversación chistosa y entretenida, que no le corría mayor prisa y no le disgustaba dejar descansar un poco la tropilla, y como, por otra parte, el patrón de la estancia no estaba y sólo volvería tarde, el día siguiente, le hicieron fuerza para que se quedara.

Consintió; ayudó a carnear una res y a desollarla, luciendo su habilidad; y se pasaron lindamente las horas, escuchándole cantar, acompañándose con la guitarra, sentidos versos criollos, coplas de amor y de pelea, quejidos contra la suerte y alabanzas de la mujer querida.

-¡Gaucho lindo! -repitió despacio uno de los peones al capataz.

-Sí -dijo éste-, un santiagueño viejo, astuto y desconfiado.

Pero, ¿será que tiene un pelo en la lengua que no puede decir erre?

Y dirigiéndose al forastero, le dijo:

-Seré cúúrioso. ¿De qué próóvincia es usted? díígame.

-De Suiza -contestó sencillamente el gaucho.

Y para celebrar la Pampa aquerenciadora que se lo había asimilado tan bien, y -fuera de un detalle, de por sí inmutable-, sin que una sola pincelada exagerada o torpe hiciera desmerecer la obra, preludió con la guitarra y cantó, en versos criollos, unas décimas a las nevosas y verdes montañas de su tierra, que, muy joven aún, había dejado, para venir a ver si la Fortuna había emigrado a las llanuras.

Jirones de Pampa

Allá por los 1880, don Pedro Arce, recomendado a un señor Labat, tendero, que quería poblar ocho leguas de su propiedad, en el sur, se había costeado hasta Buenos Aires, y había recibido de su nuevo patrón instrucciones para comprar dos mil ovejas y quinientas vacas, con que debía instalarse en el campo, cuidándolas al tercio del producto.

Para don Pedro Arce, hombre de mucha familia y de ningún capital, era inesperada ocasión, y después de haber ido a conocer el campo que le destinaban, cosa de unos quince días de galopes, compró la hacienda, conchabó peones y la arreó, llevándose en el carro los trastes y la familia.

Y los años habían pasado: ¡siete!, sin que nunca se decidiera su patrón a emprender el viaje, para venir a ver sus intereses, a pesar de las muchas ganas que, de vez en cuando, escribía tener de hacerlo.

Pero ya una galera pasaba por allí, y esta vez, el anuncio fue formal: se venía, no más. Don Pedro Arce arregló el rancho como para recibir dignamente al dueño del campo, y compró en la pulpería un catre, dos sillas, media docena de platos de loza, tres vasos y varios otros artículos que, aunque siempre lo hubiera pasado perfectamente sin ellos, le parecieron de repente indispensables. Así cunde la civilización creando necesidades.

Y don Juan Labat llegó. Poco sabía andar a caballo, habiendo sido siempre tendero, de profesión, pero don Pedro tenía mancarrones mansos, y todo anduvo pronto muy bien. La novedad, el aire vivificante de la Pampa, tan embriagador siempre, en su propiedad, para los pulmones del dueño; el cansancio producido por los galopes y las recorridas, el apetito formidable que se apodera, al aire libre, del pueblero de buena salud, todo le hacía encontrar al señor Labat, blanda la cama, rica la comida, suntuosa la casa; y gozaba, al tratar de contar -cosa todavía imposible para él-, las ocho mil ovejas y las dos mil vacas que ya poblaban el campo, sin haberle dado más trabajo que el de pagar, al principio, algunos miles de pesos, vueltos a cobrar, desde entonces, unas cuantas veces, en lana, novillos y capones.

El único cálculo que entibiaba algo su placer era que la parte que tenía que entregar a don Pedro Arce por su tercio, fuera ya de 500 vacas y 2.000 ovejas, justamente el capital primitivo; y esto, aunque fuera el trato, le hacía cosquillas, porque está bien, ¿no es cierto?, que uno gane algo con su trabajo, pero ganar tanto, ya era por demás. Sobre todo que Arce había tenido su tercera parte de los otros productos. Bien reconocía que vivir en el desierto presenta sus peligros y sus sinsabores; pero esta gente está acostumbrada. A más, el capital de uno está muy arriesgado: supóngase que con él se haya mandado mudar el Pedro Arce, éste; en siete años, no hubiera sido muy extraño: esos gauchos, a veces... Pero Pedro Arce no se había mandado mudar; había cuidado bien y dado buena cuenta... Con todo, 500 vacas y 2.000 ovejas, amigo, es todo un capital.

Otra idea que, aunque atropellara, difícilmente entraba de lleno y con claridad, en la mente del señor Labat, a pesar de haber él recorrido ya bastantes leguas en su campo, era la de la extensión real que representaban las veinte mil hectáreas de que se encontraba dueño. ¡Veinte mil hectáreas!, no se da así no más cuenta cabal de lo que son, quien, en su tierra, hubiera considerado como sueño irrealizable, la posesión de un tablar de repollos.

Sentado, a la tarde, en un banquito de madera, bajo el alero de paja del rancho, saboreando el mate campestre, contemplaba la puesta del sol en sus dominios, con algo, en los ojos, de la mirada conquistadora de Carlos Quinto, y celebraba, en su interior, la magnitud de su inteligencia, atribuyendo a un pensamiento profético todo el origen de su fortuna.

No se quería acordar, o sencillamente se había olvidado, del trabajo que, en 1876, le había costado a un amigo suyo, simple corredor que sólo quería ganar su comisión, el convencerle que tres mil doscientos pesos fuertes, pagaderos en cuatro cuotas anuales, no eran nada, en el estado próspero de los negocios de su tienda, y que ocho leguas de campo, algún día, representarían un gran valor.

Tentado a veces, otras asustado por el compromiso, al fin cansado de luchar, había aflojado los ochocientos pesos de la primera cuota, remitiendo sólo seis mil francos y una mentira a su comisionista en París, en vez de los diez mil que le había prometido. Y después había luchado, economizado, con la idea no sólo de acabar de pagar el campo, sino también de poblarlo; a los tres años, lo había podido hacer, y esto lo había salvado de la tentación, fatal para muchos, y que no le faltó, en el curso de los años, de volver a vender la tierra, engañados por las apariencias de una soberbia realización.

No se acordaba que después de haber hecho el primer pago, cuando, atrasado en sus vencimientos, recibió de París cartas amargas, había tratado veinte veces, sin resultado, de deshacerse, perdiendo, de lo que él y los demás llamaban su clavo.

Fue entonces que, avergonzado de haberse caído en una trampa, imitó al zorro rabón, aconsejándoles a todos sus amigos de comprar también algún lote.

Pero los amigos se reían, se burlaban de él; le demostraban que era un robo del Gobierno, que las leguas eran sólo de dos mil quinientas hectáreas, en vez de dos mil setecientas que tenían las leguas españolas; que nunca se acabaría con los indios, y al fin, que debían de ser tierras inservibles.

Uno solo, uno, un peluquero que nunca había ido más allá de Morón, se dejó tentar y compró cuatro leguas, colocando así sus ahorros como quien toma un billete de lotería, cerrando los ojos y haciéndose retar en grande por su mujer.

Otro, más rico, quiso también hacer algo, pero en mayor escala, y hombre prudente, comisionó a un hacendado conocido suyo, criollo viejo de la Pampa, conocedor, como ninguno, de lo que era campo. Fue éste, con dos peones y una gran tropilla de caballos, recorrió la comarca indicada y volvió completamente desengañado, decía, asegurando que, para él, todo ese territorio no valía nada, que ni en cien años se iba a mejorar tanta puna; que las lagunas eran saladas, que había muchos médanos, que hasta las perdices eran flacas, en fin, que sólo un infeliz se podía meter en ese desierto.

Singular aberración, común, en aquel tiempo, a casi todos los hacendados que, en vez de ser los primeros en aprovechar la única y espléndida oportunidad, dejaron caer esas tierras en manos profanas de especuladores, que, sin haberlas visto jamás, sacaron de ellas, sin trabajo, fortunas enormes, inmerecidas. Por supuesto, se retiró el candidato prudente, ante semejantes informes, y compró cédulas, burlándose más que nunca de su amigo Juan Labat.

Apenas cinco años más tarde, vio llegar éste hasta su campo un ramal de ferrocarril que centuplicó su valor; y calculando que ya el jirón de pampa, ayer inculto y desierto, estaba en vísperas de hacerse un verdadero condado, se apresuró -con razón- en rescindir su contrato con Pedro Arce.

Patriarca

-La bendición, tata.

-Dios te haga bueno, hijo.

-Tata, aquí está un señor que dice que quiere hablar con usted.

El anciano, gaucho alto y fornido, de ancha barba blanca, erguido todavía, en su traje criollo, a pesar de sus 80 años, se levantó de la silla de paja, desde la cual, en el umbral de la puerta principal de la casa, seguía con cariñosos ojos, algo velados ya por el crepúsculo de la noche eterna, cuya hora paulatinamente se acercaba, los infantiles juegos de la cuarta generación de su sangre.

-Pase usted adelante, señor -le dijo al visitante-, y tome usted asiento. Marianito, tráete una silla. Ana, un mate.

Y el forastero, comerciante del Azul, introducido por el hijo menor del anciano, hombre ya de veintiocho años, se acercó, saludó, se sentó, y, ofreciendo al viejo un cigarro, prendió otro y empezó a fumar, callado, pensativo, y como cortado.

Es que la sola vista del patriarca, el aspecto de la modesta morada, repleta de familias, desbordando de muchachos de todas edades, hormigueando de humanidad, le hacían súbitamente parecer como peregrina la idea que había tenido de venirle a proponer al viejo don Ceferino La Cueva de comprarle el campo.

Y no se atrevió a hablarle de lo que, en realidad, lo había traído, comprendiendo que al roble secular no se le cambia de sitio. Se

contentó con preguntarle por el precio que iba a pedir por la lana, cuando hubiera esquilado; si tenía cueros para vender, y otras cosas por el estilo, que el viejo le declaró que ya no eran de su incumbencia, sino de la de su hijo menor, Anselmo, ahí presente; él era quien hacía de mayordomo y corría con la administración de los bienes de la familia, por ser el que mejor entendía de cuentas, habiendo tenido la suerte de nacer cuando se empezaron a fundar escuelas.

De los otros catorce hijos que le quedaban vivos, algunos se habían desparramado, un poco en todas partes; muchos ocupaban puestos en el mismo campo, cuidando a interés haciendas de su propiedad; otros se habían ido a buscar la vida en las estancias vecinas, de capataces, unos, de mayordomos, dos o tres, y hasta de peones, los que más no habían podido. Al fin, a todos y a cada uno les había proporcionado parte de lo que Dios le había dado, según los tiempos y las circunstancias, soltándolos a todos, a medida que las alas les iban creciendo y ayudándolos siempre, según sus propias fuerzas.

Y seguían ellos haciendo lo mismo con sus propios hijos, numerosa prole que se extendía en los campos adyacentes, con diferentes condiciones de fortuna, de tal modo, que un solo pulpero de los alrededores tenía dadas a personas del mismo apellido «La Cueva», ¡treinta y ocho libretas!

-Y ¿cuántos años hace que está usted en este campo? -preguntó el comerciante.

-Cuarenta, más o menos. En el sesenta, el patrón, en casa del cual me había criado y estaba yo de capataz, y que era hombre de posición, me hizo conseguir del Gobierno esta suerte de estancia, tres cuartos de legua, que valían entonces poca plata, como pajonales que eran y siempre expuestos a algún malón de los indios.

»Tenía bastante familia, y ya que, a pesar de lo poco segura que era entonces la vida, había podido escapar a la muerte, tanto en las guerras civiles que presencié, como en las expediciones contra los

indios que me tocó hacer, juré que, sosegado ya, de aquí no salía más.

»Y así fue. Tampoco tenía mayor ambición que criar la familia que Dios me mandara. Me la mandó, señor, numerosa, como usted ve. Cuando murió mi pobre finada -que en paz descanse-, en el 82, teníamos ya treinta y cinco nietos.

»Los haberes, es cierto, aunque todavía pocos, iban en aumento; las haciendas empezaban a tomar bastante valor, y el campito, refinado, podía soportar otra cosa que las cuatro mil ovejas y las mil vaquitas de antaño. Pero, señor, una familia tan larga come y gasta, y pasaron, hace mucho, los tiempos en que los terneros nacían de las pajas, y en que la carne sobraba.

»Aunque comprendo lo que es el progreso, encuentro que los campos están ya por demás tupidos de gente; y me es difícil no echar de menos el tiempo en que, para hacerse de un lazo bueno o de una cincha blanca, había que andar poco, antes de encontrar algún animal de marca desconocida que se lo proporcionara.

-Pero también, señor, insinuó el visitante, justamente por esa población, es que su campo hoy vale una fortuna. Mire que son dos mil veinticinco hectáreas, que representan, por lo menos, cincuenta pesos cada una.

-No sé, señor, lo que valdrá, ni quiero saberlo. No entiendo de hectáreas, y sólo sé que son mil doscientas cuadras bien pobladas de hacienda, y donde pueden vivir, con sus familias, todos los de mis hijos que así lo quieran. Cuando descanse yo en la tierra, los muchachos se arreglarán. Dicen que será difícil porque son muchos, y que algunos han muerto, que otros andan desparramados; pero, entre mis nietos, no dejará de haber alguno capaz de componer las cosas, y de tratar de que puedan echar raíces algunos, siquiera, de los retoños, en el sitio donde vivió tanto tiempo el árbol viejo.

¡Cuán pocos han sido, en tierra argentina, los árboles así clavados en el suelo, bastante arraigados y firmes para conservar intacta, a través de los años, la cuna familiar, salvándola de la destrucción que,

para el gaucho pobre, siempre han traído consigo los vicios, la dejadez, el despilfarro y las trampas!

Apodos

Mal muchacho no era el amigo Baldomero; bastante buen trabajador; esquilador asiduo, conchabándose por día para trabajos de corral, cada vez que lo podía; experto en el manejo del lazo y jinete cual el mejor.

Hubiera podido, por cierto, tener muchos amigos, pues era de figura simpática, liberal y generoso; pero tenía la maldita costumbre de nunca dar a nadie el nombre o apellido que, por ley o casualidad, le hubiera caído en suerte, y hasta a los animales los designaba por apodos. Esto, por supuesto, lo hacía mirar de rabo de ojo por todos los compañeros: uno, porque ya sabía qué apodo le había metido, otro, porque, sospechando que no podría escapar, le tenía miedo. Con razón; pues, no tratándose de reyes, poco suelen los apodos alabar las cualidades, y más bien, al contrario, tratan de poner de relieve los defectos físicos o morales de la víctima.

Menos trabajo cuesta conocer de qué pierna cojea un hombre, que penetrar en su pensamiento, y fácilmente cree uno que, con señalar la tara que rebaja al prójimo, aumenta el peso de su propio valor; algo se consuela el pobre, el inferior, el ignorante, de su pobreza, de su inferioridad, de su ignorancia, con llamar al rico «Galgo bayo» si es un inglés flaco, o al patrón «el Zapallo» si es gordo, o «el Pelado» al que se ha vuelto calvo.

Pero para Baldomero, cualquiera servía de blanco, pobres y ricos; no perdía ocasión de pegarle a cada cual el mote que, según él, le

podía convenir, y cuando, sentado en medio de los demás peones, exclamaba: «¡Ché! ¡Susto!, ¡mirá quién viene!»; y que, sin enojarse, conviniendo así, tácitamente, que su fealdad nativa merecía ser castigada con las bromas de Baldomero, Pedro, dándose vuelta para ver, contestaba con sencillez: «Nariz de porongo», todos sabían que en el palenque se apeaba el viejo Cipriano, dotado por la naturaleza, ayudada por el sol y copiosas libaciones, de voluminoso apéndice nasal.

A otro, que en vez de tener una nariz abultada, la tenía delgada y larga, Baldomero lo llamaba: «Picana», y por «Tres pelos» era conocido Epifanio, a quien nunca le había salido barba. Ireneo, que cuando se reía, abría un horno que daba miedo, se llamaba «Pichón de golondrina» y su hermano Lucio, que era bizco, no pudo evitar de ser bautizado «Lechuza».

«Toronja» sirvió para designar un desgraciado a quien la viruela había dejado completamente desfigurado, poniéndole la cara tan abotagada y plagada de costurones, que ni los ojos casi se le veían; varios «chuecos», como fácilmente se comprende, había en este surtido de jinetes natos; ni faltaban, entre tantos hombres de lazo, los «rengos», y sobraban los «mancos». Ya se sabía que «Una vela» era el tuerto Gregorio; que «Guaycurú» era Martín, con su tipo de indio mal desbastado; que «Pelo de invierno» designaba a José, por su costumbre de siempre llevar el poncho puesto.

«Rotoso» merecidamente se le había pegado a Hilario, por el desaseo en que se mantenía, y «el Delicado», al contrario, lo pintaba a Gervasio que siempre andaba bien empilchado, con ribetes de paquetería.

«Maíz frito» lo había llamado Baldomero a un compañero que siempre, por lo listo, parecía andar chisporroteando, y «Palomo» a un muchacho que se enamoraba de cuanta china lo rozaba: «Charabón» le decía a otro, por lo descuajaringado; y «Flauta», «Petizo», «Pata larga», «Bacaray» y mil otros, a todos, a cualquiera, a los del pago y a los forasteros; en voz baja, muchas veces, o por detrás del interesado, para que no supiera que ya le había cambiado

el nombre, o en voz alta y en medio de las risas, por tal que del recién bautizado no se pudiera temer alguna peligrosa explosión de mal humor, muy natural, por lo demás, pues hieren los apodos.

En varias ocasiones lo pudo comprobar Baldomero. Había estado, una vez, a punto de casarse con una buena moza, hija de un hacendado regularmente acomodado, lo que, para él, hubiera sido, además de lo escogida que era la prenda, un fin feliz a su vida algo nómada de peón por día, y de acarreador de hacienda. Todo estaba arreglado; consentían los padres; la niña no pedía otra cosa; y quién sabe si ya no habrían cambiado, en la propicia penumbra tan paternalmente proporcionada al patio de la casa por el hermoso sauce que ahí estaba, uno que otro beso furtivo, para afianzar mejor las palabras dadas.

Pero Baldomero no había podido resistir el intenso placer de dar a la misma novia un apodo; ya que lo atormentaba esa manía, la hubiera podido dar siquiera el nombre de una flor, de lo que seguramente la niña no se hubiera resentido; no pudo. El apodo, para ser apodo, tiene que ser burlón, un poquito siquiera; y como la joven era de un morocho algo subido, y tenía ciertos airecitos amodorrados, hizo alusión a ella con los compañeros, llamándola «Gata negra». No le faltaban envidiosos al amigo Baldomero, y pronto supo la niña qué apodo le habían dado, y quién se lo había dado; y como no era de genio paciente, le hizo cerrar la puerta paterna.

Baldomero, no por esto se corrigió: necesitó otra lección. Un día que, en la pulpería, había mucha gente, vio a un gaucho forastero muy barbudo, que, a cada rato, escupía; y de modo que éste lo pudiera oír, dijo él a otro, a pesar de no poder tener porra el guanaco, por no tener cola:

-Mira el guanaco porrudo.

El gaucho lo miró bien y le dijo:

-Y usted, ¿cómo se llama?

-A mí -contestó Baldomero-, no me han dado todavía nombre; estoy orejano.

-Por bagual, será -dijo el otro.

Y como Baldomero hacía el gesto de sacar el cuchillo, el otro, rápido como relámpago, hizo relucir el suyo, y cortándolo en la oreja, le dijo:

-Pues ahora, quedaste patria.

Y le quedó desde entonces, al pobre Baldomero, a pesar de no usar señales los baguales, el doble apodo de «Bagual patria».

Riqueza de pobre

¡Pobre don Santiago! -le decíamos-; haber trabajado tantos años y no tener en propiedad ni siquiera media legua de campo.

-¡Qué media legua!, ¿adónde van? ni una cuadra siquiera; ni donde caerme muerto. Pero no me quejo; la vida me ha sido suave.

-¿Suave?, así, no más.

-¡Oh!, como lo entenderán muchos, es claro que no; y si tuviese tantos ponchos como de veces he sentido no tener uno más, por el frío o por el agua, podría poner una tienda que ni la de don Eusebio. Pero, con todo, también he tenido muchos goces que no a cualquiera tocan, en la tierra: y muchas veces pienso que de mí podría estar envidioso con mucha razón el mismísimo patrón.

-Cuéntenos, don Santiago.

-¡Oh!, no es cuento. Se pueden contar hechos; pero no, ¿cómo diré?, ilusiones. Asimismo, las ilusiones, mientras duran, pueden parecerle a uno realidad; y tal ha sido mi caso.

«Mi padre era mayordomo, o capataz, lo que ustedes quieran, del padre de mi patrón. Mi madre era cocinera y ama de llaves, como quien dice dueña de casa. Yo nací en esta misma estancia y siempre he vivido en ella. Mis hermanos también en ella se criaron, pero se tuvieron poco a poco que desparramar y andan, o anduvieron -los que ya se han muerto- un poco en todas partes. Yo no. Aquí nací,

aquí me crié y aquí sigo viviendo, con un solo y único deseo: el que esto dure tanto como yo. No será difícil; ya soy viejo.

»Y puedo, si no decir, pensar y hasta casi creer que esta estancia es mía. Durante los treinta años que pasé en ella con mi padre, criatura, niño, peoncito de mano, peón de campo, capataz, he visto llegar acá unas diez veces, en todo, al padre de mi patrón. Es que también era todo un viaje venir de la ciudad. ¡Figúrense, a veinte leguas del Azul!, ¡de 1846 a 1876!

»Con galera o con tropilla, era un viaje lo más difícil y bastante expuesto. Nosotros aquí, siempre estábamos esperando a los indios, y más de una vez tuvimos que pelear con ellos. Desde el 70, ya era más fácil, por el tren que entonces llegó al Azul; pero, asimismo, era poco el gusto y bastante el trabajo para llegar. A más de esto, el padre del patrón ya era viejo y poco le agradaba viajar, ¿para ver qué? Unos campos casi desiertos, muy poco poblados de hacienda, por el perpetuo temor a los indios. El señor tenía otras estancias al norte, más lindas y seguras, donde iba a veranear con la familia; y a nosotros, como de lástima, nos visitaba a cada muerte de obispo.

»Cuando venía, era todo un batifondo. Avisaba siempre un mes antes, para darnos tiempo de arreglar un poco el rancho, blanquear su pieza, comprar lo que podría hacer falta, etc.; y en todo se quedaba con nosotros tres días.

»La verdad es que esos tres días contaban en nuestra vida como tres años, por lo menos. Mire, ¡venirse el patrón!, ya con la sola noticia, todos se volvían locos. No atinaba nadie a ordenar tanto preparativo, y como nadie sabía escribir bastante en la estancia para hacer una lista de apuntes y que la casa de negocio más cercana quedaba a cinco leguas y era bastante mal surtida, cualquier pedido se volvía todo un asunto. A mí me tocaba hacer los mandados; y en esas ocasiones, iba y venía veinte veces, recorriendo las cinco leguas, con la memoria hasta el tope, a la ida, y las maletas desbordando, a la vuelta. Cuando no se había olvidado algo mamá, había sido mi padre, y, por supuesto, yo también, por el camino, dejaba volar una punta de pedidos. ¡El trabajo, señor!

»Había en la estancia, siempre, una tropilla de doce caballos de tiro, gordos, a grano, nada más que para las repentinas llegadas del patrón viejo. Sólo se ataban de vez en cuando en el breack, para que no se olvidasen y no estuviesen por demás gordos cuando se presentase la ocasión; y desde que se tenía noticia de la venida del patrón, entonces, todos los días, se movía la tropilla, atando unos cuantos y amansándolos, se puede decir, hasta el momento de ponerse en viaje. Pero también, que hubiese llovido o que estuviese seco el camino, el patrón sabía que saliendo del Azul por la mañana, llegaría todavía con sol a la estancia.

»Lo demás, en realidad, importaba menos, pues si hubiera tenido que sufrir algún chasco durante el viaje, todo, al llegar, le hubiese parecido malo en el establecimiento; mientras que así, el primer día que pasaba entre cosas, animales y gente de la estancia, todo lo veía en buen estado y podía suponer que, lo mismo que el carruaje y los de tiro, andaba bien el resto.

»No siempre era así. Ha habido momentos en que no había en todo el campo más animales en buen estado que ellos, los caballos de la volanta; pero siempre cuando vino era en la primavera o en el otoño, y todo entonces andaba bien, o por lo menos regular.

»Recorría el campo con mi padre o conmigo; hacía parar rodeo; a veces, contaba parte de los animales, calculaba la cantidad de gordos que se podrían vender, y ¡abur!

»Desde el 76, hasta hoy, otros treinta años, han cambiado bastante las cosas, y de capataz he pasado a mayordomo. Recibo órdenes a menudo; tengo que recibir tropas de los campos de afuera, y hacerlas descansar aquí antes de despacharlas para las invernadas de adentro. Por suerte, a mi patrón no le ha dado todavía por meter arado en todas partes. Tiene muchos campos y le gusta más la hacienda que el cultivo. Mandó sembrar bastante alfalfa, pero siempre es pasto, y fuera de que así los animales engordan más, no hay mayor cambio.

»He conocido esos mismos campos, en tiempo de su majestuosa soledad, cubiertos de pasto puna y de hermosas cortaderas y me gustaban así; hoy los veo verdes como alfombra; y tampoco me disgusta. He cuidado en ellos haciendas bravas, y me gustaba porque era joven y guapo; hoy son haciendas mansas y las prefiero tales, porque ya soy viejo y medio pesado. Antes he peleado con los indios, hoy lidio con los gringos que me manda el patrón, y no sé con cuál me quedo.

»Pero, con todo, sigo gozando de la vida; admirando lo que siempre admiré y otras cosas más que antes no había. No poseo nada, ni campo, ni hacienda; pero mías son la salida y la puesta de sol en el horizonte, y su buen calor durante el día, y la sombra de los árboles que he visto plantar y que he visto crecer. Para mí -no para el patrón que nunca viene- son los hermosos reflejos de los mil colores del rodeo de la mirazón; para mí balan las ovejas, al volver al corral, en la melancolía de la oración; para mí cantan en el monte los pájaros silvestres, al despertarse, por la mañana, al ponerse, por la noche; en la alfalfa cubierta de flores, para mí revolotean por millones las mariposas de oro. Para mí humea, por la mañana, la tierra negra surcada por el arado bajo el esfuerzo del buey de lánguidos ojos.

»Del trigo sacará el patrón mucho dinero; por él conseguirá muchos otros goces, -se entiende, allá, en la ciudad-; pero no como yo, el de haberlo visto brotar, crecer y madurar.

»De su bien, les aseguro que, sin que lo sepa, he tomado y sigo tomando la mejor parte. El más rico de nosotros, soy yo.

»No se lo vayan a decir; me podría criar envidia y quizá para vengarse me quitaría la dicha única que hoy ambiciono, la de morir aquí.»

Recién llegado

Allá, del otro lado del charco, ha oído hablar mucho de las estancias del Plata, de las propiedades de varias leguas de extensión, de los rebaños inmensos, de las pampas fértiles y casi desiertas; y su imaginación de diez y ocho años se ha alborotado; y también él ha soñado con conquistar la América.

Sabe que un miembro de su familia, primo lejano o tío dudoso, está, desde muchos años, en Buenos Aires y que vive en el campo, criando hacienda. Hace muchos años que ha dejado de escribir, pero tiene forzosamente que haber hecho fortuna, pues -en aquellos países-, es sabido que todos hacen fortuna, especialmente los tíos, y con una carta de recomendación de su padre para este casi desconocido, toma pasaje para Buenos Aires.

El muchacho es despejado; chapurrando el idioma como puede, indagando por los diarios y por el consulado de su tierra, pronto consigue averiguar el paradero de su pariente y ponerse al habla con él, hasta saber que lo espera en la estancia -pues es cierto que tiene estancia-, y conseguir los medios y las indicaciones para ir y llegar a ella.

Quince horas de tren, un día entero de galera, ocho leguas a caballo: es un viaje mucho más complicado que los treinta días del vapor, pero a los diez y ocho años, todo lo nuevo gusta, y el aire, el movimiento, las peripecias y hasta los percances, todo embriaga y se resume en un apetito feroz.

Puede ser que el hombre maduro que, por primera vez, viaja por la Pampa, por curiosidad o en busca del pan cotidiano, la encuentre monótona, triste, polvorosa, fea, pero la juventud todo lo ve lleno de alegría, y su movilidad pronto se adapta al medio, cualquiera que sea, donde la coloque la casualidad.

Para ella, todo es pradera, y el porvenir pura esperanza; y sólo le parecen reales, en el desierto más árido, el espejismo y sus ilusiones. ¡Quince horas de tren!, un paseo: dormir, comer, cantar, mirar el paisaje, y se acabó... ¡ya!, ¡tan pronto! Y viene la galera. Apretado adentro o colgado del pescante, mareado o quemado por el sol, o cortado por el viento, pero ¡qué viaje lindo!, nada más que porque es viaje. Ya se familiariza el muchacho con muchas cosas que van a ser parte de su vida. Ayuda al Mayoral a agarrar caballos; primero, los asusta, porque no sabe; no los ataja, los persigue; los espantan los ademanes con que los quiere detener, pero pronto aprende y hace como los demás. También aprende a comer galleta, lo que nunca le había sucedido, y a chupar con bombilla, en un puesto hospitalario, un gran tarro de café. Lo miran todos, admirados primero, sonrientes en seguida, por su ignorancia de las cosas del país. Él sigue, no del todo imposible, pues bien se ve que se burlan un poco de él; pero cree que es por las morisquetas que hace al quemarse, o porque no lo creían capaz de tomárselo todo. ¡Qué no va a poder!

Puede, no más, y todito se lo traga, aunque encuentre que es mucho café, de un tirón.

Después, ve que cada uno solamente toma algunos sorbos con la bombilla y pasa el tarro al vecino, pero ya es tarde para componer la plancha. También, ¿quién iba a suponer?

Las ocho leguas para llegar a la estancia, desde la posta, son un poco penosas para él que ni dos veces en su vida ha andado a caballo; pero el animal a quien lo confían es mansísimo y de buen galope, y, siguiendo la tropilla, acompañado por un peón, con quien trata de conversar, en su media lengua, las recorrerá sin sufrir demasiado. La emoción del primer galope pronto se volverá orgullo;

al verse tan jinete, y sólo cuando hayan pasado una hora o dos, y que empiecen a hacerse sentir las inevitables quemaduras de la carne, blanda aún, meneada sin cesar en los duros bastos del recado, se marchitarán las dos últimas leguas, con el caballo ya medio pesado, dando tropiezos que avivan el dolor, y con el cuerpo deshecho por el cansancio; pero hay que llegar, y se llegará, no más, a la estancia, sobre la cual le ha dado detalles su compañero de viaje.

Sabe ya el muchacho que su pariente es hombre muy bueno, pero muy delicado para el trabajo, muy madrugador y activo; que la estancia se compone de cuatro leguas, en las cuales pacen como seis mil ovejas, tres mil vacas y quinientas yeguas; y con estos datos y otros más, no puede menos que combinar, en su cabeza, a pesar de la realidad que tiene, por todas partes, a la vista, un cuento de las mil y unas noches sobre la fortuna prodigiosa y las riquezas de su tío, primo o no sabe qué.

Llega, por fin, y, casi con asombro, ve que la estancia es un gran rancho, de paredes de barro, con techo de paja, rodeado de otros ranchos más chicos o más grandes, cocina, galpones o gallinero, pero de la misma hechura. Lo recibe, en el palenque, campechanamente, un casi campesino de su tierra, avivado por su prolongada americanización, quien -rodeado de su mujer, muy trigueña, y de numerosa prole-, cordialmente, lo abraza, dándose a conocer, en el idioma materno, algo olvidado, por el pariente buscado; gozoso, en el fondo, de que los de allá, emburguesados, un poco, y algo engreídos, hayan tenido que acordarse de él para pedir su protección; contento también de poder tener a su servicio, para ayudarle en sus faenas, un muchacho bien dispuesto, de confianza y... sin sueldo.

El joven, recién llegado, no deja de admirarse de que el dueño de tan inmensa propiedad sea casi tan sencillo, en su modo de ser, de vestir y de vivir, como cualquier pastor de su tierra. Pensaba encontrar un palacete y da con un rancho; creía hallar a todo un señor y se encuentra con un campesino. Extraña más aún esa

pobreza de vida al ver, a la tarde, volver al corral una interminable majada que, para él, europeo, representa riquezas sin cuento, y, el día siguiente, al ver rodeadas las vacas, a millares; pero pronto comprenderá que todo, en este mundo, es relativo; que lo que mucho abunda poco vale, y también que para gozarla con seguridad, aun en América, hay que edificar primero su fortuna en los sólidos cimientos de la economía y del trabajo.

Elección pacífica

En lo más fuerte de la trilla, se había embriagado el maquinista; pero don Pedro Guetestán no era de los que se ahogan en una palangana.

Criador experto, comerciante hábil, agricultor perspicaz, para fomentar el progreso del pueblito, se había improvisado, con asentimiento tácito de la población y del gobierno provincial, jefe de policía, juez de paz y comandante militar, y poco le costó improvisarse también maquinista. Y en medio de la densa nube de polvillo que lo enceguecía y del ruido ensordecedor de la trilladora, dirigiendo y haciendo, manejando a sus hombres y a su máquina, pensaba, más que en las pilas de trigo que iban subiendo, en las elecciones, que tenía, el día siguiente, que organizar, como juez, vigilar, como comisario, y ganar, como fiel amigo del que se trataba de hacer elegir senador, a las barbas del gobernador.

Eran las once y media, y acababa de interrumpir el trabajo para el almuerzo de los peones, cuando lo vinieron a avisar que en la fonda de Stirloni, del otro lado de la vía, había llegado de la capital provincial toda una comitiva para presenciar las elecciones, y que querían verlo.

Inquieto, olfateando a contrarios, se fue de un galopito, sin pasar siquiera por su casa a lavarse la cara, hasta la fonda indicada.

Stirloni, atareado, andaba del mostrador a la cocina, de la cocina al patio, con toda la apariencia de un hombre que tiene la fortuna

segura, pero que la tiene que merecer por su trabajo, y glorioso, hinchado, todo colorado, le sopló al oído a don Pedro:

-¡El sobrino del gobernador!

No preguntó más don Pedro; ya sabía a qué atenerse, pues era justamente el mismo sobrino este, el candidato de su tío para el sillón vacante. Se hizo anunciar. En el patio estaban ocho hombres, unos de saco, otros emponchados, muestras genuinas del público especial de todas las elecciones de campana.

El sobrino del gobernador, hombre muy fino y perfectamente educado, estaba en su pieza con un amigo. Hizo entrar al visitante.

-¿Don Pedro Guetestán? -preguntó-; ¿juez de paz?

-Para servir a ustedes -contestó don Pedro -con tono bonachón-. Dispensarán el traje; estoy de trilla, teniendo que hacer de maquinista, y ni tuve tiempo de irme a mudar.

-No importa, señor, no importa. Me presentaré: Enrique de la Pizarra; el señor gobernador es mi tío; y permítame usted presentarle a un amigo, don Eleuterio Martínez, secretario del ministro de Gobierno.

-Tanto gusto, señores -contestó don Pedro-. Dispongan ustedes de mí; estoy a su disposición: aunque -agregó- hoy tengo mucho que hacer con esa trilla, y no la puedo dejar.

-Pero, ¿y las elecciones de mañana?

-No sé nada, señor; los conjueces me han de mandar avisar cuando quieran organizar la mesa en el juzgado. Yo no tengo más que hacer que entregarles los registros, y después de la elección, remitirlos a los escrutadores que deben juntar en la Carolina.

-¿Usted conoce a los conjueces?

-Poco, señor, de nombre no más.

-¿No es pariente suyo ese Juan Guetestán que figura en la lista? ¿Su señor padre, creo?

-No, señor; mi padre es extranjero. Mi hermano era; pero murió.

-¡Ah!, ¡cuánto siento! Pues mire; le voy a ser franco. Tengo de mi tío orden terminante de ganar las elecciones o anularlas. Para ello, tenemos aquí algunos mausers y gente buena. Pero mejor es que usted trate de evitar bochinches, y nos mande los conjueces para que nos arreglemos.

-Señor, creo que todo andará como lo desean; mañana veremos qué clase de gente viene a votar. Lo que más quiero yo también es que no se altere el orden, y pueden contar conmigo.

Se retiró don Pedro, y una guiñada de los dos amigos significó claramente:

-¡Un infeliz, hombre! Lo tenemos seguro.

El día siguiente, por la mañana, reunidos en la orilla opuesta del pueblito, cerca de trescientos gauchos esperaban las órdenes de su verdadero caudillo, don Pedro Guetestán, y éste le mandó decir al sobrino del gobernador que había mucha gente reunida, pero toda contraria, al parecer; que la situación, siendo muy peligrosa, le aconsejaba quedarse en la fonda, y que sería de buena política mandase preparar un asado con cuero, allá mismo, para entretener a la gente lejos del juzgado, si no había elección, e impedir que hubiera desórdenes; que él iba, por la forma, a instalar la mesa, como era su deber.

-¡Qué no haya elecciones!, más bien, si es así, dígale -exclamó don Enrique, algo emocionado, al oír el mensaje-. ¡Qué no haya elecciones!

Y mandó preparar en la orilla del pueblo cercano a la fonda, un asado con cuero, que Stirloni, por su orden, hizo acompañar con dos cajones de cohetes y varias damajuanas de vino.

Empezó el regocijo popular; estallaron los cohetes; el vino desapareció a los gritos de: «¡Viva de la Pizarra!» Y a las cuatro de la tarde, pudo don Enrique contemplar con gozo, de la azotea de la fonda, de donde no había salido, los trescientos gauchos que, de a

grupitos, se habían venido pasando desde el otro lado de la vía, reunidos alrededor de los restos de su asado con cuero, aclamándolo. Saboreó la suave fruta de la popularidad y mandó a Stirloni que les llevase más vino; Stirloni obedeció, restregándose las manos.

A las cuatro y cuarto, apareció don Pedro en la azotea y, sencillamente, le anunció al sobrino del gobernador que las elecciones habían tenido lugar sin el menor incidente.

-Cómo, ¿qué ha habido elección?, y ¿dónde han votado? ¿Quién votó?

-Estos hombres -dijo don Pedro, señalando con un gesto de la cabeza a sus gauchos- son electores. Han votado en la mesa instalada en el juzgado.

-¿Y a favor de quién?

-Debo decirle que creo que su candidato era el señor Corfenú.

-¡Caiga el cielo!, ¿y los registros?

-Los hago custodiar, señor, en el juzgado.

Don Enrique se sintió fumado, sin remedio; de buenas ganas, hubiera hecho prender por su gente a ese hombre que, con aire inocente, lo miraba como esperando órdenes: pero no se atrevió. Y cuenta la historia que los registros, bien resguardados de las casualidades del viaje, llegaron a la Carolina en perfecto estado, fueron discutidos y al fin aceptados, pues eran un modelo de corrección y de limpieza, con listas primorosas de nombres y apellidos, sin un borrón, demostrando una elección lo más tranquila, sin disturbios, sin tiros, sin derrame de sangre, un ejemplo para el país entero, pues nunca el Pueblo Libre había expresado su Soberana Voluntad con tanta dignidad y tanta calma, apenas turbada por el entusiasmo bien natural que le había causado su afición al asado con cuero, bien regado, de arriba.

Dicen también que a Stirloni la comitiva le ha quedado debiendo, desde entonces, unos doscientos pesos; pero estos son percances

de la guerra.

Sueño realizado

Desde el temporal del 80, que casi le cuesta la pérdida de todas las vacas, don Juan Valverde no había tenido más que una ambición: la de poder llegar de algún modo a alambrar sus dos suertes de estancia. Pero para cercar legua y media de campo, o sean doscientas cuadras lineales, calculaba que un alambrado medio decente le vendría a costar como quince mil pesos, y juntarse con esta cantidad le parecía tan imposible como impedir que le invadieran el campo mientras estuviera abierto las haciendas de los vecinos.

¡Estas invasiones! ¡Quién pudiera librarse de una vez de semejante fastidio! Se lo pasaba renegando. Un día era la manada de su vecino y compadre don Anacleto que, en un descuido, venía a aprovechar el agua de las bebederas de su jagüel; otro, eran las lecheras de un puestero de «La María» que llegaban hasta la quinta de la estancia y se le metían en el maizal. A cada rato, y por todos lados, había mixturas de majadas con los linderos; era imposible reservar un retazo de campo para cualquier necesidad, pues no faltaba alguna punta de hacienda ajena que se lo viniera a desflorar. Sin contar que, a más de tener que echar del campo las haciendas de los vecinos, también tenía que vigilar de cerca la propia para que no se fueran algunos animales a otros rodeos, donde no siempre se podían volver a encontrar.

Trabajo ingrato, por lo demás, cuyo resultado era cansar caballos, sin poder llegar a tener otra cosa que novillos para invernada

apenas, y nunca para matadero. ¡Claro!, animales siempre repuntados y corridos, que nunca pueden comer a su gusto y descansados, ni pueden aprovechar el pasto que es de ellos.

¡Cuándo podría alambrar su campo don Juan Valverde!

Sucedió que hubo, seguiditos, dos años de pura prosperidad: una parición de las vacas como no se había visto desde mucho tiempo; otro tanto, en los mismos dos años en las majadas, lográndose sin esfuerzo casi todos los corderos; con unos pastizales que daba gusto y donde engordaron a más no poder novillos y capones; y a más de esto, alza general en los frutos, la lana por las nubes, los cueros a buenos precios y los animales gordos muy buscados.

-Don Juan Valverde se encontró con una buena cantidad disponible, y aunque no le alcanzara del todo, pensó que bastaba, siquiera, para empezar.

Para aprender a nadar, no hay como tirarse al agua; y solicitó del Banco de la Provincia lo que le faltaba. Se lo dieron sin mayor dificultad, y aunque poco le gustara empeñarse así, no vaciló en realizar el sueño dorado de toda su vida de estanciero: alambrar su campo. ¡Alambrar!, ¡al fin! Poder tener seguros, en el campo de su propiedad, sus animales; poderlos tener seguros y solos, sin mantener gratuitamente los de los vecinos; poder recorrer su campo por todos lados sin encontrar más gente ni más hacienda que la de la estancia; no tener, una o dos veces por día, que repuntar de las orillas al centro todas las vacas para que no se extravíen, con gran daño, por supuesto, de su quietud y de su engorde.

¡Con qué alegría se entregó don Juan a la ardua tarea de calcular lo que necesitaba de material para el alambrado! En su vida había hecho tantas operaciones de aritmética, pero fue con gusto que las hizo a pesar de lo trabajoso, y cuando hubo fijado definitivamente el número de postes y de varillas, de torniquetes y de rollos de alambre que necesitaba y también las tranqueras y su sitio, hizo revisar sus cálculos por don Juan Antonio el pulpero, y se fue para la capital a comprar todo, sin mezquinar y sin mirar atrás.

No hay duda que va a ser duro pagar tanta plata; que habrá que privarse de muchas cosas y no perder ocasión de vender animales gordos o cueros o cualquier otra cosa con que se puedan hacer pesos. Habrá momentos difíciles y dolores de cabeza; habrá que hacer esfuerzos hasta entonces desconocidos para aumentar el producto de la estancia; quizá haya, si viene malo el año, que vender alguna majada o alguna punta de vacas al corte; pero no importa, don Juan a todo está dispuesto para quitarse de encima, ya de una vez, esa perpetua inquietud del campo abierto, tan abierto para las invasiones e infiltraciones de afuera, como para los inesperados deslices y las misteriosas desapariciones de hacienda.

Ya trató también con el alambrador, un vasco conocido y de confianza que trabaja bien, ligero y a precios acomodados. Los postes han llegado; están ya repartidos en los puestos de la orilla del campo, donde forman torres espesas y bajas que momentáneamente modifican el paisaje, haciendo de cada puesto, cuando lo miran de lejos, como un castillo medioeval.

Empiezan a plantar los postes: una hilera larga de ellos ya corta justamente un camino que cruza el campo, una de las cosas que más rabia le da a don Juan Valverde; y todos los días viene de un galopito a ver alargarse la línea de los centinelas de madera que van colocando los peones. Todavía no tienen armas; todavía pasan entre ellos los carros, las volantas, los arreos y los jinetes; pero la sonrisa burlona con que antes seguían éstos su camino, cuando veían al dueño del campo, todo colorado de furor, ha cambiado de sitio y vaga ahora, no siempre muy discreta, en los labios de don Juan.

Ya no castiga, apurado, como antes, y, refunfuñando, el caballo, para correr a los animales del vecino, cuando le vienen a comer el pasto; hasta los deja, casi con fruición, refregarse las paletas contra los postes, pensando, con una sonrisa, en la cara que, mañana o pasado, pondrán ellos y los transeúntes, al ver que ya no se pasa por acá, que los alambres están estirados y que basta esta red liviana para atajar y dejar campo afuera todo lo que, durante tantos años, le ha causado tantos disgustos.

En poco tiempo más, ya quedó cercado todo el campo, colocadas las tranqueras, y don Juan pasa ahora largos momentos de regocijo, tomando mate en uno de sus puestos, cercano al camino suprimido, estudiando de rabo de ojo las fisonomías de los que llegan allí y rabian, a su vez, al encontrarse con el alambrado nuevo que les cierra el paso y los obliga a dar una vuelta de todos los diablos.

Ahora también, en todas partes, como no está nada recargado el campo, y hasta en las mismas orillas, puede comprobar don Juan que el pasto crece como nunca lo ha podido hacer, por las entradas de los vecinos. Sus vacas comen con toda tranquilidad, desflorando donde mejor les parece, de día y de noche, recogidas apenas una vez por semana, para parar rodeo. Con la abundancia de pasto, con la quietud, engordan ahora de veras, y pronto quedará pago y repago el alambrado con el mismo aumento de producto de la estancia.

Mayordomos modelos

¡Qué buen mayordomo era ese don Eliseo que, tanto tiempo, estuvo en la estancia! ¿Mayordomo? La verdad es que, por el sueldo tan exiguo, más bien era un simple capataz, encargado, sí, de la estancia cuando no estaba el patrón, pero con tan pocas prerrogativas que difícilmente las hubiera podido lucir.

No por esto disminuía, para él, su responsabilidad, y cuidaba de los intereses como si hubiesen sido suyos, quizá más. Era un gaucho humilde, pero de mucha vergüenza y su solo anhelo era de nunca merecer una reprensión.

Por lo demás, parecía hacerlo todo, más por amor a sus patrones que por otra cosa; sentía que lo apreciaban y le bastaba esto para que considerase como sagradas sus obligaciones hacia ellos. En su misma ausencia, sólo de ellos se acordaba y de su bienestar; pues no se contentaba con vigilar la hacienda y el campo, madrugando para ello y haciendo madrugar a la gente, como era debido, sino que también se ocupaba en cosas que había tenido que aprender solo para poderlas hacer, pues, en general, las desprecian los paisanos.

Hombre de campo en toda la acepción de la palabra, enlazador y jinete sin igual, siempre había cuidado hacienda, y nada más. Pero pensó, y con razón, que a todo un mayordomo no le debe bastar que las vacas y los caballos estén gordos, sino que también debe hacer placentera, para el amor, la vida en la estancia.

Y por esto, había empezado a criar en grande gallinas, patos y pavos, y era su gloria poder mandar a su patrón, cuando estaba en la ciudad, algún ave gorda, de las que ni con plata se encuentran en el pueblo. Durante el invierno, amansaba, él mismo y de manera especial para que no se asustaran con los vestidos, caballos de silla para la señora y sus hijas, y para los chiquilines tenía siempre de reserva una punta de petizos mansos, capaces de resistir las tremendas correrías de las vacaciones.

Las frutas del monte también eran objeto de su especial vigilancia. ¡Cuidado con tocarlas!, y bien sabían los peones que si de día era imposible colarse en el monte, de noche era peor y muy expuesto a recibir unos balines de trabuco que, para esto no más, se puede decir, guardaba don Eliseo, siempre colgado en la pared de su cuarto.

Por nada las hubiera tocado él, pero tampoco permitía que otro que el patrón las aprovechara. Pensaba que con la carne, galleta, yerba y sal que el patrón les daba para la manutención, se debían conformar todos, y si, de vez en cuando, dejaba que se hiciese una tortilla de huevos, es que tanto abundaban que, realmente, no se podían remitir todos a la ciudad.

Los peones bien lo trataban un poco, entre ellos, de mezquino, pero, con todo, lo respetaban, pues sabían que no era en provecho propio; y tampoco era hombre de soportar mucho titeo. Poco personal, por lo demás, ocupaba siempre, pensando que menos son los peones, más trabajan. Era enemigo de ese aparato, tan común, en ciertos establecimientos, de mantener una punta de haraganes que, todo el día, se lo pasan haciéndose los muy atareados y que, al fin y al cabo, no hacen nada.

Poca gente había en el patio con él, y menos en la cocina, fuera de las horas de descanso, y las pocas visitas que, por un motivo u otro, caían al palenque, hubieran podido creer que no había más, en la estancia, que la cocinera y el quintero, cuando no estaba el patrón en ella con la familia.

Saltaba a la vista la diferencia que hay, de mayordomo a mayordomo, al que llegaba a la estancia manejada por don Eliseo, después de haber estado en la que regenteaba don Guillermo Esmit, un extranjero todo colorado, alto, rubio, fornido, violento, gritón, comilón y como esponja para el whisky. ¡Ese sí que sabía manejar una estancia a la moderna, aplicar todos los adelantos de la época y estar al día, siempre, con el progreso! No salía máquina nueva que no la probase, y los galpones estaban llenos de sembradoras que no habían sembrado más que media hectárea, pero ¡con qué perfección!, y de segadoras que se habían archivado casi al recibirlas, porque había salido otra mucho mejor, y de bombas enmohecidas que esperaban su colocación, y norias pasadas de moda antes de haber servido, y aparatos de todas clases y aperos de todas formas.

Por los patios, barridos con esmero, por los galpones, edificados a todo costo, por los pesebres, poblados de animales más caros aún que finos, por el jardín y el parque, por la huerta de frutales y por el monte andaban, de un lado para otro, mensuales lentos y bien comidos, engrasando perezosamente huascas, unos; otros estaqueando, a tironcitos y a golpecitos, cueros vacunos; o llevando, con simulación de tremendos esfuerzos, una carretillada de pasto seco, o rasqueteando tan suavemente un caballo que no se sabía si era por miedo de lastimarlo o de cansarse, sin contar los que, entre las sombras del monte, echados sobre el pasto, no tenían más ocupación, para asentar el mate, que de comerse las mejores frutas, antes que, siquiera, estuviesen pintonas.

A don Guillermo, todos lo ponderan por lo bueno que es; no es como don Eliseo, no, ¡tan delicado!, y los vecinos que aprovechan su campo, y los peones que están en su casa como a pesebre, no tienen boca para alabarlo. Y él tampoco pierde ocasión para ensalzar ingenuamente sus peculiares y nativas condiciones del mando y las cualidades de toda su gente, tan cumplidora que no hay otra, según él, igual, en la República. Pero también es que la sabe manejar...

Una mañana, a las nueve, vino a visitarle don Eliseo, quien tenía orden de comprarle algunos toros. Todavía estaba durmiendo; el whisky había sido más fuerte, la noche anterior; y cuando, media hora después, apareció, le largó don Eliseo esta reflexión:

-Pues, señor, si me levantara yo a estas horas, mis peones estarían todavía tomando mate en la cocina.

Compasivo, le preguntó don Guillermo.

-¡Oh! ¿Usted entonces tener personal malo? -y sin dar tiempo a que le contestara don Eliseo, agregó-: Yo tener muy buena, muy buena.

Y llamó, con benévolo énfasis.

-¡Luis! Decir a Pedro traer caballos para que Antonio atar sulky y Juan acompañar a mí.

Policía patriarcal

El comisario Soriano tenía aviso de que, a las seis de la tarde, estarían en la orilla de las quintas del pueblo el sargento y su milico, con los tres presos que debían traer de la alcaidía del cuartel séptimo del partido; y a las cinco y media, mandó ensillar su malacara para ir a recibirlos. Gordo, panzudo, en mangas de camisa, por el calor que hacía, con un gran sombrero de paja, pero con la diestra majestuosamente apoyada en su rebenque de cabo de plata, iba, seguido de un soldado armado con carabina, al trotecito, primero, por las calles de la población, al galope, después, una vez en las quintas.

Cuando llegó al punto de cita convenido, encontró, empantanado en el camino, un carro con tres extranjeros, un inglés y dos italianos, que parecían esperar con toda paciencia que los sacasen del mal paso, pero sin hacer, ellos, un esfuerzo para salir de él. Les preguntó qué hacían ahí.

-Esperando, señor - contestó el inglés.

-¿Esperando qué?

-A los compañeros.

-¿Dónde están?

-Allá, señor, en la pulpería del Tropezón.

-¿Y quiénes son sus compañeros?

-Un sargento y un vigilante, señor.

-¿Qué dice?... Y ustedes, ¿quiénes son?

-Somos los presos, señor. ¿Usted será el señor comisario? Bien decía yo que hacían mal en irse. Pero dijeron que nos tenían confianza, que bien pensaban que no los haríamos quedar mal, y se fueron.

-¿Y cuánto tiempo hace?

-Dijeron que ya volvían; pero debe de haber como tres horas que aquí estamos esperándolos.

-¡Buenos gringos zonzos! -murmuró el comisario- ¿Y no pensaron en irse? -exclamó.

-Primero, estos dos medio querían; pero yo les dije que no, y que no permitía que se fueran, y se sosegaron.

-¡Pues, amigo! -volvió a murmurar el comisario-. Se ven cosas que son casos. ¡Fermín!, andate hasta el Tropezón y traete a esos dos bribones, ligero.

El soldado se fue hasta la pulpería y pronto trajo al sargento y al otro, en estado más bien lamentable.

El comisario se había apeado en lo seco, y, recostado en el malacara, se acariciaba la pera, rezongando con rabia, entre dientes. Tronaba, antes de llover.

Amonestó furiosamente a los dos culpables, les meneó unos cuantos rebencazos, que más lo cansaron que lo que les dolieron, agitado, sudando mares, y por fin mandó que entre el soldado que consigo había traído y los tres presos, los estaquearan a cada uno en una rueda del carro, después de desatar los caballos. Tuvieron, para ello, que quitarse todos el calzado y las medias, pues el barro era algo hondo, y una vez bien amarrados los pobres, volvió solo al pueblo Soriano, dejando a Fermín de guardia y ordenando que se dejaran así hasta que volviese él, lo que sería a la madrugada.

Cuando, volvió, como a la siete de la mañana y con sol alto, ya, parecían, realmente, los dos milicos, haber pasado atados toda la noche, pues así los encontró; pero la verdad era que se lo habían pasado mateando con los demás, alrededor del fogón.

Los hizo desatar el buen comisario, dando por purgado el delito, pero abochornándolos con una reprensión erizada de dichos criollos, entre sabrosos y picantes, haciéndoles ver lo vergonzoso que era que las autoridades patrias tuvieran que apelar a los mismos presos... y extranjeros, éstos, para castigar a sus propios agentes.

-La verdad -murmuraban, cabizbajos, los milicos.

Soriano, desde su juventud, había sido siempre muy metido en la política de su provincia, siempre del lado del palo, nunca del de la escoba; y joven aún había sido nombrado comisario. Entendía que el objeto principal, único, de su cargo era sostener al Gobierno, cualquiera que fuese el partido imperante, consiguiéndole votos por todos los medios a su alcance; y estos medios eran numerosos. No por esto pensaba que debiera descuidar sus intereses personales y tampoco los dejaba abandonados.

Cuando los nombraron, el pueblito era de reciente formación, y no le podía dar el Gobierno más que treinta pesos mensuales, lo que ni para comer, una vez al día, le alcanzaría; pero le había dicho el ministro:

-Cuando produzca algo la comisaría, tendrá usted sesenta.

Había, pues, que hacer producir algo a la comisaría. La instaló en un rincón del depósito de la única casa de negocio que existiera en la localidad, gratuitamente, por supuesto, viviendo ahí con sus dos vigilantes, los cuales establecieron un cuartel y la prisión de delincuentes en la sala de billar.

Existía también en el pueblo una fonda. Soriano mandó llamar al fondero y, sin más ni más, lo multó en diez pesos, por haber

despachado bebidas. El fondero se resistió a pagar; Soriano lo hizo prender y encerrar. A las dos horas, consintió el hombre en abonar los diez; pero se le exigió, entonces, por desacato, veinticinco. Al anochecer, aflojó.

Ya tenía Soriano, con esto, templada la guitarra, y no le faltaron ocasiones, del mismo estilo, para cobrar otras multas que pronto le hicieron conseguir, con el aprecio de sus jefes, los sesenta prometidos. Su calabozo, una pieza cualquiera, obscura, tuvo puertas secretas de salida para los que, sin hacerse de rogar, o, a veces, a planazos, sabían el precio de su libertad. Es cierto que no todos tienen plata disponible, pero no todo con plata se paga, en este mundo; cada cual tiene sus medios de desempeñarse, sus aptitudes o sus habilidades. El estanciero rico, el comerciante bien pueden abonar al comisario una pequeña suscripción mensual, para que cuide, con mayor celo, de sus intereses; y el que, de mezquino, no quiere contribuir, tampoco se puede quejar de que los cuatreros le peguen malones; y si lleva, alguno de los damnificados, al comisario, para que vea por sus propios ojos, las panzas y las cabezas de las vacas que, de noche, le han carneado, se quedará éste pensativo, pero calladito, adivinando ya de dónde ese diablo de Fulano ha sacado, para mandárselo, un costillar tan gordo.

¡Cuidadito!, el carnicero que se atreviese a traer a su corral animales mal habidos. Soriano revisaba las guías y las mismas vacas con tanta prolijidad que ni una sola robada hubiera podido pasar... sin pagarle su tributo.

Mientras no hubo juez de paz, era él el árbitro único en esos casos y, siendo muy poca la población, hacía modestamente su negocito, sin grandes ganancias ni tampoco grandes riesgos. Cuando se hubo organizado ya la Municipalidad, fue más difícil, porque había más ojos, indiscretos, algunos, y más manos, codiciosas todas, para vigilar, en provecho propio, y atropellas también cualquier fuente turbia de utilidades. Pero los lobos entre sí no se comen; más cuenta les hace juntarse y, juntos, hacen grandes obras.

Con una policía voluntariamente ciega, un cuatrero puede, impunemente, carnear vacas ajenas, y hasta llevarse algunos animales, pero con una policía cómplice y un juez que otorga con su firma guías falseadas, el comisario, el juez y el cuatrero tienen segura la fortuna.

Soriano conoció días de prosperidad. Lejos estaba el tiempo de los treinta pesos por mes, para lidiar, desamparado, contra gauchos alzados y cuatreros peligrosos, imbuidos de los principios heroicos de Juan Moreira y de Martín Fierro; ya no sacaban del tirador el cuchillo, amansados y civilizados por Soriano, sino pesos; y a cada cual su parte. Así, no hay peleas, no corre sangre, no hay escándalos, ni partidas derrotadas, y las elecciones andan a las mil maravillas.

A veces, sucede que se alza la opinión, sospechando muchas cosas de las que tan bien se tapan; los hacendados se quejan, gritan y hasta se ligan para que algún periodista se atreva a cantar la verdad a las autoridades. Y surge entonces el Liberal del Norte o el Independiente del Sud, o la Verdad del Oeste, impreso, con tipos rezagados, en papel de almacén, escrito en estilo vehemente e incorrecto, pero audaz en sus afirmaciones y demasiado gritón para no llamar la atención de quienes corresponda sobre los frecuentes robos impunes; tanto que, en vísperas de elecciones, se vuelve casi peligroso. Y sucede que, una noche de verano, cerca del periodista tranquilamente sentado en la vereda, a tomar el fresco con algunos amigos, pasa corriendo un hombre quien lo deja muerto de una puñalada.

Desaparece en la sombra el criminal -un gaucho cualquiera-; finge la policía ponerse en movimiento; se alborota el juzgado, y después de muchas indagaciones, informes y partes, queda todo en la nada y sigue el juego.

Por un tiempo, se dejarán descansar las haciendas, y hasta se llegará a prender a dos o tres de los comparsas más humildes, para salvar siquiera las apariencias. Pero hay que vivir, y tanto en el pueblo como en toda la campaña, los juegos de azar, prohibidos por

la ley, darán al comisario, sin que necesite repartirlas con otros, amplias y opulentas coimas que le permitirán esperar tiempos mejores.

Desastre

Cuando llueve, lo mejor es dejar llover, primero porque es lo más fácil y también porque, generalmente, la lluvia es una bendición de Dios para la campaña; pero sucede que se vuelve plaga cuando dura demasiado, inundando el campo, penetrándolo todo de humedad, traspasando el piso de las habitaciones, calando las ropas y el mueblaje, sin que pueda ni dormir en seco la familia, porque el techo del rancho, cansado de tanto sufrir, está lleno de goteras.

-¡Quién fuera pato! -rezonga la señora, chapaleando agua, en el patio, para llegar del rancho a la cocina.

-Verdad es que es mucho lavar - contesta el marido, al ponerse el poncho de paño, pesado todavía del agua de los días anteriores.

Y, bajo la lluvia que sigue, se va hasta el corral, a ver cómo han amanecido las ovejas.

Las vacas y las yeguas aguantan sin morir, y los hombres, sin aflojar -en la ruda tarea de sujetarlas-, los mayores diluvios, por tal que no sean de agua muy fría. Las ovejas sufren más; pasan largas horas, encerradas, esperando, hambrientas, bajo el húmedo peso de su lana empapada, que un descanso del temporal permita al amo abrirles las puertas y dejarlas comer, apuradas, durante un rato, atajándolas, para que no se desparramen: no se pueden echar en el inmundo fango del corral y se lo pasan, paradas, en el barro hediondo, encogidas y dando las espaldas al viento, o remolineando sin descanso. Por otra parte, cuidarlas a rodeo, en noches de lluvias

con viento, sería exponerse a perderlas: y mejor es todavía tenerlas seguras.

Así pensaba don Benjamín; y don Benjamín era hombre de mucho conocimiento en todo lo que se refería a trabajos de campo. Estimaba que en caso de temporal deshecho, el corral es el mejor peón, y que, aunque sufriesen hambre las ovejas, era preferible dejarlas encerradas, aun de día, que exponerse a no poderlas sujetar, una vez en el campo.

Y fiel a estos principios, es que tenía la majada encerrada, el segundo día de cierto temporal furioso con viento sur, capaz, con sus cacheteos glaciales, de llevárselo todo por delante.

Don Benjamín, el día anterior, había largado la majada desde más de una hora, cuando principió a caer esa agua fría como la nieve; las ovejas, azotadas por el viento, empezaron a disparar y se apuró él en echarlas otra vez al corral. Le costó mucho trabajo; no querían volver; no querían enfrentar ese viento que les helaba la sangre, ni los latigazos del agua que les castigaba el hocico, como con puntas de acero.

Don Benjamín, sin llamar a sus dos hijos, muchachitos todavía, que no hubiesen podido resistir el frío aquel, llenó, sólo con sus perros, la ruda tarea de asegurar la majada.

Raras veces dura mucho un mal agudo, y la naturaleza parece saber calcular, en sus más terribles enojos, la fuerza de resistencia de sus víctimas. Aquella vez, andaría descomunalmente rabiosa o habría perdido la medida, pues el viento quedó fijo en el sur, trayendo agua helada, durante tres días y tres noches; arreando, sin dejarlos descansar una hora, y llevándolos hasta ocho y diez leguas de la querencia, los yeguarizos y vacunos, y matando, a millares, los que habían quedado encerrados y los que, embolsándose en algún alambrado, no habían podido seguir caminando.

¿Quién no comprenderá que don Benjamín, el segundo día, teniendo la majada bien encerrada, aburrido de quedarse en la inacción, inquieto de la suerte que habían podido correr sus caballos,

sus yeguas y sus vaquitas, se dispusiera a desafiar la intemperie para ir siquiera hasta la esquina, a saber algo, recoger datos, oír hablar de lo sucedido a éste, o aquél, a Fulano y a Mengano?

Bien emponchado, la cabeza envuelta en un pañuelo que le tapaba casi toda la cara, ensilló y fue. ¡Qué viento, señor; y qué frío!, el agua parecía cortarle el cutis a uno. ¡La suerte que la pulpería estaba cerca!

Había poca gente; capataces de estancias, hacendados que habían venido en sus mejores caballos, siguiendo sus animales arreados por el fantástico látigo del temporal, y que habían tenido que detenerse, porque los mancarrones ya se habían enfermado, con el frío, y desmoralizado los hombres. Todos estaban contestes en que las ovejas habían sufrido poco, pero que el desparramo y la mortandad de animales mayores sería cosa nunca vista. Don Benjamín, fatalista, pensó que no había más que esperar con resignación que terminara el temporal para entrar a campear sus lecheras, bendiciendo la suerte, por haber salvado siquiera la majada. Y tomó la mañana.

Ahí, no se sentía el viento; ni entraba el agua; hasta reinaba una temperatura regular, sino del todo confortable, por lo menos, llevadera, por comparación. Y don Benjamín, ablandado por este bienestar relativo, siguió tomando la mañana... hasta las cinco de la tarde.

Al volver a su casa, un poco antes de la oración, con la vista turbada por el alcohol, por las ráfagas del viento y los remolinos de la lluvia, divisó algunas ovejas que iban, mancas, balando, apuradas y como tratando de alcanzar a las compañeras; conoció con inquietud que eran de la señal de su majada.

Galopó en la dirección del viento, y al rato pudo ver, cruzando el cañadón y yendo hacia el arroyo, en larga chorrera, sus ovejas, que, azotadas por la tempestad, casi corrían, como si tuvieran prisa de encontrarse con la muerte.

Desesperado, las quiso detener, trató de atajarlas; no pudo.

Debilitado por la bebida, enceguecido por la lluvia, helado por el viento, ronco a fuerza de gritar, en vano trataba de atravesarse a las ovejas, que iban hechas torrente, entre el agua del cañadón crecido, sordas, ciegas, ahogándose ya. Vino la noche: y con lágrimas de rabia impotente en los ojos, don Benjamín enderezó para su casa, donde encontró, sumida en la desolación, a su pobre mujer.

Y ella le explicó lo que había sucedido: la majada arrinconada por el viento en un costado del corral; un poste podrido que cae, un lienzo viejo que cede bajo el peso y, por el portillo abierto, ¡el desfile paulatino de la majada!

A los balidos, corrió ella, con los niños y los perros; y pudo impedir que salieran unas trescientas ovejas, que son las que quedan. Han luchado para atajar la majada, haciendo frente a pie, en el barro, al viento áspero que muerde, al agua cruel, que, de fría, quema y hiela a la vez.

Horas han pasado así, consiguiendo apenas hacer remolinear las ovejas, pero sin poderlas volver a encerrar; hasta que las criaturas no pudieron más, se acobardaron los perros y que ella, desbordada, tuvo que dejar correr la oleada llevada por el temporal hacia el cañadón, hacia la perdición.

Diversiones amenas

Impasible, detrás de su mostrador, protegido por una fuerte reja de fierro contra posibles intrusiones -pues la cultura relativa que permite hoy, en casi todas partes, la supresión de estas defensas, estaba entonces, por aquellos pagos, apenas en sus albores-, don Manuel Fulánez contemplaba el espectáculo, monótono para él, que cada día lo presenciaba, fastidioso para el transeúnte indiferente, triste, en realidad, de los estragos morales y físicos que puede producir en el hombre, y particularmente en el hombre algo primitivo, el despacho del alcohol, hecho sin más medida que la capacidad tragadora y pagadora del infeliz parroquiano.

Eran sólo las diez de la mañana, y día de trabajo.

-Pero -decía el viejo Cipriano-, ¿por qué será que los llaman días de trabajo? Para mí, los días de fiesta son todos los en que tengo pesos o algún amigo que me convide; y los de trabajo, los pocos en que, a la fuerza, tengo que buscar conchabo, por no tener ya en qué caerme muerto.

Y al hacer su babosa y filosófica declaración, el gaucho, medio se levantó del banco de madera en que estaba, más bien que sentado, aplastado, estiró el brazo hacia la media cuarta de caña, que había empezado a tomar -era la tercer-, y de un trago, la acabó de vaciar.

Era su ración, en las mañanas de los días que llamaba él, de fiesta. Se dejó caer otra vez en el banco, rezongando que «ya le

habían echado agua a la caña», y después de un momento de valiente pelea contra el sueño, echó a roncar.

Al rato, entró su gran amigo, don Benjamín, que venía en busca de provisiones para su casa; por un verdadero fenómeno de intuición, lo sintió, y entreabriendo sus ojos velados por la embriaguez, balbuceó con voz impedida:

-Tome algo, don Benjamín -y se volvió a dormir.

Don Benjamín era hombre más juicioso; pero de cuando en cuando, también se dejaba enredar por la tentación: tomaba un inocente vermouth, como para no desairar al prójimo, y que no dijeran que se hacía el virtuoso; después, tomaba otro, para que no anduviera rengueando el primero; y otro, porque el anterior le había dejado un gustito en la boca; y otro más, porque ya se iba; y el siguiente, porque no se había ido, y después, porque quería acabar la botella; y seguía tomando vermouth, hasta no tener más apetito que para bebidas más fuertes, como el ajenjo, la caña o la ginebra, y ya andaba de resbalón seguro.

Cuando, al rato largo, despertó el viejo Cipriano, oyó que su amigo don Benjamín, discreto y de buenos modales, en ayunas, le hablaba al pulpero, en tono muy seco, reprochándole su mala fe, tratándolo como puede tratar al usurero que le ha prestado dinero y se lo viene a reclamar, cualquier caballero. Los ojos le chispeaban, las palabras salían de su boca, sonantes, cortantes y chocantes, irónicas, altaneras, injuriosas, por el tono más que por sí misma, y don Cipriano comprendió que su amigo Benjamín estaba «algo divertido».

-Déme una botella de caña, para llevar -dijo éste a Fulánez-, y no me la rebaje, ¿oye?, que la quiero doble, ¿oye?

Y Fulánez, con la paciencia del pulpero que aguanta tanto más cristianamente las injurias, cuanto más judaicamente las apunta en la libreta, en forma oculta, le trajo lo que pedía. Don Benjamín quiso probar la caña; le tomó -dijo él- olor a vermouth Torino, y después de un breve altercado con el pulpero, desdeñoso, volcó en el patio,

desde el umbral de la puerta, el contenido de la botella; y se la devolvió al comerciante, diciéndole:

-Lave esta botella y vuélvala a llenar.

Dos italianos recién venidos, que estaban ahí, almorzando con queso del país, galleta y agua, lo miraban con tamaños ojos.

-Está medio divertido, don Benjamín -pensó Cipriano.

-Sírvase algo, Cipriano -le dijo éste.

Y empezaron ambos a convidarse mutuamente, alternando las copas de bitter con las de ajenjo, y las de caña con las de ginebra, y a medida que ingurgitaban mayor cantidad de veneno, la tensión de los nervios se acentuaba; de irónicas, volvíanse provocantes, las palabras, y dirigía don Benjamín a cada uno de los que entraban, alusiones tan hirientes, apodos tan injuriosos, que se conocía que hasta los más mansos quedaban resentidos, y que los cuchillos se estremecían en las vainas.

-Está divertido, don Benjamín -pensó Cipriano.

-¡Mozo!, déme cohetes -gritó aquél.

Y encendiendo un mazo de cohetes de la India, lo tiró sin dar tiempo para nada, en medio de la docena de caballos atados en el palenque, lo que produjo un desbande general, con cortaduras de cabestros y disparadas de ensillados; provocando protestas enérgicas, contra «los borrachos que no se podían divertir sin hacer daño».

-Está bastante divertido, don Benjamín, -siguió pensando Cipriano.

Y don Benjamín, que había oído la palabra borrachos, se empezó a enojar y preguntó con tono acerbo: a quién le parecía que él anduviera borracho.

Y como cayeran sus ojos, torcidos por la ebriedad, en los de un muchacho que lo miraba, más bien con curiosidad que de otro modo, se aproximó a él cuchillo en mano, desafiándolo.

-Está muy divertido - susurró Cipriano.

Pero el joven, aunque bien sintiera que era pura parada de hombre mamado, al verse amenazado, y al oírse tratar de mocoso, se le enderezó, sacó la cuchilla y le pegó al agresor un tajo en la cabeza, cortándole el sombrero, y algo también el cuero.

Al ver correr su sangre, se creyó muerto don Benjamín; soltó el cuchillo y se dejó caer en el suelo, llorando mares.

El viejo Cipriano le sostuvo la cabeza, le vendó mal que mal la pequeña herida, con un pañuelo, que empapó, suspirando, con la caña que le quedaba en el vaso y dijo:

-Está completamente divertido, don Benjamín.

¡Mañana!

Día más, día menos, ¿qué importa?, ¿qué es un día en la vida? Y don Pedro, suavemente amodorrado por esa idea, antes de decidirse a emprender cualquier trabajo, dejaba pasar los días, sin darse cuenta de que al caer, sin ruido, uno encima del otro, pronto forman la semana, y que fenece el mes, sin que se sepa cómo.

La sarna había cundido en su majada, de un modo feroz: y si la dejaba seguir así, sin atajarla con vigor, casi no iba a tener lana y perdería también muchas ovejas; y resolvió empezar una cura seria. Hoy, era tarde ya; había que aprontarlo todo: preparar el remedio, alistar botellas y recipientes, componer algunos lienzos del corral, muchas cosas; ¡mañana!, pues, empezaría; y soltó la majada.

No tenía puntas en la casa, y tuvo don Pedro que ir a la pulpería, a comprar un paquete. En la pulpería, no faltaron conocidos con quienes conversar, y cuando acordó, era ya casi de noche y tuvo que postergar para el día siguiente la compostura de los lienzos. ¡Bah!, un día más o menos, ¡hambre!, lo mismo es, y curaremos pasado mañana.

El día señalado para empezar el trabajo, llovió: fuerza mayor; el día siguiente, los chiqueros estaban hechos un fangal, y no se podía trabajar; se dejó, pues; y como el otro día era un sábado, francamente, no valía la pena de empezar la cura, para interrumpirla el domingo. No se sabe bien lo que ocurrió el lunes, pero algo ha de haber habido, ese día, que imposibilitó el trabajo para el martes, y

probablemente para el resto de la semana, o del mes; lo cierto es que llegó la esquila, y que la majada se encontraba en un estado lamentable.

Dio muy poca lana, y fea, tanto que don Pedro tuvo que pensar en deshacerse de una punta de vacas, para pagar el arrendamiento. Un día que platicaba con su vecino y amigo don Próspero, que lo había venido a visitar, tomando mate sobre mate, hablando interminablemente de las dificultades de la vida, llegó un conocido, quien le dio aviso que en una estancia vecina, querían comprar vacas, y que le vendría a él de perilla, la ocasión.

-¡Caramba! -dijo don Pedro-, ya lo creo; mañana mismo, voy allá.

Y fue, efectivamente, el día siguiente. Lo que sí, se halló con que su vecino y amigo don Próspero, que también, sin haberlo dejado entender, tenía vacas para vender, no había sido lerdo, y había ido derechito, al salir de su casa, el día anterior, a ofrecer las de él, y que había cerrado trato; y renegó don Pedro con los amigos que traicionan y se aprovechan, sin dejarle a uno el tiempo de darse vuelta.

Al volver a su casa, encontró un aviso de que hubiera de pagar, en todo el mes, la contribución directa por una casita que tenía en el pueblo, y como, al retirarse, su señora le preguntaba cuándo pensaba ir, le dijo:

-Mañana, si Dios quiere.

-¡Y la Virgen! -agregó piadosamente la señora.

Y es de creer que ni Dios quiso, ni la Virgen, ni tampoco don Pedro, pues pasó el mes, y cuando éste acordó y fue, tuvo que pagar con multa.

Lo bueno es que, apurado para ir a pagar, ya que no era tiempo, había aplazado al día siguiente el campear unos animales recién aquerenciados que se le habían mandado mudar; y en vano los buscó, pues tan lejos estaban ya, que, a la vuelta del pueblo, ni noticias pudo conseguir de ellos.

¡Ah!, ¡don Pedro!, con su eterno ¡mañana!, palabra enervadora, que sólo para cuando llama la muerte debería servir. ¿No ve que hablar de mañana es casi renunciar a vivir?, ¿quién sabe lo que, antes que llegue mañana, nos ha de suceder? Sólo el día de hoy vale para el hombre; mañana no encierra más que enigmas; dejemos que los resuelvan los que, mañana, estén de pie.

-Tiene razón, señor; tiene razón; pero, ¿qué quiere?, hago como el Gobierno con esos campos donde estamos. Van como quince años que han plantado estaquitas, para marcar los canales que se deben hacer para evitar las inundaciones, y desde entonces, todos los días, dicen: «mañana», y nunca empiezan a hacerlos.

-¡Sí! y ¿sabe lo que representa este perpetuo mañana? La pérdida, desde muchos años, de lo que habrían producido los treinta millones de ovejas que, en esta parte anegadiza, podrían caber, a más de las pocas que en ella viven mal, si estuviera canalizada...

-Don Pedro, el jagüel está sin agua -vino a avisar un peón.

-Bueno -contestó-; mañana...

-¡Don Pedro!

-¡Caramba!, señor, es cierto... Hoy mismo lo vamos a cavar.

Ramal en construcción

Arterias a la vez y pulpos, que fomentan el progreso en la campaña desierta, y exprimen de ella, hasta hacerla reventar, la misma savia que le dispensan, el ferrocarril del oeste y el del sur han tendido sus rieles, en soberano esfuerzo, el primero hasta los confines de la provincia, el otro hasta el punto predestinado: Bahía Blanca. Han desparramado la población, sacándola en enjambres, de las aglomeraciones ya formadas, sacudiendo y sembrando por la Pampa colonias humanas, para que ahí prosperen y se extiendan.

Han pasado quince, veinte años; las viejas aldeas han crecido; algunas han aprovechado el largo tiempo durante el cual han sido cabezas de línea, para volverse ciudades; otras, apenas han tenido tiempo de despertar de la nada, cuando ya se han quedado asombradas de su propio adelanto; y centenares de puntos geográficos han nacido a la vida, adquiriendo nombres y transformándose en centros de población, pequeños o grandes.

Pero en esto, como en todo, hay hijos y entenados; y la zona intermedia, inmensa, fértil como la que más, ávida de pobladores como de agua una esponja, queda sin vías de comunicación, igualmente alejada de cada una de las dos grandes líneas, que parecen despreciarla, en su marcha adelante, y son, para ella, más pulpos que arterias.

Pueblos antiguos de esta zona, primitivos y meritorios baluartes de la civilización contra la barbarie, quedan rezagados, como ciertos

modestos veteranos, cubiertos de gloriosas heridas y siempre omitidos en la lista de ascensos, donde figuran tantos otros, que no han hecho nada.

¡Paciencia!, que también les ha de llegar el día.

Rumores han corrido que iba a sacar, al fin, el ramal tan deseado. El pueblo viejo, entumido ya en sus esperanzas tantas veces defraudadas, se ha conmovido. En sus casas solariegas que, al oír la noticia, ya le han parecido anticuadas, feas y destruidas, las familias fundadoras del pueblo se sienten tironeadas entre el amor innato a las costumbres añejas, con su patriarcal quietud, y el instintivo anhelo del progreso.

Pero, sólo fue rumor: duraron, es cierto, las conversaciones, algunos meses: se inició un amago de especulación en tierras, pero sin mayor resultado que de hacer tratar de loco, por la gente sensata y antiguamente afincada en el pueblo, a un forastero, de nacionalidad dudosa, que, recién venido, se metió a comprar a troche y moche, casi sin reparar en precios, chacras y quintas cercanas al pueblo. El viejo don Lino Villareal, que vino a formar estancia ahí, cuando el pueblo no era más que fortín, aprovechó la bolada y le vendió todas las que tenía al sur del pueblo. Muy buena plata dicen que ha hecho, sacando hasta mil pesos por una quinta de cuatro hectáreas, que se puede decir que la tuvo de balde, hará unos cuarenta y cinco años...

¡Oh!, pero más barata la tuvo el forastero loco, por mil pesos, que don Lino por los cuatro reales que le costó.

Cuando ya habían cesado los rumores y las especulaciones, y que se había vuelto a dormir el pueblo viejo, en el almohadón de su perezosa vida colonial, forrado ahora con la esperanza ya crónica, por lo lejana, del soñado ferrocarril, se llegó a saber, un día, que venían cruzando los campos, desde una importante estación de la línea principal, dos ingenieros y varios peones; medían, tomando

notas sobre la disposición del terreno, desatando, sin decir nada a nadie, y volviendo a atar, con toda perfección, los alambrados, y seguían su camino, en derechura al pueblo.

La emoción renació; a caballo y en sulky, muchos vecinos fueron a curiosear y a tratar de pispar algo sobre la ubicación probable de la estación: trabajo inútil, pues sacarles a los ingleses un dato que valiese un pito, ni pensarlo.

En seguida, los trabajos empezaron en el punto de arranque del ramal; los kilómetros de terraplén se vinieron estirando por la llanura, elevándose encima de los bajos, cortando las lomas, saltando, en puentes y alcantarillas, las cañadas y los arroyos.

Y los durmientes de algarrobo se iban colocando; y cada día adelantaba algunos centenares de metros la locomotora, arrastrando su largo tren de materiales, despertando de su sueño secular, con su agudo silbato y el trueno de su rodadura, la campaña atónita. A su paso, las majadas y los rodeos se limpiaban de sus animales viejos, vendidos a buen precio, para la manutención de los numerosos peones.

Las estaciones del trayecto se iban edificando, iguales todas, como hermanas mellizas, y la cinta de rieles ya casi alcanzaba al ejido del pueblo, sin que nadie supiera aún dónde vendría a quedar la estación.

Hasta que desembarcó un día el forastero de antes, como apoderado de la compañía, para tratar definitivamente con los dueños de terrenos y levantar las dudas. Pronto se supo que en la famosa quinta vendida por don Lino Villareal, estaría la estación, y éste tuvo el consuelo de saber que si no la hubiese vendido se hubiera hecho la estación en otra parte.

Empezaron los últimos combates entre la codicia encendida de los propietarios y la calculada liberalidad del delegado de la compañía. ¡Qué suerte, entonces, la de tener un rancho viejo o algún galpón inservible, justito donde, a la fuerza, debe pasar la vía! Tienen que

aflojar los ingleses, y vengan los pesos, por indemnización, y una casa nuevita, señor, en reemplazo de la choza volteada.

Muchos, también, es cierto, sufren perjuicios sin compensación, y no son pocos los que reniegan de la locomotora y de su penacho blanco, bandera de progreso y de civilización. En el pueblo aislado en medio de la Pampa, florecían las empresas de galeras; cuatro o cinco importantes casas de negocio dictaban al cliente la ley y sustentaban numerosas tropas de carros. Ahora, son puros lamentos: los mayorales de galeras tienen que buscar puntos más lejanos, con sus mancarrones flacos, sus coches desvencijados y sus aperos compuestos y recompuestos con tiento, arpillera y cabo de manila; los carreros, pronto los tendrán que seguir, y los comerciantes, ellos, lloran, inconsolables.

Es que se acabaron los tiempos aquellos, en que, estando la estación más cercana a treinta leguas, las mercaderías llegaban por cargamentos de cinco a diez carretas, quedando pronto saqueada la casa por los clientes, ávidos de surtirse a cualquier precio, los estantes medio vacíos y la caja llena. ¡Y cuando algún telegrama del consignatario anunciaba la suba de tal o cual fruto!, cualquier muchacho, dependiente de mostrador, servía entonces para acopiador; y todo el personal de la casa se desparramaba, galopaba por el campo, a comprar lanas o cueros. ¡A ponerse las botas, amigo!

Con la venida del tren, ha llovido boliches que, con un surtido de cuatro pesos, hacen competencia a la casa más fuerte. ¡Natural!, si le falta un sombrero del número 4, ¡zas!, un telegrama a la capital y, el día siguiente, lo tiene, por encomienda. ¡Y los frutos!, cualquier hacendado de mala muerte recibe hoy, de media docena de consignatarios, pedigüeños y sin plata, circulares y ofrecimientos, y tan bien conocen los precios que ya es inoficioso tratar de cazarlos sin perros. ¡Vaya con el tren bendito!

Sólo, con los estancieros, cantaba, sin reserva, glorias al ferrocarril, la voz alegre de Juan Cornifieri. Desde doce años, recorría el campo, cambiando pan y tortas por algunos puñados de

cerda o algunos cueros de cordero, y alzaba, por si acaso, en su carrito, todos los esqueletos de animales que encontraba, en sus largas cruzadas por la Pampa, emparvándolos en el patio de su casa.

La llegada del tren, del montón mal oliente, clasificado en caracúes, astas y huesos comunes, y listo para ser mandado a la ciudad, ha hecho todo un capitalito.

Partición de herencia

No hay como el olor a carne muerta para atraer desde lejos a todas clases de aves negras; y por pequeña que sea la presa, acuden, presurosas, solitarias o en bandada, silenciosas o gritonas, a tomar posiciones, de donde puedan dejarse caer a pellizcar.

Cuando murió doña Serafina, no faltaron algunas que vinieron a olfatear la presa. La herencia era poca: un rancho, un corral de ovejas, de lienzos de madera, bastante grande y bueno, con los palos correspondientes; los veinte cachivaches del modesto ajuar; una puntita de caballos bichocos, tres lecheras, y, más o menos, mil doscientas ovejas de clase regular.

Pero, por poca que fuese, bien valía la pena de prestar a los herederos el flaco servicio de sembrar entre ellos la discordia.

Con sólo conseguir de uno de ellos un poder en forma, ya se podía armar una de esas embrollitas capaces de disolver, en trampas y gastos de justicia, algo más de la herencia. Y en esto se ocuparon sigilosamente dos o tres de los buenos amigos que, en el pueblito, tenían los hijos de la finada.

Cinco varones y dos mujeres, todos mayores de edad, de poca instrucción, pero de algún sentido común; regularmente unidos entre sí; sin quererse hasta el sacrificio dispuestos a cuartearse unos a otros para salir de un mal paso, y hacerse menos penosas las ásperas sendas de la vida.

De los hermanos, uno era hombre muy formal, trabajador e inteligente, Eufemio, en el cual, aunque no fuera el mayor, todos tenían mucha fe y cuyos consejos no hacían dificultad en seguir.

Supo, pues, que a las dos hermanas, las estaban aconsejando mal, insinuándolas que los hermanos las iba a embromar, a quitarlas de su parte todo lo que podrían, y que debían nombrar algún apoderado.

Uno de los hermanos, Juan, el más joven, quien, si, por suerte, no hubiera sido tartamudo, habría salido muy doctor, apoyaba la idea; y cuando el candidato a apoderado, procurador conocido en el pueblito con el apodo de «Gusanillo», había desarrollado sentenciosamente sus argumentos irresistibles, él, con elocuencia espontánea, decía: «¡Por, por, por... por supuesto!», y quedaban muy perplejas las mujeres. Hasta que, una tarde, convinieron en que, el día siguiente, sin falta, iría una de ellas, de un galopito, a firmar el poder; y esta tarde, se volvió Gusanillo a su casa, tarareando alegremente una cancioncita, al compás del galope de su caballo.

Pero, esta misma noche, Eufemio reunió a toda la familia, y con los argumentos poderosos que le dictaba su convicción profunda, basada en un miedo cerval a la justicia, no les dejó duda que si pasaban los pequeños bienes, dejados por la pobre vieja, por las uñas de las aves negras, no le iba a quedar absolutamente nada.

-¿Co, co, co... cómo haremos? - preguntó Juan; y Eufemio le explicó que su idea era de pedirle a don Mariano, hombre recto y bueno, dueño del campo que arrendaba la finada, que se hiciera cargo de la partición, y la hiciera a su gusto, prometiendo todos de acatar lo que mandara.

-Así -dijo- evitamos gastos, discusiones, demoras, y juez por juez, me gusta más un mal conocido que un bueno por conocer.

-Se, se, se... se puede ver -dijo Juan, y remitiendo a otro día de firmar el poder, las hermanas asintieron, sabiendo que don Mariano arreglaría todo lo mejor posible.

Dos días después, don Mariano ató su caballo al palenque de la finada, con la cual, tantas veces, había venido a conversar un rato, escuchando con benévola sonrisa, entre dos mates, los charqueos que la vieja hacía del prójimo.

Enterado ya del asunto por Eufemio, para quien tenía la estima que siempre tiene un estanciero para el que, por sus cualidades, le haría cuenta tener de puestero, había formado su plan.

-Miren, muchachos -les dijo-, ustedes son siete, la herencia no es muy grande. No se metan a pleitear; si no se reparten todo a las buenas, de lo que ha dejado la finada, no les va a quedar ni un peso; de modo que cualquier arreglo vale más que irse ante el juez.

«Hagan una cosa. Contamos la majada y como no se puede cortar en siete trozos, a campo, la volvemos a encerrar. Ponemos en un sombrero los siete nombres y tiramos a la suerte. El que sale primero saca las primeras ovejas que salgan del corral, contadas hasta completar su parte, y así, en seguida.

«Si alguno sale algo más favorecido que otro, será por poca cosa, y no se podrá echarle la culpa a nadie.

«El rancho y el corral están en mi campo; les fijamos precio y cargo con ellos. Los muchachos podrán repartirse los caballos y dejar las lecheras y los cachivaches a sus hermanas, poniendo, por supuesto, a cada cosa su valor, y, si falta un pico de algunos pesos para equilibrar el reparto, se ha de encontrar.

-¿Qué, qué, qué... qué hago yo con mi, mi, mis ovejas? -preguntó Juan.

-Te las compro -le dijo Eufemio, que tenía economías y crédito- si don Mariano me deja en el puesto.

-Te lo iba a ofrecer, muchacho -dijo don Mariano-, y te completaré el capital para darte la majada en sociedad.

Otro hermano también le vendió sus ovejas a Eufemio y el reparto se hizo como había dicho don Mariano, sin más perito, sin más

abogado, ni procurador, ni juez que él, quedándose cada uno conforme con su lote.

Para festejar tan buen arreglo, Eufemio puso al asador un lindo cordero gordo...

En este momento, llegó el amigo Gusanillo, algo inquieto del silencio de su clienta; lo convidaron, y le contaron alegremente el corte dado al asunto.

Con otra presa había soñado el pícaro, que con una costilla de cordero, y la encontró algo desabrida, a pesar de la cantidad de ajos que, entre dientes, iba mascando.

Intrusos

Sebastián Aguirre había nacido en la Pampa, al sur, no muy lejos de Chascomús, muchos años antes de que el pueblo fuera puesto en comunicación con la capital, por el ferrocarril. El campo, en estas alturas, era entonces poco poblado, las estancias extensas y mal delimitadas; muchas tierras -la mayor parte- pertenecían al Gobierno, y éste las vendía o las arrendaba con facilidades de pago a los que las pedían; pero muchos, todavía despreciaban estos campos del sur, anegadizos que eran en muchas partes, poco seguros, expuestos siempre a las incursiones de los indios, pudiendo allí, el gaucho, entregado a sí mismo, vivir a sus anchas, errante, haragán, vicioso y peleador, en medio de una abundancia extrema de lo único que necesitase: carne, sebo y cuero.

Y en la choza paterna, edificada en campo fiscal, hirviendo, bajo su techo de paja, de la prole de sus viejos, anual y patriarcalmente aumentada, había aprendido Sebastián, desde chico, a vivir de lo ajeno, en campo ajeno.

Consideraba la pampa como bien propio y también las vacas que en ella andaban; y las aprovechaba a su modo, voraceando con ellas, como con cosas sin valor, ya que no las podía vender, pero indispensables para la vida.

Cuando cundió la población y que todos los campos de las cercanías llegaron a tener dueños, se empezó a disolver la familia, buscando cada uno de sus miembros el medio de seguir viviendo

como había acostumbrado: y Sebastián se fue hasta los cañadones inmensos formados por los derrames del Azul, del Chapaleofú, de los Huesos y de tantos otros arroyos, que buscando, sin encontrarla, su salida hacia el mar, se juntan y se mezclan, y ahí quedan, remolineando como trozos de hacienda entrados a la vez, por varias tranqueras, en un mismo corral, cubriendo con sus aguas estancadas, durante varios meses, área tan fértil y tan extensa que podría vivir en ella media nación.

Pero la llegada del ferrocarril y la venida de miles y miles de inmigrantes hicieron que toda la tierra tomase valor, y que hasta los cañadones se volvieran objeto de codicia para los que, aunque viviendo en la ciudad, no ignoran que del campo viene la riqueza, y conocen al dedillo las oficinas enlaberintadas, en zaguanes y corredores, misteriosos escondrijos donde se elaboran las combinaciones enriquecedoras. Sin mayor trabajo, llenan éstos los trámites exigidos por la ley, amparados por amistades de alquiler, y, sin más gasto que algunas propinas oportunas y unos cuantos papeles sellados, borroneados de mala prosa, brotan, a veces, de las obscuras bóvedas del avenegrismo habilidoso, los aristocráticos millonarios del porvenir.

Y tuvo Sebastián que mandarse mudar del rinconcito donde, durante algunos años, había dejado deslizarse su vida de suave holgazanería, únicamente ocupado en criar a su vez, toda una nidada de gauchitos, enseñándoles lo que él mismo sabía: jinetear, enlazar, carnear, esquilar, y cuidar la hacienda paterna de tal modo que aumentase a la vez por los medios lícitos que proporciona la naturaleza y por los ilícitos que, a escondidas, facilita la Fortuna.

Y se fue. ¡Oh!, ni por un momento le entró en la mente la idea peregrina de arrendar un retazo de campo para seguir, ahí mismo, cuidando, con toda tranquilidad, su pequeño rebaño. Sus instintos de independencia, la convicción innata de que la llanura toda más pertenece al que libremente la recorre que al que tiene la pretensión de poseerla, le impidieron solicitar alguna locación fija o un puesto a interés; y armó viaje para fuera, llevándose la familia, la hacienda y

los trastes, hasta que, muy lejos, y después de innumerables jornadas de indolente ganduleo pastoril por la llanura solitaria, volvió a encontrar otro campo fiscal. Cuatro leguas eran, de buena tierra, con buenas aguadas, cañadas fértiles y lomas que, aunque todavía de pastos muy duros, prometían un porvenir halagüeño. Era la reserva de toda una vasta comarca recién entregada a la ganadería, y había sido realmente previsor el Gobierno, al elegir tan bien el sitio donde, más tarde, se levantaría seguramente algún próspero centro de población, rodeado de quintas floridas y de chacras bien cultivadas.

En esa reserva -como bien se sabía que, antes de muchos años, no se formaría pueblo- se habían amontonado los pobladores, como vizcachas en la loma, y nuevos ranchos, cada día, surgían del suelo. Sebastián ahí levantó también el suyo. Las pequeñas majadas de esa gente se mixturaban a cada rato; eran tantas, que no se podían extender, ni, por consiguiente, prosperar; pero -consecuencia legítima de su situación irregular- el recurso de casi todos estos pobladores sin campo propio, ni esperanzas de tenerlo jamás, más era la hacienda de los vecinos ya establecidos en las estancias linderas que sus propios animales, y se habían vuelto plaga para los hacendados de buena ley, para aquellos que, antes de poblarla, habían sabido conquistar la tierra, en las oficinas del Gobierno.

Y como presentaran repetidas quejas vecinos expectables, el ministro de Gobierno resolvió tomar contra los intrusos que así se habían apoderado de estas tierras fiscales, tan previsoramente reservadas para ejido del futuro pueblo, medidas eficaces.

Hubiera podido, por cierto, consagrar los derechos de los ocupantes, repartir entre ellos, en equitativo prorrateo, las cuatro leguas que habían poblado, moralizando de golpe, con radicarlas en el suelo, treinta familias de vagos; pero no le pareció esto bastante radical: prefirió decretar la venta del campo y el desalojo por la fuerza, haciendo que, a las buenas o a las malas, tuvieran que volver a desparramarse a todos vientos, estos intrusos perjudiciales, con sus familias numerosas y sus pequeños rebaños; y, entre ellos,

Sebastián Aguirre, fiel a su destino de gaucho nómada, se fue a meter en una lonja angosta, sobrante de un campo vecino, donde con la resignación de siempre, esperaría que lo echaran otra vez.

Pronto se supo que las cuatro leguas de buen campo, tan previsoramente reservadas, en otros tiempos, para ejido del futuro pueblo, y libres ya de todo intruso, según afirmaban los partes de la policía, habían pasado a ser propiedad personal del enérgico ministro de Gobierno.

Mañas

Don Nicolás Santillán tenía una especialidad singular: todos los animales de su propiedad salían mañeros. El hombre no era mal gaucho, al parecer; sabía domar, enlazar, desollar un animal, como cualquier otro, pero sería perseguido sin duda por la suerte, pues no sólo nunca podía conseguir un caballo sin maña, sino que hasta las mismas ovejas se le volvían resabiadas; y de sus hijos mejor es no hablar, pues eran los peores de la marca; sin contar que, desde chicos, empezaban a ser, ellos también, maestros para formar animales mañeros.

Don Nicolás tenía, por supuesto, su buena tropilla de caballos; pero con una yegua madrina tan terrible para caminar maneada, que siempre, por la mañana, cuando iban de viaje, la tenía el amo que ir a campear lejos. Y raras veces, en estos casos, andaba todavía con ella cierto lobuno que, desde que lo habían asustado los muchachos con un cuero que arrastraban, no perdía ocasión de mandarse mudar solo, para la querencia.

De los demás, el que no era empacador, disparaba; uno había aprendido a sacarse el bozal, cuando estaba en el palenque, y a mandarse mudar, cuando estaba ensillado, lo que ya le costaba a don Nicolás dos recados completos; tropezadores algunos, espantadizos otros, cortándose de la tropilla varios, cuando iban arreados, cada uno tenía su maña.

Santillán era domador atrevido; no había potro que lo asustara y, por esto mismo, era brutal con ellos, y nunca los amansaba bien. Hay que ser un poco miedoso para amansar lindo, porque el que tiene recelo a los animales, en vez de irles en contra, les busca la vuelta. Tiene que andar con paciencia, para evitar los golpes; y el potro, tratado con suavidad, no cría mañas. Con don Nicolás, el que, aunque caballo ya hecho, no corcoveaba, al salir, o no se boleaba, coceaba al que se acercaba, o se revolcaba, para no dejarse ensillar, y más de uno, cansado en primer galope, había quedado deshecho para siempre.

Es que don Nicolás Santillán no había nacido para educador; no tenía paciencia, lo que primero se requiere.

Brutal, a veces, hasta el exceso, abusaba del rebenque; pegaba como loco y en cualquier parte, en la cabeza, lo mismo que en la grupa; y esto, sin motivo, casi siempre. Después, de repente, le entraba, por unos cuantos días, una mansedumbre tal que dejaba de castigar las peores faltas, de modo que el animal creía haber cambiado de amo, y aprovechaba la oportunidad para conservar las mañas que le habían hecho adquirir los rebencazos, y criar con esmero las que no le habían atajado.

Con el mismo sistema educaba a sus hijos y manejaba a los peones, de modo que, en la casa, eran a cual más mañero, hasta los mismos perros que nunca sabían, cuando se los llamaba, si debían venir o mandarse mudar, por no ser los chirlos, en la casa, resultado legítimo de algún delito, sino de mero capricho.

Para encerrar en los chiqueros la majada, cuando la quería repasar, le costaba siempre tanto trabajo a Santillán, que, las más de las veces, se acobardaba y dejaba que la sarna anduviera no más, haciendo de las suyas. Es que, en un corral que siempre tiene fallas, donde los listones quebrados no se cambian, sino que se tiende, para tapar el agujero, alguna huasca, pronto las ovejas dan con la tecla y cuando pasó una, pronto pasa la majada; y se vuelven a mixturar las apartadas con las otras, y se deshace solo el trabajo ya por acabar, y se manda todo al diablo, naturalmente.

Hay vacas que es un gusto llevarlas al rodeo; un grito en el campo, y paran la oreja, todas; otro grito, y se levantan las que están echadas, mirando ya para donde deben ir. Cuando se acercan los jinetes, todas empiezan a trotar; se juntan, se dirigen al sitio acostumbrado. Allí descansan y se quedan, tranquilas sin porfiar para el campo, cortándose el señuelo, al primer grito de «¡fuera buey!» y cualquier trabajo se hace con facilidad y bien.

La haciendita de Santillán, ella, parecía hija de Mandinga. No había primavera, a pesar de estar desde muchos años ya en el campo que arrendaba, que no se le fueran algunas vacas para la querencia vieja, y eso únicamente porque, al traerlas, las había cuidado mal, dejando irse algunos animales que nunca después se habían podido entablar. Para traerlas al rodeo, era todo un trabajo; parecía que si bien los gritos las hacían disparar, era para el lado opuesto; y se cansaban los caballos galopando y los perros ladrando, para sacar de las pajas a las vacas empacadas.

El señuelo, de repente, disparaba para el campo o se volvía, con todo lo apartado, al rodeo, al cual, por otra parte, era cosa difícil tenerlo parado solamente una hora; para esto hubiera necesitado cada vaca un peón.

-¡Vaya, vaya, con las mañeras! -se quejaba don Nicolás, pero no hacía nada para remediar el mal, y dejaba el trabajo sin poderlo acabar.

Tenía lecheras, Santillán, ¿cómo no?, pero para conseguir un vaso de leche, había que lidiar fuerte. Casi siempre, amanecía la madre con las ubres secas; y tranquilamente dormido en el palenque, estaba el ternero, con la trompeta sacada y la panza llena.

Y la señora de don Nicolás, que era la que ordeñaba, a pesar de su buen cuidado, muchas veces, había rodado por el suelo, con banquito, jarro y balde, renegando con la mañera que coceaba como mula; otras sabían a las mil maravillas detener la leche, quedando como si no la hubieran tenido, y los dedos más baqueanos no les podían sacar ni para llenar una taza.

Y mientras tanto, los toritos y vaquillonas amansados en el tambo, habían aprendido a colocarse en el maizal por entre los alambres y destrozaban las plantas antes que madurase el grano.

-Pero, ¿dónde habrán aprendido estas mañas? -clamaba Santillán, al ver que, por otro lado, los cerdos habían agujereado la troja y se comían el maíz, y que los peones se robaban todos los huevos, y que las gallinas destrozaban los cuatro repollos que constituían la huerta.

Y muy sosegado, sentado en la cocina, llenando el mate por la trigésima vez, repetía:

-Pero, ¿dónde habrán aprendido esas mañas?

Vuelta al pago

En 1880, una vez asegurada la conquista de toda la Pampa, con miles de leguas libres de indios y desiertas, no había pretexto ya, para un joven sano, guapo y de atávico resabio de andariego, de quedar, toda la vida, encerrado entre sus cañadones nativos, de los derrames del Gualichú, sin ir a conocer mundo. Así lo entendió Antonio Mesquita, y con la venia paterna, se fue a buscar fortuna por aquellos campos recién abiertos a la población y al trabajo, del Azul al Río Negro. Con su tropilla por delante, armado de un recado completo y de buenas huascas, de un sombrero nuevo y de una muda de ropa, se fue, como tantos otros, a cincuenta, a cien leguas y más, conchabándose de peón de campo, trabajando por día en los rodeos, de mensual, a veces, buscando quién le diera alguna majada a interés o cualquier otra colocación ventajosa. Y se quedó así, muchos años, ganándose regularmente la vida, hasta que habiendo sabido que el viejo estaba muy enfermo, pidió licencia al patrón con quien entonces trabajaba, y se fue a hacer un viaje a la querencia vieja.

Cerca de quince años habían pasado desde que había salido de ella; ¡quince años!, todo un trozo de vida; y galopaba, tragándose las leguas, y pensando en lo que iba a encontrar por sus pagos. ¡Cuántos cambios iba a ver!, no lo iban a conocer, por cierto, lampiño que era, cuando se fue; barbudo, ahora, como cabrón. ¡Qué cosa!, y cómo pasa el tiempo, ¡quince años!, y le parecía ayer. Más

sueño parece, a veces, el recuerdo de lo que realmente ha sido que la frágil esperanza de lo que quizá nunca será.

De vez en cuando, había tenido noticias de la familia; sus hermanos y hermanas se habían desparramado, casi todos, por estos mundos de Dios. Sabía que ninguno había hecho fortuna, pero si pocos eran los que tenían hacienda, todos, por lo menos, tenían hijos, y bastantes.

Los padres, ellos, habían quedado acompañados por dos o tres de esas familias, así brotadas, y no les había faltado ayuda. Por lo que era de él, venía tan pobre como se había ido, con sus caballos, su recado y su lazo por todo haber, lo mismo que al salir, sin haber juntado un peso ni formado familia, y sin haberse acordado siquiera, en quince años, de venir una vez a visitar el rancho paterno.

Iba galopando, cuando su caballo, dando un paso en falso, casi rodó en un charco, y lo salpicó todo.

-Me desconocen los cañadones -dijo, y vio que ya había dejado atrás la región arenosa de la Pampa, para entrar en la que, a cada paso, le iba a hacer acordar los risueños momentos de la niñez y de la juventud.

El invierno había sido lloved or, y el sol todavía no tenía bastante fuerza para haber secado los cañadones; así mismo, empezaba a bajar el agua, dejando marcado lo que había sido su orilla, con una orla de resaca, y asomaban, en el suelo empapado, las puntitas verdes del pasto nuevo que tan bien hace purgar las ovejas y apesta los corderos.

¡Ah! ¡Gualichú bien nombrado!, que no pierde ocasión de salir de su cauce para desparramarse en la llanura, cambiando la verde pradera en cenagoso criadero de plagas.

Iba Antonio Mesquita, acercándose a la querencia, pisando agua, chapaleando con regocijo íntimo -¡hacía tanto tiempo que sólo andaba por campos arenosos!- entre los duraznillales de triste follaje gris y ralo. De la tropilla que arreaba, sólo la yegua madrina y dos caballos eran de los que había llevado, al salir del lado de sus

padres, y pocos relinchos cambiaron con las manadas del pago, por series, en su mayor parte, desconocidas; así sucede, que las vueltas, después de muy largas ausencias, despiertan siempre más curiosidad que cariño entre los que así se vuelven a ver, y que, por poco, parece intruso el que llega.

Pocos montes nuevos habían surgido; se comprende: ¿quién va a poblar en esos campos anegadizos? Una que otra zanja insignificante, perdida entre esta masa de agua, indicaba, por lo impetuoso de su corriente, las ganas que tienen de ser desagotados, y lo que podría producir el espíritu de asociación, con alguna iniciativa inteligente, en vez de la ruina, hija de la dejadez y de la mezquindad de gobiernos y particulares.

Los chajaes bulliciosos, de elegante cabecita copetuda y de cuerpo abultado; las garzas y las cigüeñas, imponentes, en su andar acompasado; los patos de mil clases, los gansos y los majestuosos cisnes, reinaban tranquilos en ese dominio que sólo les disputaban los mosquitos insoportables. No eran, pensó Antonio, los mismos reyes que cuando él se había ido, pero eran de la misma dinastía.

Algunos cambios, asimismo, pudo notar el viajero; las majadas que, cuando se fue, eran todas merinas, se habían vuelto Lincoln; en muchas partes, se ordeñaba vacas por centenares; en las lomas, había mucha tierra arada y por todas partes, parvas grandes de alfalfa. Se cruzó, en el camino, con unos gauchos que arreaban una tropilla y, junto con ellos, pasó un puente; ¡un puente, qué lujo!, y fijándose en los gauchos aquellos, notó que a pesar de llevar el lazo en el anca, no tenían ya el garbo peculiar de la raza; algo, en la facha, como de gringo tenían, y más bien que jinetes, eran hombres a caballo. ¡Y cómo no!, si ya no lidia más esa gente que con hacienda mansa.

Cuando llegó al rancho paterno, le ladraron fuerte los perros, como a cualquier forastero; muchos niños había, que tampoco sabían quién era, antes de darle la bendición de bienvenida. El viejo había muerto, y, dos días antes, lo habían llevado; la casa toda y sus

habitantes estaban sumidos en profundo luto, y Antonio también se vistió de negro.

Pero a los pocos días, se sintió demás en ese hogar que le era como ajeno, y poco tardó en despedirse y en armar viaje, otra vez, para los campos de afuera, donde el horizonte le parecía más despejado y la vida menos oprimida.

Autoridades rurales

En un rincón perdido de la Pampa lejana, sin agua mejor, sin más montes que en cualquier otra parte, y nada más que por un capricho del dueño del campo, se ha formado un pueblo. ¿Pueblo?, denominación algo pretenciosa para una aglomeración de media docena de casas o ranchos, colocados sin orden, alrededor de una cuadra pelada, titulada Plaza.

Pueblo es, no lo duden, o, por lo menos, algún día lo será. Por ahora viven bien felices sus habitantes. Para fomentar la formación de su pueblo, que su imaginación impaciente sueña ya ciudad, el dueño ha regalado a cada uno de los seis primeros pobladores un solar de veinticinco metros de frente por cincuenta de fondo, con la única condición de edificar en él una casa de dos piezas. Y ya están instalados en sus casas esos seis favorecidos, gozando de la inesperada suerte de vivir en casa propia, edificada en terreno propio.

¡Qué casa!, ¡qué terreno!, ¡un rancho de barro, en mil doscientos cincuenta metros cuadrados! Pero, para el pobre, es la dicha; y se encuentra tan rico, cuando contempla los treinta repollos que ha conseguido en su propiedad, y que crecen lozanos, como el mismo patrón de la estancia, cuando viene a pasar balance y cuenta sus treinta mil ovejas, repartidas en diez y seis leguas de campo.

En ese embrión de pueblo, no hay municipalidad, no hay juez de paz, no hay comisario de policía, no hay tampoco recaudador de

rentas; no hay cura, porque no hay iglesia; y el maestro de escuela, un pobre viejo haraposo, muy dedicado a estudios comparativos de las varias clases de bebidas que despacha el boliche vecino, y que junta, cada día, durante dos horas a ocho muchachos, en una pieza prestada, para enseñarles las primeras letras, no tiene ni el más remoto aspecto de autoridad, a pesar del alto valor en que estima su ciencia.

No habiendo autoridades especiales, no existen tampoco escribientes, secretarios, empleados, y no habiendo juzgado, no nació todavía la plaga de las aves negras, que saben suscitar cuestiones y pleitos entre los vecinos, entre éstos y el fisco, entre las mismas autoridades, entre la luna y el sol.

¡Pueblo feliz!, pero, lo mismo que todas las felicidades sin sombra, esto no puede durar mucho. El dueño del pueblo ha vendido algunos solares más; el número de casas fue aumentando; no son ya sólo ranchos de barro, los que se van edificando: un horno de ladrillos se estableció y provee material. Las calles se han delineado, todas de ángulo recto, según la ley inmutable, dictada en el siglo décimo sexto, por el rey de España, y algunas casas tratan ya de distinguirse por su frente de relativo lujo.

Los terrenos van tomando cierto valor; la población acude. Las casas de negocio se multiplican; la competencia nace, trayendo consigo amagos de discordia: se acabó la edad de oro.

Casi al mismo tiempo que, ocurriéndosele que debería ser su pueblo, cabeza de partido, empezó el dueño a empeñarse con el Gobierno provincial para conseguir su objeto, a uno de los comerciantes le pareció que el título de juez de paz daría a su casa una superioridad indiscutible sobre las demás, y como el Gobierno, al atender esos pedidos, pensó en aprovechar la coyuntura para dar colocación a algunos amigos sin empleo y, por consiguiente, fastidiosos y cargosos, en pocos meses cayó sobre el pueblito toda una manga de funcionarios.

Un intendente municipal, que no tenía en la localidad terreno alguno, empezó por obligar a los vecinos, propietarios de solares en la plaza, a cercarlos y a ponerles vereda, lo que les hizo gastar cinco veces el valor primitivo del terreno. Subieron mucho los ladrillos, porque el plazo era corto y perentorio, y pronto se supo, sin que nadie se admirara, que el señor intendente era socio con los horneros.

Fue nombrado juez de paz, el negociante que lo había solicitado, y administró la justicia, basándose, para fallar, no en los códigos que adornaban su mesa de trabajo, sino en la costumbre que podían tener las partes de sacar sus gastos de su almacén o de algún otro.

Vino un recaudador que empezó por revisar las patentes, hasta entonces paternalmente avaluadas, según la importancia total del negocio, y, la ley en mano, dejó caer un granizo de multas sobre los bolicheros, por haber tenido en sus estantes, sin pagar patente separada de zapatería, cigarrería, ferretería, ropería, sombrerería y confitería, media docena de botines, veinte kilos de tabaco, cuatro paquetes de puntas, seis pantalones, ocho sombreros y diez cartuchos de caramelos.

Y siguiéndose las plagas, como las de Egipto, llegó un comisario de policía que se hizo pagar mensualidades por las casas de negocio, para mantener, decía, a su personal; apaleó a los pobres, sacándoles multas, por cualquier delito imaginario, dejándose poner en los ojos una venda de pesos, para no ver las casas de juego, y tomando parte en los negocios de una carnicería que compraba muy pocos animales, en proporción de los muchos que despachaba.

Bien pronto crecieron los quehaceres del intendente, del juez, del comisario y del recaudador, y necesitaron secretarios, escribientes, empleados de todas clases; y para pagar los sueldos de tanta gente, todos dieron cancha a su imaginación administrativa, para crear impuestos, no bastando ya las multas para tener las cosas en un pie serio, ordenado y seguro.

Y las autoridades de la ciudad, cabeza de distrito, ponderaron la prosperidad del pueblo nuevo.

Prosperidad será; ¡pero cuán más felices eran los habitantes!, antes de conocer las ventajas de ser administrados, gobernados, estrujados, despojados y violentados por esos forasteros hambrientos, atorrantes politiqueros, mandados por el Gobierno provincial para llenarse los bolsillos, en perjuicio de la gente productora, terribles bacilos, destructores del progreso.

Si, todavía, se tuviera el consuelo de pensar que, gracias a los grandes odios que nacen generalmente de las pequeñas pasiones políticas, se comerán entre sí; pero no, pues nunca falta un acuerdo que los salve de la muerte. Y, aun suponiendo que desaparecieran algunos, no han de faltar otros, para tomar su sitio en el festín.

En viaje

Fortunato Lucero, hijo de un capataz de campo y de la cocinera de los peones, se había criado en la estancia, gateando entre las patas de los caballos, con los demás cachorros, con quienes compartía los rebencazos paternos y los fondos de olla, huesos de puchero y sopa de arroz enfriada, entregados por la madre, para que les dieran, entre todos, una limpia preliminar. Y sin haber dejado nunca el establecimiento, a los treinta años, era el capataz de más confianza que tenía el patrón, para salir a los apartes o traer alguna hacienda; pero nunca había subido en un tren, ni se le ocurría que jamás le pudiese esto suceder.

Lo había visto pasar a menudo; y, desde tres años que existía la estación, en el campo lindero, una que otra vez, había llegado a curiosear y ver de cerca al monstruo, pero no le entraban mayores deseos de entregarle el bulto. Le tenía más fe a su tropilla de picazos.

Y hete aquí que una tarde, el mayordomo, en vez de darle las órdenes en la forma acostumbrada, le lee un telegrama del patrón, ordenando que, por el primer tren, fuera a la estación Angélica, donde encontraría caballos, para ir a recibir una hacienda, y traerla.

El mayordomo explicó a Fortunato que tenía que embarcarse a las siete de la mañana, y que a las tres estaría en su destino. Le dio plata para el viaje, y lo dejó sumido en la secreta e infantil emoción

que hacía nacer en él la idea de ir, por primera vez, por ferrocarril, en vez de ir por tierra, como solía decir.

Nadie, por supuesto, lo supo nunca; pero Fortunato durmió mal, esa noche, entre sueños intrincados, en que su tropilla, ora era perseguida por el tren, ora lo arreaba, hasta que después de haber ensillado él la locomotora con su recado, se sintió arrebatado con velocidad infernal, en medio de vapores espesos y de ruidos de trueno, hacia campos desconocidos, donde se encontró con una chinita lo más atenta, que le decía llamarse Angélica.

Y a las siete, subió en el vagón, con su recado bien acomodado, entregándose, con recelosa resignación, a su suerte. Pronto vio que el diablo no era tan negro como a sí mismo se lo había pintado. La mañana era fresca; el tren iba ligero, haciendo desfilar con rapidez, bajo sus ojos, los campos de su pago, que conocía palmo a palmo, y algunos trozos de las haciendas vecinas de la estancia, tantas veces revisadas.

Miraba por las ventanillas, con esa atención, rápidamente escudriñadora, del hombre acostumbrado a extender la vista en dilatados horizontes, anotando sin pensar, en su memoria, por ese solo instinto que da el desierto, y comparando entre sí, los mínimos detalles de los campos que atravesaba: la posición y la forma de un rancho, de un monte, de una laguna.

Se estremeció, al cruzar el tren, con fragor, un cañadón, y se admiró que hubieran hecho semejante puente de fierro para pasar un poco de agua, que no alcanzaba a la rodilla de un caballo.

Con extrañeza, veía el alambre del telégrafo bajar y subir continuamente, entre los postes que lo sostenían. ¡Y estos postes!, ¿de dónde los habrían traído?, pues en esta parte de la pampa, por donde cruzaba el tren, no había montes. ¡Qué torcidos eran!, parecía que los hubieran elegido adrede para la risa. Unos, doblando la cabeza, fingían hacer estupendos esfuerzos para sostener sus dos aisladores y los cuatro hilos; otros, ondulados de los pies a la cabeza, se retorcían, como de dolor; ¿sería por las quemaduras de

que eran cubiertos?, algunos parecían bailar, o quizá tratarían de sacar los pies del agua, en que los habían plantado; éstos daban vuelta para arriba al pescuezo, como para mirar al ave de rapiña asentada en su punta, carancho o gavilán, chimango o águila. Y ni la vaca que en ellos se refregaba, ni las críticas de Fortunato atajaban, en su marcha de relámpago, las noticias, buenas o malas, importantes o nimias, comerciales o políticas, que, por el hilo, sin cesar, silenciosamente vuelan.

El sol, mientras tanto, subía y empezaba a calentar de veras el techo del vagón, los herrajes y la vía, cuya reverberación, a su vez, calentaba el piso del coche; de modo que ya se viajaba como pan a medio cocer, en un horno ambulante.

Y Fortunato encontraba que no era nada el calor del sol, en el rodeo, comparado con el que se sentía en esa caja, llena de viajeros, de humo, de olores y de una tierra tan espesa que había que cerrar las ventanillas y ahogarse por falta de aire, para no ahogarse con ella.

Quiso echar un sueñito. Pero, vaya, con ese calor, no se puede dormir, y volvió a mirar el campo, aburrido, y con muchas ganas de tomar un mate.

En este momento, unos italianos que iban a hacer la cosecha en el norte, sacaron de las lingheras, salame, pan, cebollas y vino. Fortunato, gaucho imprevisor, que viajaba sin una galleta, siquiera, acostumbrado a encontrar, siempre y en todas partes, el trozo de carne que necesitaba para conservar el vigor nervioso y la elegante delgadez de su sobrio cuerpo de jinete, dejó, a pesar suyo, deslizarse sobre las apetitosas vituallas, una mirada de envidia.

Y los italianos, al verlo tan marchito y tan desprovisto de todo, contentos, por otra parte, de tener un pretexto para entablar relaciones amistosas con gente del país, como deseosos de hacerse perdonar por el gaucho, a quien bien comprenden que, por pacífica y humilde que sea su invasión, lo van despojando, poco a poco, del

beneficio de la vida de abundancia y de pereza pastoril que hasta hoy ha llevado, fraternalmente, ofrecieron de comer al paisano.

Fortunato, que se hubiera dejado morir de hambre, antes de pedirles un bocado, aceptó sin cumplimiento, y dejó a los italianos convencidos de que si el gaucho es sufrido y sabe pasarlo sin comer, también, cuando se ofrece, le sabe pegar fuerte.

Y las horas pasaban, monótonas, rodando el tren por la solitaria llanura, cruzando campos bajos que verdean, cañadones que relumbran, pajonales que esperan el arado, trigales dorados que esperan la segadora, alfalfares de esmeralda, muestras de la Pampa del porvenir, y médanos áridos, recuerdos de la Pampa prehistórica.

Se seguían las estaciones, iguales, de construcción uniforme, con sus nombres de santos, de guerreros de la Independencia, de generales de fronteras, de estadistas y de politiqueros, de sabios, de literatos y de personales nacionales y extranjeros, de ingleses promotores de la línea, de antiguos propietarios y de efímeros especuladores, de vencedores y de vencidos de las luchas políticas, de astrónomos célebres que han pasado su vida contando estrellas, y de modestos estancieros que pasaron la suya contando ovejas, de hombres que no han sido más que ricos, y de hombres que no han sido más que útiles, con apellidos ásperos de caciques indios, o con graciosos nombres de niñas cristianas.

Entre las estaciones, algunas habían prosperado de modo inaudito, viéndose en pocos años rodeadas de una verdadera ciudad; otras habían quedado estaciones no más, y la suerte ciega, muchas veces, había permitido que creciera hasta volverse pueblo, justamente la estación que llevaba el apellido de un hombre chiquitito, dejando chiquitita, la estación coronada de algún nombre glorioso.

De repente silbó fuerte la locomotora, y el tren casi se paró, echando bufidos como mancarrón asustado.

-¿Habrá visto algún tigre? -y el amigo Fortunato, apretando el sombrero con la mano, se estira por la ventanilla, para ver lo que

pasa.

Pasa que la vía no está todavía alambrada, que los vecinos cuidan mal, y que a una vaca flaca que se estaba calentando los huesos en la misma vía, la alzó el miriñaque de la locomotora y la volcó en la zanja, hecha una bolsa de huesos.

-¡Pobre vieja! -dijo Fortunato; y viendo que cuatro yeguas, ahora, iban trotando entre los rieles, como arreadas por la máquina, sin que se les ocurriese bajar del terraplén, se agitaba el hombre, se desesperaba, gritándoles que no fueran zonzas, hasta que también cayó una víctima del apuro humano.

Y medio kilómetro más allá, fue toda una majada de ovejas, que empezó a disparar, siguiéndose locamente, deshilándose por delante del tren, en forma de arco, hasta que la locomotora la cortó por lo más delgado, matando media docena.

Pero ya pronto iba a llegar Fortunato a Angélica, y le faltaban ganas y tiempo para protestar contra las crueldades de esta huella sin pantanos, tan recta y corta, que va buscando poblaciones viejas, y sembrando por el camino tantas otras nuevas. Sobre todo que estaba muy ocupado en mirar a un muchacho que, a todo correr y castigando el caballo, no podía igualar la marcha del tren, a pesar de haber sido ya aminorada, y calculó con asombro, que, en ocho horas, había hecho, sin reventar mancarrones, alrededor de treinta leguas. Tuvo que confesar, riéndose, a sus nuevos amigos, los italianos, que el ferrocarril es una linda invención, y que los gringos que viajan en él no son mala gente.

El rubio

No era el Rubio un gaucho cualquiera, sino que parecía marcar una especie de transición entre el gauchaje verdadero, de melena y barba cerrada, de chiripá y de poncho, hábil enlazador y gran jinete, y el paisano de chacra, criado en las orillas del pueblo, del cual ha tomado los vicios algo refinados ya, sin haber adquirido la destreza peculiar y la resistencia del verdadero hombre de campo.

Sabía enlazar y sabía pialar; era bastante de a caballo, había aprendido a esquilar y entendía de cuidar hacienda, pero todo lo hacía de aficionado y sólo cuando lo apremiaban necesidades urgentes, pues muy poco le gustaban los trabajos fuertes, peligrosos y cansadores.

Buen mozo, de linda presencia, debía su apodo al bigote rubio que sólo guardaba sin afeitar y cuyo color tan diferente del de sus hermanos hubiera podido hacer sospechar alguna inadvertencia casual de su madre Dorotea, si no hubiera sido de notoriedad pública que las inadvertencias de dicha señora habían sido demasiado frecuentes para ser casuales.

En el puesto materno -pues doña Dorotea, viuda... naturalmente, había sabido conservar, como herencia o recuerdo de los diferentes compañeros de su agitada juventud, una majada de ovejas- tenía siempre la tumba y un rincón para tender el recado; pero no le bastaba esto para vestirse como lo deseaba, asistir a las carreras, jugar, tomar, frecuentar los bailecitos orilleros y llevar, por fin, una

vida de puros placeres, y tenía que apelar a otras fuentes de recursos: sus dones físicos y su falta de vergüenza.

Era muy gastador y tiraba lo poco que trabajando ganaba lo mismo que lo que le daba el juego o lo que le provenía de ciertas operaciones nocturnas, de las cuales participaba con sus hermanos, mejores gauchos que él pero menos vivos para deshacerse ventajosamente de lo robado. El que sabe tirar los pesos pronto cría fama de generoso y fácilmente se hace de muchos amigos y más aún -si también es buen mozo-, de muchas amigas. El Rubio se había vuelto el gran conquistador de corazones, en las chacras y quintas del pueblito y, a pesar de los celos que entre sus víctimas despertaba su conducta, de los odios y rencores que sus infidelidades entre ellas suscitaban, se daba maña el hombre para conseguir, hasta de las más resentidas, sonantes auxilios que le servían para aumentar el número de sus esclavas, mofándose de las amenazas de padres y maridos engañados. Recibía de una, daba a la otra, sacando así tributo de conquistas realizadas para emprender otras.

Los gauchos tenían para sus proezas verdadera admiración y escuchaban con envidia las que narraba, aumentadas con cien mentiras o adornadas con excitantes invenciones.

Consiguió estar, por un tiempo, quizá por ocultas influencias femeninas, de capataz en una estancia, y fueron, para el vecindario, entretenida función y gracioso espectáculo, las intrigas y los celos de tres o cuatro mujeres empleadas en el establecimiento y casadas todas, para apropiarse tan hermosa prenda, a despecho de sus deberes matrimoniales.

Y aseguraban las malas lenguas, y él las dejaba decir, que ninguna se hubiera debido quejar, ya que a ninguna había despreciado. Pero las malas lenguas traen a menudo desgracias, y uno de los peones de la estancia, que fue o se creyó víctima de las hazañas del Rubio, se la juró.

El Rubio era más gritón que peleador, y más bien para darse corte que por otra cosa llevaba facón en el cinto cuando iba a las carreras o alguna reunión; pero hasta el más cobarde suele, por amor propio, contestar a un desafío, y aunque, muchas veces, de pura parada, salga a relucir una daga, sucede que, sin querer, se vuelve serio el juego y corre sangre. Así sucedió cuando dieron por topar los dos contrarios. El Rubio pronto vio que no era por broma que el otro sacaba el cuchillo, y aunque el pretexto fuera una repentina disputa de taba, se dio cuenta de que el verdadero motivo era otro, y peleó con todo el valor, no sólo del gallo desafiado, sino también del miedoso que no puede huir. Tampoco, por lo demás, era manco y consiguió herir tan bien a su adversario que le causó la muerte.

Fugó; pero le tenía ganas un oficial de policía, por otras competencias amorosas -pues si suelen ayudar ciertas simpatías, también suelen desbaratarlo todo-, y no descansó éste hasta dar con él en la cárcel; y a pesar de los empeños que hubo para componerlo, pues semejante sujeto no podía menos que tener protectores, tuvo el Rubio que quedar tres años sin hacer hablar de sí.

¡Tres años!, hubiera sido como para morirse de fastidio, si no le hubiera dado -pues, tampoco era tonto- por aprender, durante ese tiempo, a leer y a escribir.

Y salió de la cárcel el Rubio, si no hecho otro hombre, por lo menos con una arma más que poner al servicio de sus vicios y ambiciones. Lo mismo que antes, se mostró gran conquistador, derrochador y jugador, pronto a desafiar, bochinchero y turbulento, pero, al mismo tiempo, su pequeña ciencia le daba cierto aplomo que pronto se volvió prestigio, y de tal modo creció el círculo de sus admiradores, que se hizo, para ellos, todo un caudillo.

Lo distinguió el ojo certero del juez de paz. Gobernar es elegir; y cuando ya se iba haciendo el Rubio insoportable para todos los que no eran secuaces suyos, amenazando, desafiando, imponiéndose más que si hubiera sido autoridad, lo juzgó ya el juez apto para desempeñar puestos de confianza e hizo que coronase el Gobierno su ya hermosa carrera con las funciones de comisario de policía.

TRANSFORMACIONES

Cuando Liborio Peralta hubo oído todo lo que contaba su amigo Antonio Mesquita, de los cambios con que, después de quince años, había topado en sus antiguos pagos, le dieron las ganas de ir, él también, a pasar unos cuantos días en la querencia vieja, para ver si era cierto lo que decía el compañero.

Hacía también muchos años que faltaba de los campos del Bragado, donde había nacido y pasado su juventud, y bien se figuraba que si, por el Gualichú, todo había cambiado tanto, igual debía de ser por las costas del Saladillo.

Lo que sí, antes de decidirse a armar viaje, esperó todavía un tiempo, dejando, hoy por un pretexto, mañana por otro, pasar semanas y meses. Es que el amigo Liborio no se había ido afuera, solamente a buscar fortuna; dejaba tras sí, al mandarse mudar, al trote largo de su tropilla, a otro gaucho mal herido, después de una pelea, en un boliche; y, aunque bien supusiera que, después de tantos años, nadie se iba a acordar de él quedaba algo irresoluto, entre las ganas de ir y el recelo de ser molestado, sobre todo que nunca había podido averiguar si el herido había muerto o no.

Pero ya, después de dos años de vacilaciones, alentado por lo que todos le decían, que no podía haber peligro ni siquiera de que lo conocieran, se marchó. Era un viaje como de cien leguas el que tenía que hacer, pero no tenía por qué andar de prisa; viajó

despacio, conchabándose por día, donde encontraba algún trabajo a su gusto, y, poco a poco, se fue acercando a la querencia.

No hubiera creído el hombre que le produjera emoción alguna el pisar otra vez, después de su larga ausencia, los sitios en que había aprendido a vivir.

Así fue, sin embargo.

Todo, por supuesto, había cambiado en grande. Cuando se había ido, en 1880, no pasaba el tren todavía del Bragado, que era un pueblito, no más. La campaña era todavía bastante desierta, con puros campos grandes y poca hacienda; ahora, por todos lados, había montes, alambrados, caminos. El ferrocarril cruzaba por donde no se había conocido antes un rancho siquiera, y en cada estación había un pueblito formándose, con galpones llenos de maíz y trigo, y un movimiento loco.

Liborio, al principio, cada vez que se encontraba con alguna tropa de carros o con algún transeúnte, temía ser conocido; pero pronto vio que casi todos los que por ahí andaban eran extranjeros que no lo podían haber visto nunca. Hasta pasó cerca de él una comisión de policía; pero, si eran del pago los milicos que la componían, habían sido criaturas cuando él se había ido, y lo dejaron pasar, indiferentes. Lo que le llamó la atención fue lo bien que estaban equipados y armados; esto ya no tenía nada que ver con los policianos agauchados de antaño.

Se dejó llegar a una casa de negocio que, en otros tiempos, había conocido boliche, y fue entonces cuando se pudo dar cuenta de los cambios que habían sufrido, no sólo las cosas, sino también la gente. Era día de trabajo, pero, asimismo, había en la casa mucho movimiento y bastante gente. Mientras Peralta almorzaba con sardinas y nueces, consideraba con cierta admiración el ambiente nuevo que lo rodeaba y en el cual se sentía medio perdido.

Afuera, en los campos desiertos aún, donde viviera boleando, changueando y matrereando, tantos años, todo era todavía como en los de su nacimiento, cuando los había dejado y reinaba todavía,

inconmovible, el boliche angosto, obscuro y sucio, de paredes de barro y techo de zinc, con el mostrador protegido por una gran reja de fierro, detrás de la cual andaba el personal de la pulpería, al reparo de las arremetidas de borrachos y gauchos malos. Lo que vela ahora era una amplia casa de material, anchos mostradores, accesibles a cualquiera; con piso de tabla, como en una sala, y vidrieras por todas partes, llenas de una porción de cosas que nunca había visto Peralta, ni suponía que pudieran servir de algo.

En los estantes, había pocos ponchos y chiripaes, y al ver a los parroquianos que entraban en la casa, se comprendía fácilmente que debían de ser estos artículos ya pasados de moda. Los clientes, casi todos, eran italianos, con uno que otro español, y venían a hacer sus compras, acompañados de sus mujeres, las cuales se daban un tono bárbaro, pero con modales toscos de gente sin cultura, enriquecida de golpe.

Todos hablaban a gritos, y aunque no fuera en cristiano, el pulpero los entendía muy bien, pues era de la misma nación.

Por lo demás, sus conversaciones pronto parecieron algo insulsas a Liborio. Muy poco hablaban de animales, de rodeos y de majadas, de yeguas perdidas y de marcas, o más bien dicho, nada; pues todo era hablar de trigo, de siembra, de cosecha, de negocios; parecía que ni se sabía ya casi lo que eran carreras.

Lo que compraban tampoco nada tenía que ver con lo que acostumbran consumir los gauchos. Tomaban ellos las copas, pero siempre eran de vino, vino francés, o carlón, o barbera, o aun de Mendoza, pero puro vino, y vino tinto, siempre, como para ponerse bien coloradas las mejillas, la nariz y las orejas. Y con esto una porción de cosas que nunca antes se hubieran vendido: compraban más pan que galleta, y más camas cameras, buenas y confortables, que catres. Pocas coronas y pocos estribos pedían al mozo, pero sí bolsas a millares, y arados, y máquinas agrícolas, y más palas de puntear vendía el pulpero que cuchillos y facones.

Liborio se admiraba de ver tan pacíficos, hombres tan fuertes y tan fornidos, y le entraba hacia ellos como un desprecio cada vez más profundo. Se congratulaba de haber dejado esos pagos, invadidos ahora por tanto gringo. ¿Qué habría hecho él con quedarse entre esa gente? ¿De qué le habrían servido, con ellos, sus habilidades criollas? Casi era como si le hubiesen quitado la patria; pues había tenido, a ratos, la idea de quedarse en éstos sus pagos y de buscarse la vida en ellos; y ahora se encontraba como desterrado, en medio de otras costumbres, de otros modos de vivir y de pensar.

Vio que para seguir ahí, hubiera tenido que aprender demasiadas cosas, y lo mismo que su compañero, Antonio Mesquita, optó por volver a los campos desiertos de la Pampa, donde la vida se reduce a tan pocas necesidades que también casi huelgan las obligaciones.

No para todos es la bota de potro, ni tampoco para todos tienen atractivos los progresos de la civilización.

Protección eficaz

El día que su patrón, hombre influyente en la política local, procurador y agente judicial, amigo del juez de paz y quién sabe qué en la Guardia nacional, le aseguró que sería muy fácil hacerle conseguir en arrendamiento un buen lote de campo de estancia, de los del Gobierno, con derecho a compra, don Manuel Fernández pensó haber realizado el sueño dorado de su vida, larga ya, de empeñosos esfuerzos, y de trabajo rudo y asiduo.

Honrado y robusto hijo de Galicia, venido al país cuando apenas tenía veinte años, de ninguna instrucción y de poca viveza natural, pero lleno de buena voluntad, se había internado en la campaña, fijándose en el Azul, pueblo fronterizo, entonces, pero importante ya, y lleno de recursos y de porvenir.

A su humilde suerte había ligado la suerte más humilde todavía de una china de por allá, y formado una familia algo numerosa, a la cual había conseguido inculcar el amor al trabajo.

No vaciló en aceptar la oferta del que consideraba como su desinteresado protector y que, en su ignorancia, creía ser a la vez que un verdadero hombre de estado, un gran doctor, un distinguido militar, y un hombre de bien.

Puso su firma -lo que, para él, era el más penoso de los trabajos- al pie de un documento que debía, según dijo el otro, asegurar, para más tarde, la propiedad; y se fue con su mujer y sus hijos a establecerse en tres leguas de campo, algo lejanas, poblándolas a fuerza de años, de privaciones y de trabajo, con bastante hacienda,

que sus hijos lo ayudaban a cuidar, haciéndose hombres y diestros en todas las faenas de la ganadería criolla.

El anhelo del padre, el pensamiento de todos sus momentos, la única ambición de su vida, la que sola lo impulsaba a seguir con tesón su constante trabajo, y a sostener con su voluntad la de sus hijos, a soportar valientemente cualquier privación y a permitir que la soportasen los suyos, era la compra definitiva de ese pedazo de suelo.

¿Y qué más podría ser?

Sólo la posesión del suelo poblado por él y los suyos podría asegurar el porvenir de la familia; las haciendas peligran, mueren, dejan la ruina, muchas veces, al que no posee la tierra y tiene que pagar el pasto, que lo coman sus animales con provecho para él, o que sólo lo abonen con sus huesos para el propietario.

Llegó, a los diez años, el momento deseado y, con vender una parte de su hacienda, se puso en condiciones de adquirir del Gobierno, en propiedad definitiva, el campo que ocupaba, compra a la cual la ley de entonces le daba derecho como primer poblador y arrendatario que siempre había cumplido religiosamente con su obligación.

Fue entonces que supo que, si bien la propiedad estaba segura, lo era no para él, sino para el que aparecía como verdadero poblador; para su generoso patrón, de quien había reconocido formalmente los derechos, aunque sin saberlo, por el documento firmado.

La tierra había tomado, mientras tanto, mucho valor; el tren se venía acercando al Azul; empezaba la especulación. Gracias al certificado de población real otorgada por el juez de paz, el hábil protector pudo sacar con la mayor facilidad las escrituras en regla.

Fernández todavía conservó la esperanza que, vendiendo casi toda la hacienda, podría quizás comprar el campo a su feliz dueño. Pronto vio que, ni con todo lo que tenía, alcanzaría a pagar el precio que éste pedía. Y se contentó con seguir trabajando, pagando desde entonces un arrendamiento matador por lo que siempre había

considerado como recompensa merecida de su trabajo, sin que nadie lo hubiese desengañado.

Pero la desesperación había entrado, con ese golpe, en su alma sencilla.

El subterfugio inicuo le quitaba a traición la posesión real de esa tierra fecundada por sus rebaños, regada, cada día, con su propio sudor y el de sus hijos, y le indignaba ver que todavía se le pretendía exigir agradecimiento por haberle facilitado la ocupación de ese campo durante tantos años, a precio tan reducido; como si fuera servicio el dejarle creer a uno que el niño que cría es suyo, y arrancárselo, una vez que el cariño, con que nos domina lo que nos ha costado penas y trabajo, se ha vuelto incurable.

Para él, este suelo era realmente la patria de adopción que lo consolaba de haber dejado para siempre la tierra natal; arraigado ya de veras, pensaba pasar tranquilo ahí los últimos días de su vida, y dejar a sus hijos, criados en ella, hechos hombres en la ruda tarea de amoldarla por su trabajo a su nueva misión de nodriza, esa tierra querida.

No supo resistir y murió, inconsolable; con razón, pues la misma borrasca que lo volteó, pronto hizo zozobrar, con toda su tripulación tan gentil y guapa, en los escollos de la dejadez y del vicio, la pobre navecilla familiar que tan bien creía haber dirigido...

Los arrendamientos subidos devoraron la hacienda, comercialmente mal manejada por manos inexpertas, y esa justicia, legal y malvada, que rige a los pobres, acabó su destrucción.

Pocos años después se cambiaba esa conversación, en una pulpería establecida en el mismo campo:

-¿Quién es ese gaucho que toma tanta caña?

-¿Es Romualdo Fernández, el hijo mayor de este gallego viejo, del Azul...

-¡Ah! sí; me acuerdo. Pobre, ¡qué lástima! Un muchacho a quien conocí tan trabajador y tan bueno.

-Así es, amigo.

-¿Y la madre?, ¿qué se hizo?

-Anda por allí, de cocinera en el Azul.

Buen peón

Una noche, pidió licencia el hombre para desensillar, y el día siguiente, pronto ya para la marcha, preguntó al patrón si no tendría algún trabajito para él, explicándole que era nativo de la provincia de Córdoba, que se había venido disgustado con la familia, y que buscaba colocación.

-¿Qué es lo que sabe hacer? -le preguntó el patrón.

-Un poco de todo, señor; entiendo bastante de campo y algo también de agricultura.

-¿Cuánto quiere ganar?

-Lo que usted disponga, señor. Usted verá mi trabajo.

Y Ciriaco se había quedado en la estancia, sin mayor compromiso, sin sueldo fijo, sin saber si lo guardarían o no.

El primer día, lo ocuparon en desgranar maíz con una máquina de mano, ayudado por un muchacho, y a la tarde pudo ver el patrón que jamás ningún peón le había llenado tantas bolsas en el día. Y sin embargo, el hombre no parecía muy fuerte; era más bien bajo, delgado, menudito; no metía ruido ni con la lengua, ni con los pies, y si caminaba ligero, era sin demostrar apuro y como resbalando.

Al poco tiempo, no había necesidad de decirle lo que tenía que hacer. El establecimiento era modesto, de pequeña área, pero bien montado en animales de precio y en rebaños finos. La hacienda vacuna no formaba rodeo muy numeroso, pero, entre las vacas,

había muchas lecheras, y se aprovechaba la leche en fabricar quesos.

De modo que no faltaba que hacer para el hombre empeñoso. No había capataz, y el mismo patrón manejaba todo de por sí, dando sus órdenes a cada peón.

Ciriaco vio que en la manada había unos potros en edad de ser amansados y, con asentimiento del patrón, domó él mismo algunos para andar; amansó uno para la silla de la señora, y una yunta para la volanta: todo sin bulla, como en momentos perdidos, y bien, sin tropiezo, sin accidente, sin cortar una huasca, se puede decir, y saliendo todos los animales sin una lastimadura, sin mañas, y tan mansos que parecían agradecidos de que los hubieran tratado con buen modo.

Ciriaco no dejaba tiempo a la sarna de invadir las ovejas, ni ocasión a los malvados de dar sus golpes en la estancia.

Sin ser del pago, no sólo ya conocía del campo cada mata de pasto y cada charco de agua, sino el nombre, apellido y filiación de cuanto bicho dañino había en la vecindad, sus mañas, sus costumbres, el número y el pelo de sus caballos; y, cosa rara, cada vez que alguno había querido pegar malón, había topado, en el momento de desatar el alambrado, o de hacerlo franquear por el caballo, con perros de la estancia, que, amenazándole de cerca las pantorrillas y esquivando los tajos, le habían ladrado hasta que, de entre la obscuridad de la noche, los llamase una voz tranquila, algo irónica, con un despreciativo: «¡Dejalo, hijo!»

Pronto la conocieron todos, esta voz, por ser la de Ciriaco, aunque nunca se dejase ver, y empezó a criar fama de brujo. Aseguraban algunos que los postes del alambrado para él se volvían gente y lo tenían al corriente de todo lo que pasaba en el campo.

Tampoco faltaba, por supuesto, quien, en la misma estancia, lo llamara espía, hipócrita, y otras cosas. Es verdad que el patrón le tenía mucha fe y no dejaba de consultarlo, en muchos casos. Pero,

¿cómo hubiera sido de otro modo, si ese hombre todo lo sabía o lo adivinaba?

En un aparte, ningún animal, por peludo que fuera, escapaba a su ojo certero, y conocía la madre de cada ternero y el ternero de cada vaca. Apenas aparecía un bulto en el horizonte que ya lo tenía filiado: vaca, yegua, caballo solo o montado, y el color del animal y quién era el jinete, y de dónde venía, y a dónde iba.

No necesitaba mirar los dientes del animal para decir su edad, ni manosear un capón para saber si era gordo. Le bastaba una ojeada para saber de cuántas ovejas se componía una majada; y esto, que la viese extendida en el campo, muy suelta en pastos ralos, o muy tupida en un trebolar, o bien encerrada en el corral, echada o parada.

También sabía decir, en un momento y a ciencia cierta, cuántos animales se podían sacar de ella para tropa, y de cuántos kilos saldría ésta, por cabeza, en término medio.

Lo mismo, en un rodeo, las vacas parecían haberle divulgado de antemano, sus secretos: cuántas eran, cuántas vacas viejas y cuántas vaquillonas, y cuántos novillos, y cuántas había de preñadas, entre aquéllas, y qué peso darían éstos; y si faltaba algún animal, era como si hubiera encargado a los demás de avisarle a Ciriaco, tanta era la prontitud con que notaba su ausencia.

Cuando dos o tres gauchos no atinaban en cortar del rodeo algún animal porfiado y lo estropeaban a golpes, sin poderlo sacar, se acercaba él despacio, con su caballo mansito, despachaba a dos de los peones a otra tarea, y con el que quedaba, sin mayores gritos ni rebencazos, sin más aparato que una voluntad enérgica, dominaba al bruto, y como por persuasión, lo llevaba hasta el señuelo. Sabía que la pericia del hombre de campo consiste en vencer sin violencia resistencias violentas, y que, más que su fuerza, debe lucir su astucia y su paciencia.

Aunque, ni con viento pampero, supiera errar el tiro, no era de aquellos que, porque porfía un poco un animal, al momento

desprenden la presilla y con grandes gestos, para llamar la atención sobre su destreza, arrollan el lazo o revolean las tres hermanas.

Era como manía, en ese hombre, hacerlo todo sin cascabel. No era mayordomo, no, ni siquiera capataz; y, sin embargo, todos le obedecían y el mismo patrón seguía sus indicaciones, hechas humildemente, pero siempre tan justas. Mandarlo a él era inútil.

-Ciriaco, el toro quebró un palo, ayer tarde, en el potrero uno; sería bueno componerlo o cambiarlo.

-Ya está, patrón.

-¡Ya!, y ¿cuándo lo hizo?

-Esta madrugada, señor; fuimos con José.

-¡Ah!, bien. ¡Diga!, murió la ternera esa, entecada, ¿sabe? Mándela cuerear.

-Ya lo mandé a Maximito, patrón. Pronto traerá el cuero.

Y así todo; y no sólo esto: el honor y la fama de su patrón eran para él tan sagrados como los propios, tan bien que no vaciló, una vez que había oído cuentos que no le gustaban, en salir de su reserva, y sin decir nada a nadie, en cantarle la cartilla a un vecino, de tal modo que éste, para siempre, se acordó que en boca cerrada no entran moscas.

Aunque fuera hombre de pocos amigos, muchos de afuera lo venían a consultar, pues entendía como nadie de remedios caseros para curar los animales enfermos.

Entre los que así venían, don Fermín era el más asiduo. No le faltaba pretexto para largarse a conversar con Ciriaco, recibir sus consejos y también darle los de él, que tampoco eran malos.

-Eres muy bueno -le decía-, amigo Ciriaco; y pocos hombres he conocido tan buenos como tú. Pero de bueno ya vas rayano a zonzo. Aquí, te estás dejando explotar; y, sin embargo, tu patrón también será bueno; pero, como no le pides nada, nada te da, y sigues trabajando sin saber ni cuánto ganas, ni si sólo ganas algo.

»Así nunca vas a adelantar; y toda la vida quedarás un pobre gaucho, lo mismo que si fueras un haragán; es preciso hacerse valer, amigo; trabajar no es todo, y también se necesita en este mundo: SABER TRABAJAR.

Saber trabajar

Y don Fermín, él, había sabido trabajar. Peón de confianza en un establecimiento de regular extensión, había llegado a desempeñar las funciones de capataz, sin tener el título de tal. Pero si el sueldo no era más que el de cualquier otro peón, había sabido conseguir de su patrón ciertas ventajas que le podían facilitar la tarea de ir levantándose, poco a poco, hacia el ideal soñado: dejar de ser, toda la vida, el gaucho pobre y despreciado, cuyas condiciones tristes cantan en sus versos los poetas, sin poderlas mejorar; cuyos vicios -hijos de la ignorancia en la cual lo han tenido sumido, a pesar de su viveza natural, los que han manejado los destinos del pueblo- sirven de pretexto para mantenerlo en humilde sujeción; cuyas reconocidas cualidades de voluntaria fidelidad al amo, de resistencia sufrida, de noble arrojo, de vigor, de destreza, de amor al suelo patrio, son el inagotable tema de mil obras literarias, sin haber sugerido jamás a los gobernantes la idea práctica de hacer con él el verdadero núcleo de una nación valiosa y valiente; cuya suerte, en fin, corre pareja con la del caballo criollo, su compañero, siempre alabado y maltratado, siempre ponderado y mal comido.

Don Fermín había nacido con la idea, poco común entre los gauchos, de mejorar su suerte por el buen manejo de sus fuerzas y de la platita que podría producir su trabajo. Por cierto, en sus aspiraciones, no podía ser muy ambicioso; pero siquiera soñaba con poseer en propiedad, algo más que un sombrero grasiento, un poncho roto y un chiripá descolorido; quería llegar a tener algunos

animales que llevasen su marca; algunas ovejas que le diesen su lana, y también algunas lecheras.

Su prolijidad en cuidar los animales finos, le había valido la simpatía de su patrón, y una vez parado el crédito, no se le había echado a dormir. Pero no quería que el patrón fuese solo en aprovechar su trabajo.

Sabía que, por bueno que sea un hombre, raras veces se adelanta a hacer prosperar a un inferior, a pesar de su mérito, y que si el mérito debe ser modesto, no debe serlo tanto que pueda creer, el que lo aprovecha, que ignora su propio valor.

Sin levantar nunca pretensiones que le hubieran podido resultar contraproducentes, Fermín no perdía ocasión de hacerse valer discretamente.

Sabiendo que «el que no llora no mama», algo siempre pedía al patrón, y como lo que pedía, nunca era gran cosa, siempre lo conseguía. Pero siempre pedía cosas de provecho futuro, que si valen poco de por sí, valdrán con el tiempo, por lo que puedan atraer o producir.

El establecimiento necesitaba huascas y había que cortar un cuero. Fermín pedía permiso para sacar un maneador. «Tome, tome», decía el patrón, y el maneador salía tan ancho y tan largo que de él, Fermín podía, con el tiempo, sacar un surtido completo de huascas de todas clases.

En la hierra, nunca dejaba de hacerse regalar un potrillo; un potrillo, ¿qué es para un estanciero?, y le chantaba la marca con la idea que, algún día, sería un lindo caballo, de valor, cuidándolo bien. Y cuando, habiendo formado tropilla, pidió al patrón una yegua para madrina, la consiguió preñada del padrillo fino que él tan amorosamente cuidaba.

El patrón necesitó un puestero para una majada, y de tal modo se manejó Fermín, que se la hizo dar a un interés moderado, estableciendo en el puesto a su madre y a sus hermanitos, en edad ya de cuidar la majada, bajo su vigilancia.

La majada no era muy grande, ni de muy buena calidad, ni muy fuerte el interés; pero el puesto estaba en la orilla del campo, y con el pretexto de que los muchachos no sabían, siempre estaban pastoreando las ovejas en el campo del vecino, dándoles así mucha extensión.

Siendo Fermín el encargado de cuidar los carneros y de repartirlos entre los puesteros, elegía de antemano los mejores y los mandaba para su majada. Su parición, así, siempre superaba a la de los demás puestos, y su rebaño mejoraba rápidamente.

Animales gordos para vender, tenía siempre también, porque de la estancia mandaba carne al puesto y no necesitaban carnear.

Las lecheritas de su mamá no tenían toro; pero eran tan pocas que el patrón cerró los ojos, y los mestizitos que nacieron de ellas eran lindos animales.

Si los caballos de la estancia siempre estaban gordos, es que Fermín los cuidaba mucho, y con dejar comer maíz a dos o tres de los de él, en el pesebre, a la par de ellos, no les causaba gran perjuicio.

No era él hombre de reuniones y carreras, pero lo solicitaba don Juan Antonio, cada vez que en su pulpería se organizaba una partida algo seria y se necesitaba coimero; y no podía despreciar los buenos pesitos que siempre dejaba el oficio.

Tampoco impedían sus ocupaciones en la estancia, que, durante la esquila, pudiera atar la lana del establecimiento, trabajo que también le valía bastante dinero.

Y poco a poco, aprovechando las migas que él mismo hacía así caer de la mesa de otros más ricos que él, y haciéndolas fructificar, llegó a poder realizar su sueño: dejar de ser un gaucho pobre, para trabajar por cuenta propia.

Piedras que ruedan

Desde los tiempos de Rosas estaba aquerenciada la familia de Morales en la costa del Salado. Al abuelo -por quién sabe qué servicios de subido rojo federal- le habían prometido la propiedad de una suerte de estancia, en los mismos pagos donde poblara. Y poniendo término con esa esperanza a los azares de la vagabunda peregrinación que, de generación en generación, había hecho subir paulatinamente del sur al norte a su familia de nómadas atávicos, se había clavado allí.

¡Voluntarias las lomas del Salado!, en las cercanías de Chascomús, donde, ni en tiempo de sequía, dejan de engordar las ovejas, con la sola brusquilla reseca del trébol quebrajeado; donde, con la menor agüita, vuelven a brotar, en una noche, las semillas desparramadas de los pastos, cubriendo en seguida de verde alfombra la tierra desnuda.

Nunca vino, por supuesto, la propiedad prometida. De todas esas solicitudes de paisanos, pobladores natos del desierto, hábilmente manejadas por uñas expertas, en las oficinas de la capital, iban formándose sin ruido los latifundios acaparadores. Pero, recelosos todavía de llamar sobre al indiscreta atención, dejaban gozar en paz y con toda tranquilidad, de su ocupación precaria del suelo, a los que, creyéndose siempre en vísperas de poseer esos campos que les debían su incipiente civilización, no venían a ser más, en ellos, que meritorios intrusos, fáciles de desalojar.

Y en esa quieta pasividad, rodeada de relativa abundancia, suficiente para llenar sin esfuerzo las necesidades rudimentarias de su vida rústica, vivió, muchos años, muy desahogada, la familia de Morales. Campo casi sin límite, lomas fértiles y de pasto tierno, cañadones siempre verdes en tiempo de sequía, lagunas en que nadaba la yeguada, pastizadas donde desaparecían las vacas; carne gorda siempre para comer, y cueros para comprar yerba y sal, tabaco y caña, ropa y aperos; era la vida con que, durante siglos, hubiesen soñado sus antepasados, desde sus toldos miserables, si hubieran sabido imaginar algún paraíso.

Murió el abuelo, sin haber conseguido una pulgada de tierra, y siguieron los hijos en el mismo sitio, durante unos pocos años, más apretados por los vecinos, cada día más numerosos, y con la hacienda más oprimida y menos próspera. Hasta que les pidieron el campo.

El ferrocarril ya iba a llegar a Chascomús; la tierra demasiado valía para dejarla en manos de intrusos, cuando por ella se podía conseguir muy regular arrendamiento. Se desbandaron los Morales, repartiéndose las haciendas y saliendo, cada cual por su lado, a buscarse la vida.

El principal núcleo de la familia, la madre, las hijas, los menores, con el hijo mayor de jefe, salió, cruzando el Salado y yéndose para el sur, hasta los extensos cañadones aun muy despoblados, donde se derraman en grandes crecidas, el Chapaleofú, Los Huesos y otros arroyos sin salida. Campos desiertos, inmensos pajales anegadizos, refugio de todas las alimañas dañinas que engendra la Pampa, desde el tigre hasta el matrero; campos tristes, de desolación y de ruina, donde no podía adelantar la familia ni moral, ni materialmente.

La naturaleza y sus aspectos influyen profundamente en la mente humana: cuidar las mansas ovejas en la loma verdante inspira ideas de paz bucólica y de patriarcal tranquilidad al gaucho más bravío; lidiar, al contrario, en los pajonales, con el ganado arisco; rozarse, a cada rato, con pura gente de avería; disputar a la inundación,

durante meses, las haciendas amenazadas de muerte, flacas, hambrientas, acaba por exacerbar al hombre más sufrido y más paciente. Los Morales volvieron, allí, rápidamente, a la vida azarosa de sus antepasados. Cuidar bien la hacienda, en semejantes campos, es obra casi imposible, de mucho, empeño y de poco resultado. La pulpería y sus tentaciones son de mayor atractivo, y más fácil parece ganar el dinero en las carreras, a los naipes o a la taba, que chapoteando el agua de los cañadones para campear animales extraviados o juntar yeguas dispersas.

El pajonal, por otro lado, es el gran cómplice de cualquier delito; pues si ayuda poco para que aumenten los rodeos y rebaños, presta al cuatrero, para perpetrar con impunidad sus misteriosas hazañas, los mil recovecos de sus matas espesas y altas, innumerables como las olas del mar, agitadas como ellas por el viento perenne; laberinto donde la ocasión tentadora y la imposibilidad del castigo impelen a apropiarse el animal ajeno al gaucho más... distraído.

Cuando les salieron, allí también, los dueños a pedir el campo, se fueron los Morales, más pobres, mucho más, que cuando llegaran de Chascomús; y no solamente más pobres, sino también agriados contra los que se apoderan del suelo sin dar a todos su parte, como si no debiese cada uno de los que en ella nacieron, poder establecerse en la Pampa y dejar pacer en ella sus haciendas a su antojo.

Podía ser que más lejos, muy lejos de allí, hubiese campos desocupados, campos sin dueño, donde se podrían quedar para siempre. Marcharon, arreando por delante sus animales, hasta donde, en tiempos no muy lejanos, estuvieron los toldos de los primeros poseedores de la llanura, sus antepasados.

Casi se habían vuelto ya, lo mismo que ellos, nómadas y vagabundos, obligados, lo mismo que ellos, a cambiar eternamente de querencia, y si no por las mismas armas, por los mismos enemigos, mirándolo bien, que cuando eran indios.

Volvían poco a poco hacia la cuna; cristianos ahora -bien poco- arreando, sin lanza, hacienda mansa y de su propiedad, en vez de hacienda arisca arrebatada en malón; arreados ellos mismos por la olada de civilización que no habiéndoselos asimilado, los rechazaba, menos brutalmente que en otros tiempos, pero no menos eficazmente.

Pasaron una temporada de relativa quietud en las sierras de Olavarría; después otra en los médanos de Trenque Lauquen; y después en la Pampa, entre los montes de Victorica. Entre las sierras, entre los médanos, entre los montes, les había parecido siempre más seguro el refugio; pero, al cabo de pocos años, en las sierras, en los médanos o en los montes, surgían siempre agrimensores; se estiraban alambrados; aparecían dueños, arrendatarios y oficios del juez que de nuevo los echaban.

A pesar de todo, los Morales habían visto aumentar un poco más sus vacas, pues les había ido algo mejor, por la mucha extensión y el mejor campo, que en los cañadones de la primera etapa, y cuando se internaron más aún en la Pampa, en busca de las aguadas por allá escasas y de campo regular, tenían un arreo de más de mil vacas y de doscientos yeguarizos. Las ovejas se les habían acabado, hacía tiempo, con las mudanzas, el consumo, el mal cuidado, los cañadones húmedos y la lombriz. Pero con vacas únicamente y yeguarizos, se sentían más a sus anchas, gauchos que eran, de padre en hijo, y seguían siendo. Acostumbrados a recorrer siempre mucho campo, todavía no podían entender que se pudiesen contentar algunos con menos de una legua siquiera; oían hablar, desde un tiempo, de hectáreas, y, mal que mal, se iban dando cuenta de lo que eran esas áreas nuevas, pues poco a poco, y hasta donde mismo habían llegado, perseguidos paulatinamente por la población siempre creciente, traída por los mil ramales nuevos de los ferrocarriles, se iban dando remates de pueblos, con sus solares, chacras y quintas, repartiéndose la tierra en lotes tan pequeños, que ni con alfalfa sus dueños hubiesen podido criar diez vacas en ellos.

Pronto tuvieron que ir todavía más lejos y bien pronto vieron que toda la tierra ahora tenía dueño; ¡hasta las mismas cordilleras!, ¡hasta los campos áridos y sin agua!, ¡hasta los tembladerales!

Los Morales, desanimados ya de tanto andar y de ver que, de seguir así, pronto estarían en la frontera, sin haber logrado llegar al sitio soñado de la tranquilidad, después de haber desparramado por toda la Pampa numerosos miembros de la familia, se decidieron a hacer ley mismo que todos hacían: vender mucha hacienda para comprar poco campo. Y pronto pudieron, alrededor del modesto fogón, encendido, quizá, sobre las mismas cenizas de las tolderías ancestrales, y donde cuecen ahora más locro que carne asada -objeto ya de lujo, en la reducida chacra-, filosofar a su gusto sobre lo que, andando, cambian las cosas, en este mundo.

¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

Descubre nuestra colección de obras de dominio público en castellano en nuestra web

1. Título
2. Recuerdos de un hacendado
3. El mayordomo
4. Dicha breve
5. Vacas al corte
6. Gorro blanco
7. El pecado favorito
8. La libreta
9. Funeraria
10. Lo criollo
11. El gaucho
12. El alcalde
13. Pesquisa
14. El parejero
15. Ropa de abrigo
16. Campos anegadizos
17. ¡4032!
18. Campeada
19. La manada
20. El rodeo
21. La majada
22. Vida sencilla
23. Mixturas
24. Bodas campestres
25. Los clientes del comisario
26. Las embrollas de gusanillo
27. Abuelita
28. El pan y la sal
29. Día de reunión
30. Usted es dueño, patrón
31. Cosas de antaño
32. Juegos de azar
33. Acriollado
34. Jirones de Pampa
35. Patriarca

36. Apodos
37. Riqueza de pobre
38. Recién llegado
39. Elección pacífica
40. Sueño realizado
41. Mayordomos modelos
42. Policía patriarcal
43. Desastre
44. Diversiones amenas
45. ¡Mañana!
46. Ramal en construcción
47. Partición de herencia
48. Intrusos
49. Mañas
50. Vuelta al pago
51. Autoridades rurales
52. En viaje
53. El rubio
54. Transformaciones
55. Protección eficaz
56. Buen peón
57. Saber trabajar
58. Piedras que ruedan

Hitos

1. Recuerdos de un hacendado

2. Portada